



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MEXICO**

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE LETRAS MODERNAS

**PALABRAS DESCONOCIDAS:
TRADUCIR NARRATIVA CORTA DE
ARTHUR SCHNITZLER**

TRADUCCIÓN COMENTADA

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
**LICENCIADA EN LENGUA Y
LITERATURAS MODERNAS (LETRAS ALEMANAS)**

PRESENTA:
JOHANA PRUDENCIO LUGO



FACULTAD DE FILOSOFÍA
Y LETRAS

ASESORA: DRA. ELISABETH SIEFER

CIUDAD UNIVERSITARIA.

2009



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Palabras desconocidas

Narrativa corta de Arthur Schnitzler

A. Introducción	1
B.	3
1. El autor	3
1.1. La obra de Arthur Schnitzler	8
1.2. Freud y Schnitzler	16
2. La traducción	19
2.1 La selección	19
2.2 El proceso de traducción	20
2.3 Palabras desconocidas	21
2.4 Otras dificultades y posibles soluciones	22
C. Conclusión	33
D. Anexos	36
I	
1. Herencia	37
2. El otro	43
3. La extraña	52
4. Flores	64
5. Una despedida	76
6. La corbata verde	97
II	100
1. Erbschaft	
2. Der Andere	
3. Die Fremde	
4. Blumen	
5. Ein Abschied	
6. Die grüne Krawatte	
E. Bibliografía	127

Introducción

La obra del escritor austriaco Arthur Schnitzler ha sido ampliamente traducida en el mundo de habla hispana. Se cuenta con distintas versiones en nuestro idioma de sus obras más representativas, pero es de resaltar que fuera de las obras ya traducidas y pese al gran número de sus narraciones y la riqueza de su prosa, hay aún varios relatos por traducir.

Así, he considerado adecuado traducir una serie de narraciones que quizá no gocen de la fama con la que cuentan otras piezas del autor; se trata, precisamente, de textos inéditos en español o por lo menos, no accesibles en México.

Si bien la obra de Schnitzler da cuenta de una ciudad específica con características propias de una época: la Viena del siglo XIX, en los relatos de este trabajo está presente algo que es universal para el ser humano a través del tiempo, me refiero a sensaciones como el miedo, la incertidumbre, el amor, la desesperanza.

Mi meta ha sido encontrar en las narraciones presentes una versión adecuada y acaso afortunada de los originales para los lectores mexicanos, pues no ha sido otro mi propósito más que compartir con este trabajo la belleza lingüística y la riqueza de imágenes lograda por Arthur Schnitzler en toda su obra.

Y un elemento fundamental a mi juicio para esa riqueza y belleza en la obra del escritor vienés es el empleo que hace del monólogo interior, punto que también abordaré comentando las características de ese elemento narrativo y cómo se presentan dichos rasgos en los relatos aquí traducidos.

Además, pienso que el monólogo interior remite en cierta forma a la terapia psicoanalítica, de forma que me parece oportuno mencionar la relación que se dio entre Schnitzler y Sigmund Freud, padre del psicoanálisis.

Por otra parte, durante el proceso de traducción se presentaron diversas dificultades, siendo las principales en cuanto a vocabulario específico de la Viena del siglo XIX, lugar donde se ubica la acción de todas las narraciones; asimismo, en ocasiones representó un problema el discernir entre dos tiempos verbales diferentes en español: el copretérito y el pretérito, que corresponden a uno solo en alemán: el *Präteritum*. No obstante, creo que las soluciones propuestas logran la fidelidad al sentido del texto original.

Finalmente, me gustaría mencionar que en caso de duda, opté siempre por la versión más sencilla y natural, la más fluida en la lengua meta, esperando transmitir efectivamente todo lo que hay en el idioma original.

El autor

Arthur Schnitzler

Según nos cuenta en su autobiografía, a las horas pocas de nacido, el 15 de mayo de 1862, Arthur Schnitzler fue recostado sobre el escritorio de su padre, médico laringólogo, hecho que dio pie a que éste bromeara vaticinando que haría carrera como escritor. Sin embargo, ver realidad su vaticinio no fue del total agrado de Johann Schnitzler, padre de a la postre uno de los representantes del movimiento literario *Junges Wien* (Joven Viena).

Poco después del nacimiento de Arthur, la familia se muda a la Ringstrasse en Viena, pues el padre se había doctorado y comenzaba con una práctica en su área de especialidad; fue también catedrático y fundó, junto con algunos colegas, la Policlínica de Viena y publicó una revista especializada. En su juventud había escrito piezas teatrales y poesía, de forma que era evidente cierta inclinación a lo artístico; sin embargo, dados los usos y costumbres de aquella época, era claro que se dedicaría totalmente a su carrera médica y que sus hijos seguirían sus pasos en cuanto a lo profesional se refería.

Pero en el hijo mayor, Arthur, la inclinación artística se manifestaría ya desde una edad temprana, debido sobre todo a “obrillas improvisadas que representábamos más cerca de los cuentos de hadas o de indios, a pesar de que fue justo entonces cuando afloraron

claramente no sólo mis aspiraciones literarias personales, sino también un afán de formación literaria general,”¹ como sigue en su texto autobiográfico.

Pero estas representaciones infantiles fueron solamente el principio, pues fue el teatro una gran influencia para lo que más adelante sería su obra: “lo que más fomentó mi inclinación por todo lo relacionado con el teatro fue la muy frecuente asistencia a las funciones; asistencia que, a su vez, debía mucho a las numerosas relaciones que mi padre, por amistad o por su profesión, tenía con el mundo del teatro.”²

Entre 1871 y 1879, Schnitzler asiste al *Akademisches Gymnasium*, un liceo de corte humanístico al que asistieron también Hugo von Hofmannsthal y Franz Grillparzer, con quienes más adelante formará el grupo literario *das Junge Wien*. Como reconoce, sus intereses “no iban más lejos de la casa y el colegio, el teatro, la lectura y lo que yo llamaba hacer literatura; lo que acontecía en la ciudad y en el campo o allá afuera, en el ancho mundo, aún repercutía bastante poco en mi alma.”³

Ya sólo por el ejemplo y modelo paternos, en aquellos años Schnitzler estaba inevitable y prometedoramente predestinado a la

¹ *Juventud en Viena*, p.19.

² *op cit*, p. 24

³ *op cit*, p. 50

carrera de médico. Ciertamente es que no se manifestaba en él ningún interés declarado por las ciencias naturales; sin embargo, al término de sus estudios en el *Gymnasium*, Schnitzler inició la carrera de medicina en la Universidad de Viena, y la terminó en 1885. El año siguiente empezó su etapa como médico asistente en la policlínica de Viena, en el departamento de psiquiatría del profesor Theodor Meynert, uno de los maestros de Sigmund Freud. Ahí, Schnitzler se interesó en enfermedades psicosomáticas y en el efecto terapéutico de la hipnosis, tratando primero casos de afonía para realizar luego experimentos psicológicos.

Schnitzler se dedicó primero a su profesión como médico, y no es sino hasta la muerte de su padre, en 1893, cuando decidió dedicarse por completo a la creación literaria. Sus primeras publicaciones se dieron en 1880 en la revista *Der freie Landesbote* de Munich, y es en 1895 que cobró fama como autor con la publicación de la novela *Sterben* y de la puesta en escena de *Liebelei* en el *Burgtheater* de Viena.

A partir de ahí y hasta el final del siglo, fueron publicadas novelas como *Die Frau des Weisen*, *Die Toten schweigen* y se llevaron a escena varios actos del ciclo *Anatol*, *Paracelsus* y *Der grüne Kakadu*.

Fue en esa época cuando conoció a la actriz Olga Gussmann, con quien se casó en 1903, tras haber tenido un hijo con ella. Los años siguientes estuvieron marcados por una intensa producción literaria.

En 1905 publicó la obra de teatro en tres actos *Zwischenspiel* y en 1907 la novela *Der Weg ins Freie*. Dos años más tarde nació su hija Lili.

Para 1912, Schnitzler ya era el más famoso escritor austriaco contemporáneo, y para festejar su quincuagésimo aniversario, se representaron veintiséis obras simultáneamente en distintos teatros de lengua alemana. La editorial S. Fischer publicó las obras completas de Schnitzler en cuatro volúmenes. En un periodo de diez años a partir de esa fecha, salieron a la luz algunos de sus trabajos más importantes: por ejemplo las novelas *Doktor Gräsler*, *Badearzt*, *Fräulein Else* y *Casanovas Heimfahrt*; sus obras de teatro se representaron en diversos escenarios en Berlín, Viena, Dresden, Munich, Frankfurt, Praga... Algunas de las piezas que se publicaron en esa época incluyen la tragicomedia *La tierra extensa*, *Frau Beate und ihr Sohn*, *Komödie der Worte*, *Professor Bernhardt* y varias más.

A principios de los años 20, con la caída de la monarquía austriaca, Schnitzler era considerado obsoleto, pues se creía que su obra estaba completamente unida a la antigua Austria. Además, con el Expresionismo llega un nuevo lenguaje a la literatura y en especial al teatro; sólo pocas obras de Schnitzler son representadas en ese tiempo, y tampoco escribió nuevas. Durante y después de la primera Guerra Mundial, surgieron los textos en prosa más significativos, casi siempre reelaboraciones de antiguos proyectos.

En 1927, ya establecido en Berlín, Schnitzler había concluido, entre otras, las novelas *Traumnovelle*, por entregas en la revista *Die Dame*, *Spiel im Morgengrauen*. Ese mismo año, su hija Lili contrajo matrimonio con un oficial de la milicia fascista: Arnoldo Cappellini. Un año después Lili se quitaría la vida inexplicablemente, hecho que influyó en el proceso creador de su padre. En esos años Schnitzler terminó el que sería su último trabajo teatral, *Im Spiel der Sommerlüfte*, publicó las novelas *Therese: Chronik eines Frauenlebens* y *Flucht in die Finsternis*; trabajó también en la adaptación al cine de las novelas *Fräulein Else*, y *Spiel im Morgengrauen*.

Contrariamente a su vida pública, donde era reconocido, en su vida privada Schnitzler pasaba por desgracias y enfermedades, con el suicidio de su hija y también con su divorcio de Olga Gussmann. El padecimiento auditivo que lo aquejaba desde hacía tiempo se agravó y escuchaba ruidos trabajando, en el teatro, durante las conversaciones de forma permanente.

El 21 de octubre de 1931, a causa de un derrame cerebral, Arthur Schnitzler murió en su casa en Viena, dejando en su obra literaria muestra de un conocimiento natural del ser humano, de sus sentimientos y su naturaleza.

La obra de Arthur Schnitzler

Durante el cambio del siglo XIX al XX, en el continente europeo se dio una pluralidad de opiniones y temas en todos los ámbitos que repercutieron en los estilos y programas de la literatura y el arte.⁴

Mientras el término *Jahrhundertwende* (cambio de siglo) expresa entusiasmo por un nuevo comienzo, está presente lo opuesto en la designación *Fin de siècle* (fin de siglo), y este término se asocia con la literatura de decadencia. En este ámbito se establece también la *Wiener Moderne*, concepto que sustituye designaciones previas tales como *Neuromantik*, *Symbolismus*, *Impressionismus*, *Jugendstil* y que abarca las corrientes literarias emergentes en Austria entre 1890 y 1910.⁵

La ciudad de Viena se convirtió en un centro literario, siendo un elemento importante para ello el *Kaffeehaus*, lugar donde los autores y artistas en general se reunían para el intercambio de ideas y para debatir sobre los temas de actualidad. Así, los *Kaffeehäuser* se convirtieron en “centros de transmisión de literatura y arte;”⁶ Schnitzler, Hugo von Hofmannsthal, Hermann Bahr, Karl Kraus entre otros, se reúnen en los *Kaffeehäuser* desde principios de la década de 1890.

⁴ cfr Wolfgang Beutin, et al. *Deutsche Literatur Geschichte* p. 354

⁵ *op cit* p. 355

⁶ *op cit* p. 359

Es Hermann Bahr quien fungirá como teórico del grupo, llamado *das Junge Wien*. Las obras dentro de éste son tan diversas como las personalidades de sus integrantes, pero algo tienen en común: la distancia crítica frente a la literatura tradicional así como frente al Naturalismo alemán, cuyo objetivo era “den überkommenen Idealismus zu überwinden und innovativ zu sein”.⁷

Es precisamente Bahr quien estableció la necesidad de un cambio o avance con respecto al Naturalismo, cuya intención era representar la realidad, de forma que el arte fuera idéntico a la Naturaleza. Para Bahr, “statt der äusseren Wirklichkeit sollten von nun an die inneren Empfindungen und psychischen Zustände exakt abgebildet werden,”⁸ como señala en su ensayo *Die Überwindung des Naturalismus*.

Es en este contexto que se da la obra de Schnitzler. Si bien se establece que “su poética surge del Naturalismo, deriva hacia una variante personal de rasgos impresionistas, en la que el análisis psicológico juega un papel decisivo,”⁹ ambas corrientes, Naturalismo e Impresionismo, reflejan “la realidad de los sentidos y tratan de reproducir su verdad auténtica,”¹⁰ sin embargo, considero que sí hay una diferencia en cuanto a los tratamientos de los temas: mientras el

⁷ ...superar el idealismo y ser innovador. BEUTIN, Wolfgang, et al. *Deutsche Literatur Geschichte*, p. 343.

⁸ *op cit* p. 360

⁹ PARRA, Joan. *Relaciones y soledades*, p. 14

¹⁰ MODERN, Rodolfo. *Literatura alemana del siglo XX*, p. 24.

Naturalismo se ocupa de la realidad, el Impresionismo da cuenta de cómo el ser humano aprehende esa realidad.

Así, antes de la Primera Guerra Mundial, las obras de Schnitzler eran consideradas “the most penetrating portraits of the contemporary Viennese society, especially of the middle class.”¹¹ Schnitzler eligió presentar “una sociedad con sus propias neurosis en lugar de describir cambios o movimientos sociales. Sus obras teatrales primerizas reflejan la atmósfera peculiar de Viena, con su mezcla de melancolía y alegre gracia, de sentimentalismo y tristeza”.¹²

Según Giuseppe Farese, en su ensayo de introducción a las *Obras* de Arthur Schnitzler, publicadas en la colección I Meridiani (1998), el desarrollo creativo del escritor vienés puede situarse en cuatro momentos.

Un primer periodo, de 1880 a 1895, va de los experimentos iniciales hasta alcanzar el éxito; un segundo periodo de 1896 a 1910, caracterizado por una madurez artística consolidada y por el reconocimiento teatral; el tercer periodo de 1911 a 1920, cuando al terminar la fama, se abre una fase de intensa reflexión existencial, acentuada por la Primera Guerra Mundial y la caída del imperio de los Habsburgo, y un último periodo de 1921 a 1931, señalado por una creciente introspección.

¹¹ ...los retratos más penetrantes de la sociedad vienesa contemporánea, especialmente de la clase media. Stefan Zweig, citado por Wolfgang Nehring en *Modern Austrian Literature*, p. 179.

¹² MARTINI, Fritz p. 480

El principio de la trayectoria artística del autor está señalado por una temática que gira en torno a dos polos de *amor y muerte*: “Eine begrenzte Thematik behandelt er mit seltenem Nuancenreichtum: Traum und Tod, Spiel und Zwang, Schein und Sein, Maske und Wesen”.¹³ Schnitzler “poseía una capacidad de percepción del tono emocional de acontecimientos y ambientes y de los movimientos del alma y de las cosas; amalgama el sueño y la realidad, la seriedad y el juego.”¹⁴

Pero si bien las narraciones abordan temas típicos para la época, sobre todo las alteraciones anímicas del hombre, a nivel artístico están marcadas por la claridad de la construcción, por una estructura específica, dando muestra de una atención particular hacia el sondeo socio-psicológico por parte del autor.

Y la estructura específica antes mencionada es la del monólogo interior. Sirviéndose del uso de este elemento literario, Schnitzler establece una distancia del tono narrativo, la cual permite seguir de cerca el pensar y sentir de los personajes, dando cuenta de su conciencia y de los diferentes procesos por los que atraviesan.

¹³ ...maneja una temática limitada con una extraordinaria riqueza de matices: sueño y muerte, juego y fuerza, apariencia y ser, máscara y esencia. BAUMANN, Gerhart. En *Kleines Handbuch der deutschen Gegenwartsliteratur* p. 480.

¹⁴ *cfr* Fritz Martini, *op cit* p. 481.

Con el monólogo interior quedan expuestos los movimientos e impulsos del alma, apenas conscientes; con el ininterrumpido flujo de las asociaciones se exteriorizan los más íntimos procesos del espíritu.¹⁵

Schnitzler trata de captar y explicar su entorno. Centra su análisis en la configuración psicológica del individuo y su entramado de relaciones, sus personajes cuentan con características específicas:

...den Figuren fehlt der Mut zu sich selbst, die dynamische Fähigkeit, sich durchzusetzen; sie verlieren sich zuweilen völlig... Das Wesen widerlegt ihre Erscheinung, die Unangreifbaren sind Selbstverlorene. Krampfhaft klammern sie sich an die Illusion des Einmaligen, wo es sich um endlose Wiederholung handelt.¹⁶

Es evidente pues, que los personajes de Arthur Schnitzler parecen estar atrapados en el pasado, una vez dado el cambio involuntario en sus vidas, cuyas consecuencias no van de acuerdo con sus deseos, pasan el tiempo añorando lo que era o podía haber sido, para ellos, la realidad se disuelve siempre en recuerdo, en transformación y ensueño:

Denn die Gestalten Schnitzlers leben nie in ungebrochener Gegenwart; ihre Gegenwart ist schon Vergangenheit und nur das Gewesene ist gegenwärtig; Erinnerungen werden als Wunschträume ins Künftige

¹⁵ *cfr* Fritz Martini, *op cit* p.481

¹⁶ ...a los personajes les falta el valor, la capacidad dinámica para abrirse camino, a ratos se pierden completamente...La esencia refuta su apariencia, los inasibles están ya perdidos. Se aferran desesperadamente a la ilusión de lo extraordinario, donde sólo hay repetición infinita. BAUMANN, Gerhart, *op cit* p. 481

projiziert. Schicksal scheint ihnen nicht dasjenige, was geschieht, sondern nur, was geschehen könnte.¹⁷

El autor sustituye el diálogo con técnicas de flujo de conciencia: el monólogo interior, el discurso vívido que alternado con el relato impersonal, producen una multiplicidad de planos narrativos que restituyen con inmediatez las emociones del protagonista:

Die geschmeidige wie distanzierte Sprechweise bildet einen Spannungsgegensatz zu der abgründigen Thematik. Schnitzler ist ein Meister der Konversation, in der sich die Sprechenden absichtslos offenbaren auch durch dasjenige, was sie verschweigen ... der Sprechton wird ausdrückvoller als der Text, und in allem Ausgesprochenen schwingt das Unsagbare mit; diese Voraussetzungen bewirken das Naturwahre, lebensvoll Abschattierte der Unterhaltungen.¹⁸

El monólogo interior en la obra de Schnitzler está en ocasiones enmarcado por un discurso narrativo, está centrado en el aquí y ahora de los personajes, es de tipo expresivo y esto se reconoce en el predominio de ese tipo de lenguaje: contamos por ejemplo con numerosos enunciados exclamativos, preguntas que resultan redundantes pero que dan cuenta del estado anímico de los personajes. Asimismo, por momentos la estructura temporal se ve afectada, dejando

¹⁷ Pues las figuras de Schnitzler no viven en un presente ininterrumpido, su presente es ya pasado y solamente lo acontecido es actual, los recuerdos se proyectan al futuro en forma de ideales. El destino no aparece como aquello que sucede, sino como lo que podría suceder. *op. cit.* p. 482

¹⁸ El modo de hablar, tan ágil como distanciado, forma un contraste de vivo interés con respecto a la temática profunda. Schnitzler es un maestro de la conversación en la que los hablantes se revelan involuntariamente, por medio de lo que se reservan. El tono se vuelve más expresivo que el texto, y en todo lo pronunciado flota lo inefable; estas condiciones causan lo natural, lo vivazmente atenuado de las conversaciones.

BAUMANN, Gerhart, *op cit* p. 481.

como recurso el de la asociación de eventos como alternativa a la ausencia de orden cronológico.

En las narraciones elegidas para la presente traducción están presentes las características antes mencionadas, hay una alternancia fluida entre la narración y el monólogo interior, de forma que como lectores seguimos la voz del narrador y la del personaje. Esto es notable en mayor medida en los relatos “El otro” y “Flores”, pero en menor grado en “Una despedida”, “La extraña” y “Herencia”, donde se encuentra una combinación de monólogo interior y discurso narrativo.

En los cinco relatos los protagonistas son una pareja, sin embargo, es desde la perspectiva masculina que seguimos el desarrollo de la trama, pues de la parte femenina poco o nada se sabe, sin embargo sí de su efecto sobre la contraparte masculina. No obstante, en el tratamiento de los personajes femeninos “se revela un esfuerzo muy importante por penetrar en el misterio de *el otro*”.¹⁹

Cabe mencionar que aunque la ausencia de la voz femenina en las narraciones aquí traducidas es una constante, no resulta así en la totalidad de la obra de Schnitzler, pensemos en *Fräulein Else* o en *Die Toten schweigen*, ambas piezas abordadas desde la perspectiva de la protagonista femenina.

¹⁹ Joan Parra, *op. cit.*, p. 18.

Con el uso del monólogo interior, Schnitzler se anticipó al famoso *Ulysses* de Joyce, y contribuyó así de manera notable a la literatura en lengua alemana²⁰, pues resultó novedoso para esa época el manejo del monólogo interior que el autor presentó en sus escritos.

²⁰ *cfr* M. Frenk-Westheim en la introducción a *El retorno de Casanova*, p. 20.

Freud y Schnitzler

No se puede elaborar un retrato fiel del cambio de siglo XIX -XX sin mencionar la gran contribución de Sigmund Freud a la modernidad literaria. El psicoanálisis revolucionó la cultura del siglo XX, sirviendo de influencia a numerosos creadores.

Aún cuando anteriormente el conocimiento sobre neurosis, histeria y neurastenia había sido discutido con frecuencia, fue Sigmund Freud quien dio con el vocabulario, válido hasta ahora, para describir los procesos internos, y fue también quien describió, categorizó y sistematizó los mecanismos de lo que él llamara “lo inconsciente”.

Como otros escritores de la época, Arthur Schnitzler también se vio tocado por las ideas del psicoanalista, sin embargo, en un nivel diferente. Tanto Freud como Schnitzler decidieron estudiar medicina sin tener un interés fuerte por la profesión, siendo la hipnosis la única área de verdadero interés para ambos.

Sigmund Freud y Arthur Schnitzler compartían además el interés por los más profundos secretos del ser humano. Uno psicoanalista y el otro escritor, exploraron por caminos distintos la psique humana, encontrando de igual forma resultados diferentes, pues mientras Freud encontró una posibilidad de reconstrucción del yo dividido a través del análisis del inconsciente y de los múltiples mecanismos que lo operan,

para Schnitzler penetrar en los rincones de la psique y descubrir sus inquietudes y angustias significaba sumergirse en las raíces de la pérdida y alienación del individuo.

El primer contacto entre Schnitzler y Freud se da en 1906, cuando el escritor le envía una felicitación al psicoanalista con motivo de su cumpleaños número cincuenta. La comunicación continúa a través de una carta en 1912 del psicoanalista al autor y existe una tercera carta, la más citada tal vez por su contenido, pues en ella Freud reconoce en Schnitzler una suerte de *Doppelgänger* (doble):

...le voy a hacer una confesión, que le suplico, por consideración a mí, tenga la bondad de tratar discretamente y no comunicarla a ningún amigo o extraño. Me ha estado atormentando la pregunta por qué en todos esos años no he intentado jamás establecer una relación entre nosotros, de conversar con usted.

La respuesta a esta pregunta contiene esa confesión que me parece demasiado íntima. Creo que lo he evitado por temor de encontrarme con una especie de doble. No es que por lo general esté yo fácilmente inclinado a identificarme con otra persona o que quiera pasar por alto la diferencia entre nuestros talentos que me separa de usted, sino que cada vez, al adentrarme en sus bellas creaciones, he creído descubrir detrás de las apariencias poéticas de éstas los mismos supuestos, intereses y resultados que conozco como míos. Su determinismo así como su

escepticismo, lo que la gente llama pesimismo, su emoción ante las verdades del inconsciente, ante la base instintiva de la naturaleza humana, su empeño en destruir las seguridades culturales convencionales, la fascinación de su mente por la polaridad amar y morir: todo esto me parece inquietantemente familiar. (...) Así llegué a la convicción de que usted por intuición –o, más bien, por una sagaz observación de sí mismo– sabe todo aquello que yo descubrí trabajosamente en otros. Es más: creo que en el fondo es usted un investigador de la psicología profunda, un investigador tan honestamente imparcial e intrépido como el que más. (...) ²¹

Es así como Freud reconoce en Schnitzler a un observador no sólo de sí mismo, sino también del otro. La comprensión del individuo que Schnitzler hace patente en su obra se ubica en su relación con el mundo y las demás personas.

²¹ Freud, citado por M. Frenk-Westheim *op. cit.*, pp. 11-12.

La traducción

La selección

“Die Toten schweigen” fue el primer texto en original que logré leer sin la ayuda de un diccionario. Recuerdo haber tenido problemas con algunas palabras, y sin embargo tengo muy claro también no haber recurrido al diccionario, así de cautivada estaba con la prosa de Arthur Schnitzler.

De forma que resultó muy natural para mí la decisión de traducir a Schnitzler. Son muchas sus narraciones, así que el primer criterio para la selección fue el propósito de la no repetición, intentar ofrecer otros textos de los que ya han sido traducidos de este prolífico autor austriaco.

De las narraciones elegidas cinco giran en torno a un mismo tema, a saber, una pareja de enamorados sin final feliz. En las narraciones impera la incertidumbre y sólo se cuenta con la perspectiva de uno de los involucrados: el hombre, resultando la figura femenina un completo enigma tanto para el compañero como para el lector.

La última narración da cuenta de rasgos de comportamientos existentes en la sociedad, y muestra quizá a un Schnitzler no tan inmiscuido con los procesos internos del individuo, de los amantes, sino

que da cuenta de cómo un elemento por completo externo y meramente ornamental puede llegar a afectar a alguien.

Creo que si bien la elección obedece en primera instancia a un gusto personal, también ofrece un panorama y es muestra representativa de los temas que ocuparon a Schnitzler, esperando por mi parte que resulte también en una invitación a acercarse al autor, más allá de sus obras ya conocidas y traducidas ampliamente.

El proceso de traducción

Puesto que en el momento de traducir por primera vez un texto expresivo no tenía conocimiento ni conciencia de las diversas teorías, considero que el proceso de traducir resultó para mí algo hasta cierto punto natural, por que luego de una primera lectura donde la lengua extranjera sonaba como música en mi cabeza, al tener el propósito de traducir y leer por segunda vez, el texto resultaba en música también, pero ahora en mi lengua materna.

El principal propósito al realizar la presente traducción fue recrear, trasladar adecuada y efectivamente la atmósfera que el autor crea en toda su obra, y que en estas narraciones se manifiesta ya con aspectos específicos, que en conjunto logran un mayor efecto en la elaboración de un ambiente por medio del cual el autor se propone cautivar al lector.

El uso del monólogo interior es la mayor aportación de Arthur Schnitzler a la literatura de lengua alemana, y el autor se sirve de elementos tales como la puntuación para hacer patente que lo que seguimos es el flujo de ideas del protagonista, que nos llega sólo su muy particular percepción de la realidad.

De ahí que la puntuación, los puntos suspensivos sobre todo, fueran de gran importancia para intentar conseguir una correcta recreación de la atmósfera del original en el texto meta: pausas naturales que inundan los pensamientos de quien se consume en la incertidumbre, los puntos suspensivos se conservaron intactos al pasar de la lengua original a la lengua meta.

Con el uso específico de la puntuación queda clara la tendencia del autor a retirarse, a desaparecer como narrador, dejando a los personajes solos con sus conflictos, y esto resulta evidente al seguir la narración, puesto que las voces del narrador y del protagonista se confunden y fluyen como desde el mismo punto, el autor parece hablar desde el interior del personaje, dando cuenta de la descomposición que sufre a causa de la incertidumbre y el desconcierto.

Palabras desconocidas

Otro aspecto a considerar fue el vocabulario empleado por el autor, palabras típicas del ambiente vienés de la época que por tratarse

de nombres de lugares, se decidió traducirlos parcialmente, resultando de esta forma: *Schottenhof* “la posada Schottenhof”, *Schottenkirche* “la iglesia Schottenkirche”, *Künstlerhaus* “la galería Künstlerhaus” y *Prater* “el parque de diversiones Prater”; tratando de mantener así la atmósfera propia que le dan esos lugares a la acción del relato, pues se consideró adecuado no privar a los lectores de la otredad del original y sí dar una pequeña muestra de los lugares típicos de una ciudad como la Viena de fin del siglo XIX.

Sin embargo, los nombres de los medios de transporte, también muy específicos para la época como *Pferdebahn*, *Kutsche* y la palabra *rouleaux* para *cortina* fueron traducidas con el fin de facilitar al lector una imagen fiel del lugar donde se desarrolla la trama y de los elementos presentes.

Otras dificultades y posibles soluciones

Durante el proceso de traducción hubo que reflexionar también sobre los tiempos verbales, dada la coincidencia del tiempo *Präteritum* con los tiempos copretérito y pretérito del español.

En la primera lectura resultaba todavía un poco confuso cuál de los dos tiempos debía ser utilizado en el texto meta, sin embargo, en una segunda lectura quedó más claro cuándo debía traducirse como

copretérito y cuándo como pretérito, pues se establece la descripción de actos pasados repetitivos y eventos únicos en el pasado.

Como ejemplo de lo anterior tenemos en “La extraña” el siguiente párrafo:

Am Morgen, da Albert Katharina zur Trauung abholte, war sie ihm geradeso fremd, als an dem Abend, da er sie kennengelernt hatte. Sie wurde die Seine ohne Leidenschaft und ohne Widerstreben. Sie reisten miteinander ins Gebirge. Durch sommerliche Täler fuhren sie, die sich weiteten und engten; ergingen sich an den milden Ufern heiter bewegter Seen und wandelten auf verlorenen Wegen durch den raunenden Wald. An manchen Fenstern standen sie, schauten hinab zu den stillen Straßen verzauberter Städte, sandten die Blicke weiter den Lauf geheimnisvoller Flüsse entlang, zu stummen Bergen hin, über denen blasse Wolken in Dunst verflossen. Und sie redeten über die täglichen Dinge des Daseins wie andre junge Paare, spazierten Arm in Arm, verweilten vor Gebäuden und Schaufenstern, berieten sich, lächelten, stießen mit weingefüllten Gläsern an, sanken Wange an Wange in den Schlaf der Glücklichen.

Todos los verbos del párrafo anterior se encuentran en *Präteritum*, tiempo verbal alemán que correspondería al copretérito del español, sin embargo, se optó por una combinación de copretérito y pretérito, dado que se trata de la descripción de la luna de miel, evento situado en el pasado, pero sin repetición, resultando así la siguiente versión:

La mañana en que Albert recogió a Katharina para el casamiento le resultó tan extraña como la tarde en que la había conocido. Fue suya

sin pasión ni resistencia. Viajaron juntos a la montaña. Transitaron por valles veraniegos que se ensanchaban y estrechaban; se pasearon en las suaves orillas de lagos serenos y anduvieron por caminos perdidos por el bosque murmurante. De pie en algunas ventanas, miraban hacia las calles silenciosas de ciudades encantadas, dirigían las miradas a lo largo de la corriente de ríos llenos de secretos, a montañas mudas sobre las que se deshacían pálidas nubes en vapor. Y platicaban sobre las cosas cotidianas de la existencia como cualquier joven pareja, paseaban brazo a brazo, se detenían ante edificios y escaparates, se aconsejaban, sonreían, brindaban con copas llenas de vino, se hundían mejilla con mejilla en el sueño de los felices.

El párrafo anterior describe eventos en pasado, sin embargo, al leer con atención es claro que no todos los verbos, que están en *Präteritum* en el original, encuentran su equivalencia en el copretérito del español. De esta forma, *abholte* pasa como “recogió”, pretérito, puesto que es una acción sin repetición: fue sólo el día de la boda. Lo mismo aplica para *reisten*-“viajaron”, *führen*-“transitaron”, (*sie*) *ergingen sich*-“se pasearon”, *wandelten*-“anduvieron”, puesto que se trata de acciones realizadas sólo una vez, a saber, en la luna de miel. Pero es al leer la descripción del paisaje que es necesario retomar el copretérito en español, así: (*sommerliche Täler die sich*) *weiteten und engten* resultan en español “valles veraniegos que se ensanchaban y se estrechaban”, al igual que *Wolken in Dunst* *verflossen* son “nubes que se deshacían en vapor”; y al tratarse de acciones que Albert y Katharina realizaron varias veces durante la luna de miel, se tiene: *schauten*-“miraban”, *sandten*-“dirigían”, *redeten*-“platicaban”, *spazierten*-“paseaban”, *verweilten*-“se detenían”, *berieten sich*-“se aconsejaban”, *lächelten*-“sonreían”, *stießen*-“brindaban” y *sanken*-“hundían”.

En ocasiones, se decidió traducir el *Präteritum* como gerundio, sobre todo considerando el uso de adjetivos, por ejemplo en “Herencia”:

Ganz ruhig aber sprach jener weiter es traducido como *Pero aquél siguió hablando muy tranquilo*. Un cambio en el tiempo verbal no fue opción sólo para el *Präteritum*, sino también para el *Perfekt*, como se ve en “El otro”: *Sie hat die Vorhänge in meinem Arbeitszimmer immer niedergelassen*, resulta en español: *Ella siempre bajaba las cortinas en mi estudio*, pues con el adverbio “siempre” se expresa repetición en la acción descrita.

Otra alternativa para traducir el *Präteritum* fue el infinitivo, como en “Flores”, donde encontramos *Und bevor er den Garten verliess, blieb er noch bei mir stehen...*, podemos leer en la traducción *Y antes de abandonar el jardín se detuvo junto a mi...*

También en “El otro”, se recurrió al cambio de una frase por un adverbio para evitar lo que podría resultar en una cacofonía. Mientras en el original se lee: *...ich hasse alles und alle...Vor allem...*, se decidió traducir *...odio todo y a todos... principalmente...* en lugar de *odio todo y a todos...sobre todo...*, evitando así la repetición de la palabra “todo”.

Sobresalen en el idioma alemán el uso de las oraciones subordinadas de varios tipos, pero se cuenta también con la opción de concentrar información en participios (*Partizip I, II in erweiteren Partizipialphrasen*) en función de adjetivos. En el idioma español se pueden formular también ambas estructuras, por ello, se recurrió a alternar las formas en la traducción, obteniendo así en “Herencia”:

Estaba sentado frente al Café Imperial, en una de las pequeñas mesas, llevadas desde las habitaciones vaporosas hasta plena calle, donde...
 para *Er saß vor dem Café Imperial, an einem der kleinen Tische, die man aus den dunstigen Zimmern auf die offene Strasse hinausgebracht hatte, wo...* Considero que el adjetivo hace más fluida la narración en español, ya que el uso de una oración subordinada tal como *...en una de las pequeñas mesas, las cuales se habían llevado de las habitaciones vaporosas hacia fuera a plena calle* resulta en una estructura muy extensa, sobre todo tomando en cuenta que sigue otra oración subordinada en el original y que en la traducción no sufre cambio alguno.

En el caso de *...wenn er die hohe Stirne dieses ahnungslosen Betrogenen sah*, se tradujo *...cuando veía la frente en alto de este traicionado que no sospechaba nada*, es decir utilizando una frase subordinada, en lugar de *cuando veía la frente en alto de este traicionado desprevenido*, oración que resultaría muy extraña en español y que a mi juicio le daría otro tono a lo dicho.

Más adelante en el mismo relato se lee *Immer von neuem, wenn Gretel mich verlässt...* y se traduce *Siempre que Gretel me deja...* omitiendo el *von neuem* debido a la combinación poco afortunada de dos adverbios en español, como puede ser “siempre de nuevo” o “siempre nuevamente”.

Existen en el idioma alemán ciertos adverbios que especifican la manera en que se lleva a cabo una acción, tales como *herunter* y *hinaus*, que aparecen en combinación con verbos y cuya traducción resulta a veces en el uso de otro verbo, perdiendo quizá un poco de la imagen del original. Tal es el caso de: ...Strassen...auf die stiller weisser Schnee langsam herunterschwebte..., traducido como ...*las calles, sobre las que caía lentamente nieve blanca y silenciosa*, esto pese a la bonita imagen que da el verbo en el original: *schweben*, cuyo significado es “flotar” o “balancearse”, y en combinación con *herunter* “flotar hacia abajo”.

Tenemos otro ejemplo de lo anterior en “El otro”: *Morgen für Morgen wandere ich auf den Friedhof hinaus*, cuya traducción fue *Cada mañana camino al cementerio*, omitiendo el adverbio *hinaus* por contar ya con el sentido de movimiento con la preposición “a” y porque en español resultaría redundante *camino al cementerio afuera*.

En “Flores” se lee sobre Gretel: *und am schönsten ist sie...*, mientras en alemán el adjetivo calificativo está en superlativo, se decidió traducirlo en comparativo: *y (Gretel) es más bonita...*, pues la diferencia entre el comparativo y el superlativo en español está marcada por el uso del artículo determinado.

En “Una despedida” podemos encontrar un uso muy específico del verbo modal *sollen*: *Der gnädigen Frau soll es sehr schlecht gehen...*,

en este caso es un mensajero quien habla, de forma que el uso de *sollen* implica que está transmitiendo palabras de otra persona, así que toma distancia de la opinión de esa persona. En otro contexto traducir *La señora debe estar muy mal* se tomaría justamente como una suposición o algo referido por alguien más, sin embargo en este caso es claro por el contexto que el mensajero se limita a repetir lo escuchado, de forma que el verbo se omite.

Asimismo, resalta la diferencia en las frases para describir el estado de una persona. Mientras en alemán se usa *Ihr geht es sehr schlecht*, entendido literalmente como *A ella le va muy mal*, esta expresión en español no tiene el mismo sentido, pues se entiende que la persona atraviesa por dificultades, pero con *La señora está muy mal*, que es la traducción en el relato, queda claro que se trata de una cuestión de salud.

En cuanto al vocabulario, éste no representó dudas sólo con respecto a los nombres propios que mencioné con anterioridad. Más aún, en ocasiones se trató de fenómenos característicos del idioma alemán, como son los adjetivos e incluso las preposiciones vueltos sustantivos.

Como ejemplo de esto me gustaría mencionar que en particular el relato *Die Fremde* dio pie a un cuestionamiento ya desde el título, esto por las varias acepciones que la palabra *Fremde* tiene en alemán. De

inicio, se trata de un adjetivo hecho sustantivo, y como adjetivo, *fremd* significa “extranjero, extraño, forastero, exótico, desconocido, ajeno”²². Fue mi elección entonces traducir el título como *La extraña*, pues con “extranjero” se piensa en una persona de otro país, mientras “desconocido” remite a una persona con quien no se tiene contacto, o éste resulta superficial, sin embargo, dichas acepciones están lejos de lo que representa Katharina para Albert, pues pese a convertirse en su esposa, siempre le resulta extraña, incomprensible en su comportamiento y finalmente, por completo inasible.

Una situación similar se presenta en “El otro”, donde se lee *kein Licht des Gegenüber durfte zu uns herein*, resalta el uso de la preposición *gegenüber* como sustantivo, resultando literalmente en “del de enfrente” por el uso de la declinación del genitivo. Sin embargo, por ser esta expresión muy coloquial se decidió traducir “del vecino de enfrente”.

También en “Herencia” se encuentra vocabulario que denota un tono y sentido que en español se logró con el uso de un verbo y un adverbio extra, no sólo con la traducción del adverbio presente en el original. Es el caso de *Verständigen Sie gefälligst Ihre Herren Sekundanten...* que en español resultó en *Al ponerse de nuevo el sombrero, le espetó todavía cortante: ...Haga favor de avisar a sus*

²² SLABY, Rodolfo et. al. *Diccionario de las lenguas española y alemana* Tomo II p.386.

padrinos...esperando dar así el tono grosero del original que implica la palabra gefälligst.

En la misma narración se lee:...*da man meine...die Tote in die Erde senkt,...*, pese a que el verbo *senken* significa literalmente “bajar”, se encuentra en la traducción: *cuando mi...la muerta se hunda en la tierra*, recurriendo así al doble sentido que el verbo “hundir” implica en español, por una parte muy literal, el cuerpo baja, se pierde en la tierra y por otro denota también el “hundimiento social” que conlleva el ser una mujer adúltera.

Finalmente, el uso de las partículas modales en alemán resultó en varias ocasiones en omisiones en la traducción, pues el tono que dan en el original sería repetitivo en español, por ejemplo en “El otro”: *wie kann sie denn da wieder aufstehen?*, cuya versión es: ¿cómo puede levantarse de nuevo?

Encontramos otra omisión de este tipo en “La extraña”: *es war ja doch ziemlich gleichgültig* fue traducido como *(le) era harto indiferente*, dado que con el adjetivo “harto” es explícita la función de intensidad que confiere la combinación de las dos partículas modales *ja* y *doch*.

En “Flores” podemos leer: *Ich habe ...gewusst, dass es überhaupt weder Freuden noch Schmerzen gibt*, mientras en español tenemos *Supé...que no hay alegrías ni dolores...*, esto no obstante a que en el original

überhaupt enfatiza la negación, pues en la traducción basta con la combinación del “no” y “ni” para remarcar lo negativo.

De la misma forma, en “Una despedida”: *Aber wenn nur sie es war...*, se decidió omitir la palabra *nur*, obteniendo así *Pero cuando era ella...*, en lugar de *Pero cuando era solamente/simplemente ella...*, pues a mi juicio esta traducción implicaría un cambio en el tono con que Albert se expresa de su amada.

Más adelante en el mismo relato tenemos: *Es konnte also nur einen Grund geben...*, por las líneas anteriores a esa frase se entiende que el protagonista está reflexionando y sacando conclusiones, de forma que la versión en español: *Podía haber sólo un motivo* resulta suficiente y no perjudica la omisión de *also*, cuyo significado es “por consiguiente” o “en conclusión”.

Otra partícula modal omitida en la traducción es *eigentlich*, pues siendo su función mostrar y enfatizar interés en las preguntas, se consideró que este interés en la respuesta está establecido ya por el contexto. Tal es el caso de: *...was der gnädigen Frau eigentlich fehlte*, que traduje como *(enterarse) de lo que le pasaba a la señora*.

Aber es, además de una conjunción, una partícula modal que otorga intensidad a los adjetivos. De tal suerte que la frase en “Una despedida”: *Das ist aber traurig* se tradujo como *Es muy triste*,

considerando que el adverbio “muy” cumple con la función que *aber* tiene en esta frase.

Las diferencias entre el idioma alemán y el español son numerosas, de forma que las posibles dificultades al traducir de un idioma a otro también lo son. Sirvan los ejemplos anteriores como una breve muestra del tipo de cuestiones a las que se enfrenta el traductor y de las posibles soluciones de las que puede echar mano.

Conclusiones

Traducir es transmitir. El conocimiento de una lengua sirve para establecer una conexión, un enlace en el que el traductor tiene la tarea de reproducir fielmente texto y ambiente de una obra, en este caso, de tipo expresivo.

Traducir es compartir. Como lectores de obras en un idioma extranjero, existe el deseo de dar a conocer ese texto en la lengua materna, acaso alguien más piense que ha sido un acierto hacerlo.

Y para cumplir con esa tarea, lograr transmitir y compartir, se puede recurrir a numerosas teorías de la traducción que se han venido desarrollando a partir del siglo XX, pese a que la práctica de la traducción se da desde los tiempos más remotos.

Existe la teoría lingüística, la interpretativa, la del “skopos”, y varias más, que a lo largo de su desarrollo han intentado dilucidar el proceso de la traducción y dar visos sobre las posibles formas en que se puede abordar un texto a traducir.

De las diversas ideas al respecto que tuve a mano durante el desarrollo de este trabajo, me parece importante resaltar que según Goethe, hay dos máximas para la traducción: una de ellas indica acercar a nosotros al autor de una nación extranjera de forma tal que

se le pueda considerar propio, mientras la otra exige que nos traslademos a lo extranjero y que nos introduzcamos en sus circunstancias, su forma de hablar, sus peculiaridades.²³

Al respecto, personalmente buscaría el equilibrio entre ambas posiciones, mientras una traducción apegada al original resultaría en la transmisión del estilo del autor pero quizá en estructuras un tanto ajenas a las de la lengua meta, una traducción apegada a la lengua meta tendría un estilo correcto y acaso bello pero no el del original, de forma que en este trabajo busqué mantener la otredad del original en las palabras que designan lugares específicos de Austria y al mismo tiempo respetar y trasladar el estilo del autor. Cabe mencionar además, que a pesar de existir equivalencias de los nombres de los personajes en la lengua meta, decidí no recurrir a “Alberto” en lugar de “Albert”, por ejemplo, por considerarlo un exceso, más aún por tratarse de un nombre de fácil comprensión y que no crea dudas en cuanto al género de la persona; resulta, de esta manera, un elemento más que mantiene la otredad del texto original, de la lengua extranjera.

Y comparto la idea de Virgilio Moya, quien en *La selva de la traducción* plantea que “cuando uno traduce, en el fondo está creando su propia teoría de la traducción”,²⁴ y esta teoría personal de la traducción se da, además, en un plano meramente inconsciente.

²³ GOETHE, Johann Wolfgang von. “En recuerdo fraternal de Wieland“, en *El discurso sobre la traducción en la historia. Antología bilingüe*, p. 381.

²⁴ MOYA, Virgilio. *La selva de la traducción. Teorías traductológicas contemporáneas*, p. 10.

Para quienes empezamos con esta tarea, se hacen más evidentes las características del idioma materno, pues aunque durante el proceso uno se deje llevar hasta cierto punto por lo que se escucha bien y lo que no en nuestro idioma, es claro que en la lectura posterior de nuestro trabajo las decisiones se hacen conscientes y son claras también las dificultades presentes y las alternativas para su solución, dando como resultado un conocimiento más detallado del idioma propio y del extranjero.

Se dice también que al traducir se contamina, y creo que esta contaminación se da sobre todo con respecto a la lengua meta. La libertad del traductor conlleva una serie de elecciones totalmente subjetivas, dando al texto meta tanto de sí mismo como del autor.

Personalmente, espero que esta contaminación, el conjunto de mis decisiones subjetivas, hayan contribuido a lograr una transmisión adecuada de las imágenes dadas por Arthur Schnitzler en cada una de las presentes narraciones.

Anexo

I

Herencia

Era uno de esos momentos entrañables, en los cuales lo sobrecogía la sensación de su dicha con dulzura irresistible. Estaba sentado frente al Café Imperial, en una de las pequeñas mesas, llevadas desde las habitaciones vaporosas hasta plena calle, donde los rayos del sol vespertino de verano caían abrasadores. Fumaba absorto su Habana y pensaba en Annette.

¡En Annette! En sus grandes ojos cafés y en su cabello negro, que llevaba trenzado en verano. Pensó en la casa de campo que ella habitaba, muy cerca de Viena y sin embargo completamente aislada, una villa cuyas puertas él podía tocar una o dos, hasta tres veces a la semana por la tarde, para ser recibido con miles de besos de unos labios fogosos y dulces. Y luego pensó en el esposo, quien era invisible durante días y que los domingos, cuando sí coincidían afuera de cuando en cuando, se recostaba en el diván después de la comida, haciéndose cigarrillos con los ojos entrecerrados, y fumaba.

Emil casi lo amaba, a este serio hombre maduro, con cabello y barba canosos, y un sentimiento de respeto y lástima lo sobrecogía, cuando veía la frente en alto de este traicionado que no sospechaba nada. Y ahora pensaba en aquel último encuentro. Annette y él estaban sentados junto a la mesita donde estaba el café negro, y los ojos de ella ardían en los de él, mientras ella bebía a sorbos de la taza. En ese

momento se le cayó el cigarro al esposo. Estaba dormido. Annette sonrió y se puso de pie. De puntillas se apresuró a la puerta que llevaba al jardín y le hizo señas a Emil. Él la siguió lentamente, mientras ella se adelantaba. La encontró entre dos árboles grandes, acostada en la hamaca, con los labios hinchados, los ojos húmedos, con aliento deseoso. Lo besó y lo mordió en la mejilla. Casi tuvo que gritar. Pero se acordó del que dormía en la habitación. Ella pareció adivinar sus pensamientos. “Ése no se despierta”, dijo, rió y tomó la cabeza de Emil en sus manos, soplando su aliento cálido sobre su cabello.

...Pero cómo, todo eso sucedió hace apenas tres días, cómo es que desde entonces no he salido, pensó Emil. ¿Por qué no me ha escrito? Quizá encuentre una carta cuando llegue a casa. Una de esas cartas, con sólo una frase: “Esta noche”. Y entonces me sentaré en un carruaje e iré. Vendrá hacia mí y recorreremos el camino al bosque. Quizá me mostrará, como el otro día, la última carta que le escribí, que guardó en su pecho, que arrugó, besó y apretó contra su corazón.

Así pensaba Emil mientras, sin estar bien consciente de ello, veía venir desde el otro lado de la calle hacia el café, a un hombre alto con ropa negra. Encaminó el paso directamente a la mesa en que Emil estaba sentado. ¡Era el esposo de Annette! Ya dos o tres veces en el verano había ido por la tarde al Café Imperial, había leído su periódico y se había marchado. Ahora se sentó a la mesa de Emil tras un saludo cortés y gélido, y dijo: “He pensado encontrarlo aquí”.

Emil sintió una ligera angustia que intentaba alejar bromeando. Miró sonriente el traje del hombre y dijo “¿Tan lúgubre en un lindo día de verano?”.

El hombre no reparó en las palabras y dijo solamente: “Leí sus cartas.”

Un terrible presentimiento se apoderó de Emil, pero sonrió y replicó “Pero si nunca le he escrito”.

De inmediato, esta respuesta le resultó infantil y miserable. Pero el otro, tranquilo como hasta ahora, continuó: “Sus cartas a mi mujer”.

Emil se sobresaltó. Quería decir algo y puso cara de ofendido. Pero al mismo tiempo lo hirió la mirada del otro, terriblemente seria, cautivante: Emil profirió sólo una palabra con voz tensa: “Por qué...”

“¿Por qué las leí?” continuó el otro. “Bueno, muy simple. Las heredé.”

Emil lo miraba fijamente.

Pero aquél siguió hablando muy tranquilo: “Annette murió ayer. Una apoplejía, según el doctor, lo cual, creo yo, no tiene importancia para nosotros. Cuando se desplomó se desataron sus ropas, su corpiño, se encontraron cartas. Usted entiende, tuve algo de interés en tomar posesión de mi herencia inmediatamente. Después de dos minutos supe que usted era el amante de Annette.”

Todo se hundió para Emil. El hermoso día de verano, la calle soleada, veía un fulgor blanco que lastimaba sus ojos, y el hombre vestido de luto estaba sentado, impasible, en medio de este fulgor. Emil veía también el crespón en el sombrero del hombre; para su propio asombro, un pensamiento vergonzoso pasó por su cabeza: él también debería

anudarse un crespón parecido alrededor del sombrero. Pero no podía decir ni una sílaba.

El otro siguió: “Le agradezco, señor mío, que le resulte superfluo replicarme algo. Nos ahorra una conversación más larga. No necesito explicarle los últimos motivos de mi visita.” Se detuvo y se quitó el sombrero, después de lo cual se pasó la mano por la frente y los ojos.

“Estoy a su disposición en cualquier momento”, dijo Emil con voz apagada, pero suficientemente entendible.

“No esperaba otra cosa”, respondió el viudo. “Ahora, por desagradable que sea, debo insistir en la premura del arreglo de este asunto. El funeral de Annette será mañana al mediodía.”

“Entonces pasado mañana temprano”, opinó Emil, mientras su rostro tomaba una expresión en extremo cortés, ya que algunos señores de las mesas cercanas los miraban.

“Entonces sería demasiado tarde”, le replicó el hombre. “Debo decirle que mi sentimiento ético se vería ofendido si en el momento, cuando mi... la muerta se hunda en la tierra, sus dos hombres tuvieran la posibilidad de llorar en su tumba...si todavía ambos estamos entre los vivos. ¿Lo entiende?”

“Perfectamente”, contestó Emil, quien mientras tanto había logrado recuperar la compostura. “Mañana temprano entonces, si le parece bien.” Quiso levantarse y dijo: “Podemos ceder lo demás a partir de este momento a los otros caballeros. Y en lo que concierne al doctor, yo mismo...”

“No será necesario”, replicó el viudo poniéndose de pie.

Apenas ahora Emil notó las grandes gotas de sudor que corrían de su frente a su barba. Al ponerse de nuevo el sombrero, le espetó todavía cortante: “Usted sabe dónde vivo. Haga favor de avisar a sus padrinos que los míos estarán pendientes de su visita a las ocho de la noche.”

También Emil se levantó. El otro saludó y caminó con pasos tranquilos al otro lado de la calle. Emil, quien agradecía con ligera reverencia, se sentó de nuevo y tomó mecánicamente la taza de café negro, que aún estaba intacto frente a él. Bebió y se sorprendió de que estuviera todavía completamente caliente. Luego quiso encender de nuevo su puro, pero éste aún estaba prendido. Sintió cómo latía su corazón, cómo sus piernas comenzaban a temblar y se avergonzó. Ahora quería ir en busca de sus padrinos. Había escogido al alférez Fechner de los húsares y al doctor Willner. Cayó en cuenta que no le había pagado al mesero. Mañana, pensó durante un momento. Entonces le pasó por la cabeza, que tal vez no habría un “mañana temprano” para él. Tenía la impresión de que no podría levantarse de su sillón. Lo veía frente a frente con la pistola en la mano. ¿Quién tendría el primer disparo? Espontáneamente pasó flotando ante él una imagen de una revista humorística, donde estaban representados dos duelistas, ambos con pistolas, heridos al mismo tiempo, caídos de bruces al suelo. Intentó recordar el chiste bajo la imagen. Pero no le resultó. Aquellas dos personas en la mesa cercana se levantaron y entraron en el gran salón del café, mientras uno decía: “Entonces, una partida de carambola. Te doy diez de ventaja.”

¿Se puede jugar billar hoy?, pensó Emil. Le resultó extraño. Ahora aparecía el mesero, evidentemente Emil lo había llamado sin darse cuenta. Pagó su café y se levantó. “Si el doctor Willner viene, que me espere, también el alférez Fechner.” Luego tiró su puro, que ya no le sabía, y se encaminó a la calle. Las piedras eran duras, los pies le dolían. Frente a él pasó una actriz en un carruaje, tuvo que pararse un momento y miró fijamente a la hermosa mujer directamente a la cara. Le hubiera gustado gritar. Apenas ahora pensó en Annette...

Al día siguiente estaba sólo uno de los hombres de Annette ante su tumba. ¡El legítimo! El otro yacía en la camilla con el pecho perforado. Había caído muerto en el acto, sobre la hierba larga y suave, y el alférez de los húsares le había cerrado los ojos.

“Toda mi vida pensaré” –contó por la tarde el alférez a sus camaradas en el café – “en cómo tuve que regresar a Viena con el muerto, en un carruaje con la cortinilla hacia abajo, porque no había otro vehículo disponible. Fue espantoso. La sangre en su camisa iba secándose, y yo tenía que sostener su cabeza en todo momento, para que no cayera hacia adelante.”

Todos callaron, serios. Les parecía como si las llamas ardieran más mortecinas y el coñac ya no fuera una bebida fuerte como antes. También el tintineo del tranvía a caballo en la calle sonaba triste y cansado.

El otro

Del diario de un doliente

¡Solo! Completamente solo...

Estoy sentado frente a mi escritorio; los candelabros están encendidos... la puerta que da a la habitación, que alguna vez fue suya, está abierta de par en par, y conforme alzo mi vista, ésta se hunde en el oscuro cuarto. Reflejos de luz centelleantes que vienen de las casas al otro lado juegan en mis ventanas... Qué nuevo, qué brutal es esto... Ella siempre bajaba las cortinas en mi estudio al caer la tarde; ningún ruido de la calle ni luz alguna del vecino de enfrente podía llegar a nosotros...

Y las horas transcurrían. Me paseé de un lado al otro en mi habitación; también en la suya. Me estiré en su diván, estuve ahí acostado mucho tiempo y miré fijamente el mundo superfluo frente a las ventanas... Me paré frente a su escritorio, sostuve en la mano los manguillos donde queda todavía el aroma de la punta de sus dedos... y ante la chimenea que se había consumido, me quedé parado y revolví las cenizas con el atizador. Y el papel pulverizado y los pedazos de carbón siseaban y crujían.

Cada mañana camino al cementerio... este año hay un otoño tardío con un sol frío y descarado, y cuando veo de lejos el muro blanco, me arden los ojos. Luego camino por las hileras de tumbas y observo a la gente que llega ahí, a rezar y a llorar. Comienzo a conocer a algunos... me

afecta particularmente en estas personas lo típico, lo que siempre regresa... la muchacha que desfallece sollozante ante aquella cruz cerca de la capilla, siempre con los mismos sollozos, la misma violeta que coloca sobre la tierra húmeda, y cuando se levanta luego, siempre la expresión estabilizada en el rostro, la veloz partida... llora a un joven; murió a los veinticuatro años, seguro que ella era su novia... Siempre me cautiva la idea: sí, ¿cómo puede levantarse de nuevo? ¿de dónde la mirada reconfortada, con la que se va de ahí?... quisiera correr detrás de ella. ¡No hay consuelo alguno, tonta!... y yo, que estoy a diario ahí, ¿qué busco en realidad?... a veces me irritan las personas con el crespón alrededor del sombrero, con los guantes oscuros... y sin embargo en eso luzco como todos los demás, pálido y con los ojos llorosos... oh, ya lo sé... estoy celoso del dolor de los otros, me pasa en esto como con cosas sublimes y encantadoras. No podía resistir la expresión de entusiasmo en los rasgos de otros, cuando yo me había embriagado con algo grande...

Miraba envidioso a mi vecino, a quien parecía invadir un estremecimiento igual que a mí... algo en mí se rebelaba en contra de todos estos que erraban entre las tumbas con el mismo indescriptible y eterno dolor... ah, es miserable. Lo mismo sienten todos ellos, y los días siguen transcurriendo... con nuevos pensamientos, esperanzas más frescas... al final llega la primavera suave y engañosa y le florece importuna a uno en el rostro... los aires soplan y las flores expiden su aroma, y la mujeres ríen y nosotros somos de nuevo los burlados, estafados por nuestro gran y eterno dolor...

La mayoría de las veces me paro a un par de pasos de la mancha de tierra, bajo la cual descansa... cuando esté erigida la tumba de piedra, podré apoyarme en los fríos escalones, doblaré la cabeza, me arrodillaré; no me atrevo a hincarme en la tierra. Me estremezco ante la idea de que pedazos de polvo se rompan debajo de mí, que los escuche chocar en el ataúd... y sin embargo, a veces me invade un deseo casi invencible de arrojarme al suelo, remover la tierra con las manos... mi duelo nada tiene de dulce... estoy furioso, mis dientes crujen, odio todo y a todos... principalmente a aquellos que sufren conmigo... todos estos hombres, mujeres, niños entre los que camino, me resultan repugnantes, quisiera correr como un loco, lejos de ellos.

Algo indescriptiblemente irritable tiene para mí en especial la idea de que alguien estuvo ayer ahí por última vez. Sufrió su pena hasta el final... sintió que era más suave cada vez... se fue de ahí más libre cada día. Y una mañana despierta y puede sonreír de nuevo... cómo odio a la gente que puede volver a sonreír...

¡Pero una mañana yo también volveré a sonreír! ¡Yo también olvidaré! En mí surge hoy el recuerdo de mi juventud... cómo al lado de mi dulce amada caminaba por el bosque y así hubiera podido ser eternamente feliz... y así era también. Hay momentos que todo lo enlazan, pasado, futuro, que de hecho son la eternidad misma... pero nunca pertencí a aquellos que andan, seguros de su camino, al lado de la carretera, que de vez en cuando pierden el rumbo en las praderas y bosques y se pueden acostar en el pasto, embebidos, dichosos de la mañana. Me subí a los árboles y miré a lo lejos, allá, donde la carretera desaparece en el

amanecer y la primavera comienza a morir... y aquí... aquí en este cuarto, en la ventana, era como si mi esposa besara tiernamente mis mejillas, y me recorriera un gélido estremecimiento... los minutos, segundos, días, años, corrían, nuestro tiempo se terminaba... ¡viejos, ambos, el final, el final!... así profané mi amor, porque pensé, que debía palidecer... ¡y ahora profano mi dolor, mientras pienso que alguna vez volveré a sonreír!...

¿Quién es ese hombre con cabello rubio y los ojos llorosos? ¿A quién llora? La última morada que busca día a día está a pocos pasos de la tumba de mi esposa... el hombre me llamó la atención porque no puedo odiarlo como a los demás. Él está ahí antes que yo y se queda todavía cuando yo me alejo... tal vez no habría reparado en él si no hubiera sentido una vez sobre mí su mirada con un brillo de tan profunda compasión, que casi me estremecí. Lo miré fijamente; se volteó lentamente y caminó a lo largo del muro del cementerio... debo conocerlo, por cierto... de antes... pero ¿de dónde?... ¿nos encontramos en un viaje?... ¿lo vi en el teatro?... ¿o sólo en la calle?... debe presentir mi destino y haber experimentado uno parecido; sólo así me explico esa mirada, que será inolvidable para mí... es joven y guapo.-

Ahora... que estoy sentado de nuevo aquí, ante mi escritorio y que el retrato de mi mujer, mi todo, mi felicidad, mi mundo, flanqueado por flores marchitas, está frente a mí... vuelve a mí lentamente el conocimiento. Días, como los vividos últimamente, quitan verdaderamente cualquier juicio claro... hoy tengo planeado algo

grande... por primera vez desde hace un mes quiero abrir el armario de libros, quiero intentar leer, ordenar, pensar nuevamente...

Nada de todo eso he hecho. Tenía que ir de nuevo... en la noche... solitario el cementerio. Nadie a lo largo y ancho... hoy por primera vez me postré y besé la tierra bajo la cual ella descansa. Y lloré, sí, lloré... había tanto silencio... el aire frío y tranquilo. Luego me levanté y caminé por las hileras de tumbas hacia las puertas del cementerio. Y siguió completamente solitario; la luna miraba tan penetrante las cruces y monumentos, que yo debía haber visto a cualquier persona. Vi también a una mujer retirándose, con el velo negro ondeante y el pañuelo... las conozco ya tan exactamente, a estas mujeres. Y la calle ancha que lleva a la ciudad, yacía blanca a la luz de la luna. Oía siempre mis pasos; nadie venía detrás de mí; me quedé solo ahí por mucho tiempo, hasta que las primeras casas del suburbio y las primeras posadas aparecieron. Entonces hubo de golpe voces de personas, pasos y ruidos. Pero a mí me hizo muy bien, y ahora que estoy en casa luego de mi caminata, he sentido un deseo extraño, desde hace mucho no experimentado, de abrir la ventana, de escuchar de nuevo voces humanas y ruido callejero. Pero la noche ha seguido su curso y abajo se callan... también se me congelan los dedos mientras escribo esto, porque comienza a hacer frío; y la luz titila a pesar del aire impasible...

Estaba ahí parado, firme, en la barda del cementerio y el alto sauce me cubría con sus miradas. Había llegado en la madrugada- el primero. En la casita del sepulturero incluso estaba encendida aún una luz. Pronto

aparecieron otros después de mí, mujeres la mayoría... finalmente él... tranquilo caminó hacia el lugar donde usualmente se detiene... siempre los mismos ojos grandes, llorosos... y se arrodilló... miré hacia allá, penetrante... se arrodilló en la tumba de mi esposa... pero yo estaba ahí, sin aliento, con los dedos en las ramas del sauce. Duró largos minutos... él se arrodillaba, no rezaba... tampoco lloraba... ahora se levantaba de nuevo... caminaba, como solía hacerlo, los caminos de allá para acá. Después de un tiempo vino de nuevo cerca de mí... me había acercado a la tumba de mi esposa y estaba ahí, apoyado en el enrejado de una tumba vecina... él pasó junto a mí, me miró sereno... yo quería llamarlo, no lo hice... vi cómo se acercaba a la salida del cementerio, y seguí parado ahí... no sé qué impresión me dio... tampoco sé qué me parece ahora... pero viene un día, mañana...ya mañana, cuando lo veré de nuevo, le preguntaré, cuando lo sabré todo...

¡Qué noche es ésta! ¡No puedo dormir!... ¡apenas ha pasado medianoche!... quiero ir allá ahora... qué hago aquí, en mi casa... sólo un par de horas y el frenesí pasa... cuán claro estará todo... ¡Pero hasta entonces!... ahora, son sólo horas...

¡Sí, sí! ¡En la tumba de mi esposa! De nuevo lo vi arrodillarse ahí; me paré a sólo diez pasos de él... ¿y por qué no me arrojé sobre él de inmediato? ¿Por qué lo dejé levantarse, dar un par de pasos? ¿Cómo? ¿No tengo derecho a preguntarle quién es?... ¿A quién puedo preguntarle, si no a él?... pero él escuchó mis pasos tras los suyos, conforme caminaba a la puerta... y no me equivoco, aceleró el paso.

Pero yo lo seguí, y él lo notó. Cuando pisó más allá de la puerta, se me desapareció por dos segundos, naturalmente... pero yo tras él... entonces pasó un coche... el único en los alrededores... yo tras el coche... no podía alcanzarlo... lo vi todavía por muchos minutos, pues la calle es larga y recta- finalmente estaba fuera de mi vista... y yo estaba parado ahí... así como ahora estoy sentado frente a esta hoja de papel... cercano a la locura... ¿Quién es este hombre, que se atreve a arrodillarse sobre la tumba de mi esposa?... ¿Qué era para ella?... ¿Cómo me entero?... ¿Dónde lo encuentro de nuevo? De repente se me distorsiona todo el pasado... ¿Acaso estoy loco?... ¿Acaso no me amó? ¿No estuvo ella aquí cientos de veces, detrás de mi sillón, presionó sus labios sobre mi cabeza y rodeó con sus manos mi cuello?... ¿No éramos felices?... ¿Quién es este rubio, joven y guapo?... ¿Por qué su rostro me pareció tan conocido?... ¿No me parece ahora como si lo hubiera visto repetidas veces cuando estaba con ella en el teatro o en un concierto, dirigir la mirada fijamente hacia ella? ¿No era él quien una vez, cuando salí de paseo con ella, siguió con la mirada largo tiempo el coche? ¿Quién era él? ¿Quién, quién? Un admirador tal vez, que ella no conoció... a quien no se dignó mirar... también yo hubiera debido conocerlo... él habría intentado acercarse a nosotros en alguna reunión... no... Tal vez él me evitó. Conoció a mi mujer sin conocerme a mí... la siguió en la calle... se atrevió a hablar con ella... ¡No! ¡Ella me lo hubiera contado!... ¡Contado! ... ¿y si ella lo amaba?... ah, ella me amaba a mí... ¿a mí?... ¿Cómo lo sé? ¿Porque ella me lo dijo? ¿No lo dicen todas, y las más falsas con más frecuencia que las mejores?...oh,

lo encontraré... lo encontraré... y preguntaré... y él... aún si ella lo amó, ¿qué responderá?... caminé hacia su tumba, porque la amé... pero ella nunca supo algo de eso... ¿puedo forzarlo a la verdad? Sí... ¿qué debo hacer entonces?... ¿Seguir viviendo? ¿Seguir viviendo así?

Desde hace tres días no lo he vuelto a ver. He estado todo el tiempo fuera, ya no aparece. Los sepultureros no saben quién es... los próximos días correré calle arriba y abajo, debo encontrarlo... tal vez partió... alguna vez tiene que volver... ¿debe volver?... ¿y si está muerto...? ¿y si no puede vivir sin ella?... ¡Oh, se vuelve cómico! Otro que no puede vivir sin ella... sólo tendría el anhelo de decirle... ¡Mi adorado! No se aflija demasiado. En todo caso también me amó a mí... sí, quisiera ponerlo celoso... arrojé su cuadro de mi escritorio, ahí está, en medio del cuarto... y ahí, a mitad de la habitación, también sus cartas, las cartas que ella conservó en sus armarios y pupitres... porque todo lo registré y arranqué... ¿Qué encontré? Cartas mías, flores mías, lazos, cintas... quizá también una flor de él... ¿Cómo puede uno ver eso en la flor?... ¿Qué quise encontrar?... ¿una mujer conserva algo que podría delatarla?... también busqué en sus ropas, que todavía están ahí colgadas... una cartita, un trozo de papel que se aprieta en la mano, es fácil de olvidar... pero nada olvidó ella.

Ya no he estado en el cementerio. Me da escalofrío ver de nuevo la tumba... llegan minutos más tranquilos. Después de que pasaron los primeros días, sin volverme loco, debo resignarme a nunca poder saber

la verdad... ¡Cómo envidio a esos engañados que tuvieron clara su desgracia! Cómo envidio el destino de aquellos a quienes atormenta una sospecha y que pueden espiar, vigilar, que esperan un momento feliz en que el infiel será delatado por una mirada, una palabra... pero yo soy un maldito para siempre, pues la tumba no da respuesta alguna... y a veces despierto sobresaltado de mis devastadores sueños, atormentado por el pensamiento, que tal vez profano el recuerdo de un inocente... Cómo me gustaría seguir amándola, la mujer que tan feliz me hizo... Cómo me gustaría poder odiarla, la miserable que me traicionó y afrentó... ante mí, aquí en el escritorio, está de nuevo su retrato, pues lo levanté del suelo y lo dejo estar en su antiguo lugar. ¡Si pudiera adorarte, desplomarme ante esta imagen como ante una que es sagrada y llorar! ¡Si pudiera despreciarte, pisar este cuadro bajo mis pies!

Tardes, noches enteras miro estos ojos mudos, sonrientes, enigmáticos...

La extraña

Cuando Albert se despertó a las 6 de la mañana, la cama a su lado estaba vacía y su esposa se había ido. Sobre su buró estaba un trozo de papel escrito. Albert lo tomó y leyó lo siguiente: “Mi querido amigo, desperté antes que tú. Adiós. Me voy. No sé si regresaré. Que te vaya bien. Katharina.”

Albert dejó hundirse el papel en la manta blanca y sacudió la cabeza. Si ella regresaba hoy o no – le era harto indiferente. No se sorprendió ni por el contenido ni por el tono de la carta. Sólo había llegado un poco antes de lo que esperaba. Quince días había durado toda la felicidad. ¿Y qué? Él estaba preparado.

Se levantó despacio, se puso la bata, dio un par de pasos hacia la ventana y la abrió. La ciudad de Innsbruck yacía a sus pies en un brillo matinal pacífico y silencioso, y a lo lejos se elevaban rocas intranquilas hacia la luz azul. Albert cruzó los brazos y miró hacia afuera. Le dolía mucho el corazón. Pensaba en cómo toda previsión y aún una determinación preconcebida permitían soportar un destino difícil no más fácilmente, sino sólo con una mejor postura. Titubeó un rato. Pero ¿qué debía esperar todavía? ¿No era lo mejor poner un fin de inmediato? ¿No era ya la curiosidad que lo atormentaba una traición a sus propósitos? Su destino debía cumplirse. Ya había sido decidido, cuando dos años antes, al bailar por vez primera, había sentido rozar el fresco aliento de los labios llenos de secretos.

Recordó cómo aquella noche se había ido a casa con su amigo Vincenz. Tenía que pensar en todo lo que Vincenz le había contado entonces; y el tono tierno de una advertencia previa resonó en su oído. Vincenz sabía varias cosas sobre Katharina y su familia. Durante la campaña militar bosnia, el padre había sido ascendido a coronel de un regimiento de artillería, y cayó por la bala de un insurgente. Su hermano había sido teniente de caballería y había malgastado rápidamente su parte de la herencia; luego la madre sacrificó toda su fortuna para resguardar al hijo de lo peor; pero eso no ayudó por mucho tiempo, y pronto el joven oficial se mató de un disparo. Entonces el barón Maassburg, que era considerado novio de Katharina, suspendió sus visitas a la casa. Eso no sólo se relacionó con las desde ahora declaradas pobres circunstancias de la familia, sino también con una escena rara que había tenido lugar durante el funeral. Katharina había caído sollozante en los brazos de un camarada de su hermano hasta entonces totalmente desconocido para ella, como si fuera su amigo o su prometido. Un año después fue asaltada por un intenso entusiasmo por el famoso organista Banetti, quien había dejado Viena sin que ella le hubiera hablado alguna vez. Una mañana le contó a su madre el sueño en que Banetti había entrado al cuarto, había ido hacia ellas y había tocado una fuga de Bach en el piano, luego había caído de espaldas al suelo quedándose ahí muerto, mientras el techo se abría y el piano flotaba hacia el cielo. El mismo día llegó la noticia de que en un pequeño pueblo lombardo, Banetti se había arrojado desde la punta del campanario hacia el cementerio y había quedado muerto a los pies de

una cruz. Poco después comenzaron a mostrarse en Katharina signos de una enfermedad síquica, enfermedad que aumentó poco a poco hasta el más profundo hundimiento; sólo la resistencia de la madre y su firme creencia en la recuperación de Katharina impidieron a los doctores internar a la chica en una clínica psiquiátrica. Durante todo un año Katharina pasó los días sola y callada; pero por las noches a veces se levantaba de la cama y cantaba canciones sencillas, como antes. Poco a poco, para sorpresa de los doctores, Katharina despertó de su melancolía. Parecía devuelta a la vida, a la alegría. Pronto aceptó invitaciones, primero en un círculo estrecho solamente; el círculo de conocidos se ampliaba de nuevo, y cuando Albert la conoció en el baile de la Cruz Blanca, le pareció de tal tranquilidad de ánimo, que sólo con escepticismo podía seguir las historias de su amigo en el camino de regreso.

Albert von Webeling, que antes no había tenido mucho trato en el mundo, estaba fácilmente en condiciones de entrar en los círculos de Katharina gracias al buen nombre de su familia y a su puesto como subsecretario en su ministerio. Cada encuentro profundizaba su inclinación por ella. Katharina siempre se comportaba sencillamente, pero su alta figura y muy especialmente su manera única, real, de inclinar su cabeza cuando escuchaba a alguien, le confería una distinción muy particular. No hablaba mucho y, cuando estaba acompañada, sus ojos solían mirar hacia una lejanía inaccesible para los demás. A los caballeros más jóvenes los trataba con algo de descuido, conversaba de preferencia con hombres más maduros, de

rango o reputación. Y, de nuevo un año después de que Albert la había conocido, se comprometió, según el rumor, con el conde Rummingshaus, que acababa de regresar de un viaje de investigación al Tibet y Turkistán. Entonces Albert supo que el día que Katharina le diera la mano en matrimonio a otro, sería el último de su vida, y él, cuya existencia había corrido serena hasta su trigésimo año de vida, comprendió de repente todos los peligros y toda la locura a los que una pasión intensa puede arrojar a un hombre. Estaba completamente invadido por su insignificancia ante Katharina. Tenía su fortuna decorosa y podía llevar una vida placentera como soltero, pero no podía esperar riqueza de ningún lado. Tenía ante sí una carrera segura, pero ciertamente no significativa. Se vestía con gran cuidado, sin lucir alguna vez de veras elegante, hablaba no sin soltura, pero nunca tenía algo especial qué decir y siempre era visto con gusto, sin llamar la atención. Y así sentía que un ser lleno de misterio y en cierto modo de otro mundo como Katharina, debía condescender mucho con él si él quería ganarla, y que en todo caso ella podía exigirle pagar caro una felicidad inmerecida. Puesto que él se sabía preparado para cualquier sacrificio, le parecía a sí mismo, poco a poco, ser digno de ella. Una mañana se enteró de que el conde había partido a Galicia sin haberse declarado; con una decisión que no se conocía en él, consideró que había llegado el momento justo para acercarse a Katharina.

¡Cuán lejano le parecía ahora aquel momento!

Vio la habitación en la posada Schottenhof frente a sí, extensa y abovedada, pero baja, con muebles viejos bien conservados, vio el sillón

rojo oscuro, aislado, el piano abierto con las notas puestas, la mesa redonda de caoba y sobre ella el álbum con la tapa de nácar y la charola de porcelana para las tarjetas de presentación. Y se acordó de cómo había mirado hacia el amplio patio, a través del cual regresaba mucha gente de la misa de Domingo de Ramos de la iglesia Schottenkirche que estaba enfrente. Mientras las campanas repicaban, Katharina y su madre vinieron del cuarto de al lado y Katharina no estaba tan sorprendida de su visita como él esperaba en realidad. Lo escuchó amablemente y aceptó su propuesta, apenas con mayor emoción que si él le hubiera entregado la invitación a un baile. La madre, siempre con la sonrisa amable de los sordos, estaba sentada tranquila en la esquina del diván y a veces llevaba su pequeño abanico de seda negro hacia su oreja. Durante toda la conversación en el cuarto fresco, silencioso en domingo, Albert tuvo la sensación como si hubiera llegado a un lugar azotado por tormentas durante mucho tiempo, y que ahora respiraba un gran anhelo de tranquilidad.

Y al bajar más tarde la escalera gris, no tenía la sensación feliz de un deseo cumplido, sino sólo la conciencia de que entraba a una época de su vida extraña seguramente, pero también incierta y oscura. Y mientras paseaba el domingo, de calle en calle, por jardines y avenidas, el cielo primaveral sobre sí, pasando junto a algunas personas contentas y despreocupadas, sintió que a partir de ahora ya no pertenecía a ellos y que comenzaba a imperar sobre él un destino de un modo diferente y especial.

Ahora cada tarde estaba sentado arriba, en la habitación abovedada. A ratos Katharina cantaba con una voz agradable, pero casi completamente inexpresiva, sencillas canciones populares, italianas la mayoría, a las que él la acompañaba al piano. Con frecuencia estaba luego con ella hasta muy noche frente a la ventana, mirando hacia el patio tranquilo, donde los árboles verdeaban y brotaban. A veces, en las tardes agradables, se encontraba con ella en el jardín de Belvedere; casi siempre ella ya había estado sentada ahí mucho tiempo, observando los juegos infantiles. Cuando lo veía venir, se levantaba y entonces paseaban por los caminos de casquijo. Al principio él hablaba a veces sobre su vida anterior, de los años de su juventud en la casa paterna de Graz, de la época de estudio en Viena, de viajes de verano, y se sorprendía de que incluso ante sí mismo, al intentar delinearla con recuerdos, toda su vida anterior pareciera tener un carácter de sombra... Quizá la causa era también que Katharina no manifestaba el más mínimo interés en todas estas cosas. Pasaban cosas raras que en sí podían no tener significado alguno, pero que en todo caso quedaban sin explicación. Así, un día Albert se topó a su novia al mediodía en la plaza Stefansplatz, en compañía de un elegante señor vestido de luto, al que nunca antes había visto. Albert se detuvo, pero Katharina saludó distante y, sin ocuparse de él, siguió caminando con el caballero desconocido. Albert la siguió por un rato, el señor abordó un coche que lo esperaba en la esquina de una calle, y se fue de ahí. Katharina fue a casa. Cuando Albert le preguntó por la tarde, quién era ese señor, ella lo miró extrañada, y mencionó un nombre polaco totalmente

desconocido para él y se retiró a su habitación el resto de la tarde. En otra ocasión, ella lo hizo esperar inútilmente. Finalmente apareció cuando dieron las diez, con un ramo de flores silvestres en la mano, y contó que había estado en el campo, que se había quedado dormida en la pradera. Arrojó las flores por la ventana. Una vez visitó la galería Künstlerhaus con Albert, y estuvo largo tiempo con él ante un cuadro que representaba un paisaje de colinas, verde y solitario, con nubes blancas arriba. Un par de días después habló de ese lugar como si en realidad se hubiera paseado en esa colina y, a saber, de niña en compañía de su difunto hermano.

Albert pensó primero que ella bromeaba, pero poco a poco se dio cuenta que en cierto modo el cuadro se había vivificado en su recuerdo. En ese entonces sintió cómo su asombro comenzaba a transformarse en un doloroso terror. Entre más inconcebible le parecía escapar de su ser, más urgentemente y sin esperanza iba hacia ella su anhelo. A ratos lograba hacerla hablar sobre su juventud. Pero todo lo que refería: historias de sucesos reales y confesiones de ensoñaciones lejanas, pasaba flotando como en un resplandor opaco, así que Albert no sabía qué se había grabado más vívidamente en su memoria: aquel organista que se había desplomado del campanario, el joven duque de Modena que había pasado a caballo junto a ella una vez en el parque de diversiones Prater, o un joven pintado por Van Dyck, cuya imagen había visto en la galería Liechtenstein cuando era muchacha. Y así también vegetaba ahora su ser, como buscando metas desconocidas e inciertas, y Albert presentía que él no significaba nada más para ella

que un cualquiera que le hubiera alcanzado el brazo en una reunión para dar una vuelta por el salón. Y puesto que le faltaba la fuerza para sacarla de su confuso modo de vivir, sintió finalmente, cómo el soplo desconcertante de su ser comenzaba a aturdirlo, cómo su propio pensar y hasta su actuar comenzaba a desprenderse de las necesidades de la vida cotidiana. Empezó con que él hacía compras, que sobrepasaban sus condiciones, para la futura casa. Entonces le regalaba a su novia joyas de valor considerable. Y el día antes de la boda compró en un suburbio una casita que le había gustado a ella durante un paseo, y le entregó esa misma noche un acta de donación mediante la cual pasaba a su exclusiva propiedad. Pero ella tomó todo con la misma amabilidad y tranquilidad como antes la petición de mano. Seguramente ella lo consideraba más rico de lo que era. Al principio él había pensado en hablar con ella sobre su situación económica. Lo aplazó día tras día porque le fallaban las palabras; pero finalmente llegó al punto que cualquier pronunciamiento sobre cosas parecidas le parecía superfluo. Pues cuando ella hablaba de su futuro no lo hacía como alguien a quien se le muestra un camino trazado hacia lo lejos; más bien todas las posibilidades le parecían abiertas igual que antes, y nada en su comportamiento parecía mostrar un compromiso interno o externo. Así supo Albert un día, que lo esperaba una felicidad corta e incierta, que todo lo que pudiera seguir carecía de cualquier significado para él, si Katharina se le hubiera desaparecido una vez. Pues una vida sin ella había llegado a ser totalmente impensable para él, y estaba firmemente decidido a dejar el mundo en cuanto Katharina estuviera perdida para

él. En esta seguridad encontró el único, pero digno soporte durante esta época confusa y llena de nostalgia.

La mañana en que Albert recogió a Katharina para el casamiento le resultó tan extraña como la tarde en que la conoció. Fue suya sin pasión ni resistencia. Viajaron juntos a la montaña. Transitaron por valles veraniegos que se ensanchaban y estrechaban; se pasearon en las suaves orillas de lagos serenos y anduvieron por caminos perdidos por el bosque murmurante. De pie en algunas ventanas, miraban hacia las calles silenciosas de ciudades encantadas, dirigían las miradas a lo largo de la corriente de ríos llenos de secretos, a montañas mudas sobre las que se deshacían pálidas nubes en vapor. Y platicaban sobre las cosas cotidianas de la existencia como cualquier joven pareja, paseaban brazo a brazo, se detenían ante edificios y escaparates, se aconsejaban, sonreían, brindaban con copas llenas de vino, se hundían mejilla con mejilla en el sueño de los felices.

Pero a veces lo dejaba solo, en un cuarto de hotel a media luz, donde toda la tristeza de lo desconocido esparcía un débil resplandor, sobre una banca de parque de piedra, entre personas que se alegraban del día de flores fragantes, en una sala alta frente al cuadro oscuro de un peón o una madonna, y nunca sabía en esos momentos si Katharina iba a regresar o no. Porque continua y certeramente como el latido de su corazón estaba en él la sensación de que nada había cambiado desde el primer día, que ella era libre como siempre y él totalmente dependiente de ella.

Así se dio que su desaparición hoy temprano, luego de un viaje de bodas de quince días, y su extraña carta, sólo lo había conmovido, sin sorprenderlo realmente. Hubiera pensado humillarse a sí mismo y a ella al indagar. Quién se la había quitado, fuera un capricho, un sueño o una persona, eso no importaba: nada sabía y ya no necesitaba saber, más que ella ya no le pertenecía. Incluso era quizá bueno que hubiera llegado tan pronto lo inevitable. Su patrimonio había llegado a lo mínimo por la compra de la casa, y de su pequeño sueldo no podían vivir ambos. Hablar con ella de limitaciones y de preocupaciones rutinarias hubiera sido imposible de todos modos. Por un momento le cruzó por la mente despedirse de ella. Su mirada cayó sobre la colcha donde estaba el papel. Le vino la idea pasajera de escribir una palabra de explicación en el lado blanco. Pero en la clara sensación que tal palabra no podría tener el mínimo interés para Katharina, desistió de ello. Abrió el bolso, tomó su pequeño revolver y pensó caminar en algún lado fuera de la ciudad, para ahí, con decoro y sin molestar a nadie, realizar su cometido.

Una mañana de verano de claridad azul oscuro y calor sofocante anticipado caía sobre la ciudad. Albert salió y caminó en línea recta. Todavía no estaba a cien pasos del hotel cuando vio la figura de Katharina ante él. Llevaba su sombrilla de seda gris en la mano y caminaba despacio. El primer impulso de Albert fue dar vuelta en otra calle; pero una fuerza más intensa que todas sus reflexiones y propósitos lo empujó a seguirla, para, ahora sí, cerciorarse de que era ella a quien hacía un minuto había pensado enfrentar con indiferencia.

Le dio incluso algo de miedo que ella volteara y pudiera descubrirlo. Ella tomó el camino al parque, él se mantuvo a una distancia moderada. Ahora había llegado ella a la iglesia Hofkirche, cuya puerta estaba abierta. Entró. Albert la siguió luego de algunos momentos. Se quedó cerca de la entrada, en la más profunda sombra; vio cómo Katharina caminaba despacio a través de la nave central entre las estatuas oscuras de los héroes y reinas. De repente se detuvo. Albert se alejó del lugar donde había esperado hasta ahora y se deslizó furtivamente a un amplio arco tras la tumba del emperador Maximiliano, que se alzaba poderoso en medio de la iglesia. Katharina estaba inmóvil frente a la estatua de Teodorico. Con la mano izquierda apoyada en la espada, el héroe de bronce miraba como desde ojos eternos hacia adelante. Su postura era de sublime cansancio, como si estuviera consciente al mismo tiempo de la grandeza e inutilidad de sus actos, y como si se extinguiera todo su orgullo en melancolía. Katharina estaba ante la estatua y miraba fijamente el rostro del rey godo. Albert se quedó un tiempo en la oscuridad, luego se adelantó. Ella hubiera tenido que oír los pasos, pero no volteó; como cautivada, permaneció en el mismo lugar. Algunas personas llegaban a la iglesia, extranjeros con libros de viaje rojos, hablaban junto a ella, detrás de ella, ella no oía. Hubo silencio un rato, Katharina estaba como antes, en su inmovilidad, igual a una estatua. Pasó un cuarto de hora, y luego otro. Katharina no se movía.

Albert se fue. En la salida volteó de nuevo y vio cómo Katharina se había dirigido a la estatua y tocaba con sus labios el pie de bronce.

Albert se alejó presuroso. Sonreía. Tuvo una ocurrencia que lo llenó con una especie de emoción y de lo que se alegró. Ahora tenía aún algo que hacer por la amada, antes de irse. Tomó el camino a una tienda de arte en la calle de la estación; ahí preguntó si había disponible una imitación de bronce de Teodorico en tamaño natural. Una casualidad quiso que hubiera una lista hacía un mes; el cliente, un lord, había muerto y los herederos se negaban a aceptar la obra de arte. Albert preguntó por el precio. Correspondía más o menos al resto de su patrimonio. Albert dio su dirección en Viena y dio instrucción precisa, de qué forma un hombre de confianza de la empresa debía procurar la instalación en el jardín de la casita. Luego se despidió, pasó rápido por la ciudad, tomó el camino por el suburbio Wilten rumbo a Igls, y en el bosquecillo se mató de un disparo, justo al mediodía.

Katharina volvió a Viena sólo algunas semanas después de este suceso. Mientras tanto Albert había sido sepultado en el panteón familiar en Graz, la noche de su llegada Katharina estuvo un rato en el jardín, ante la estatua que había encontrado un bonito lugar bajo los altos árboles. Luego fue a su habitación y escribió una larga carta a Verona, dirigida a lista de correos a Andrea Geraldini. Así se había llamado un caballero que la había seguido desde la iglesia, cuando había dejado a Teodorico el Grande, y de quien esperaba un hijo. Si era el verdadero nombre del caballero, nunca lo supo; pues no recibió respuesta.

Flores

He paseado toda la tarde por las calles, sobre las que caía lentamente nieve blanca y silenciosa,- y ahora estoy en casa, y la lámpara arde y el puro está encendido, y los libros están ahí, y todo está preparado de manera tal que podría sentirme de veras cómodo. ...Pero es completamente en vano, y tengo que pensar siempre en lo mismo.

¿No había ella muerto hace mucho para mí?...sí, muerta, o incluso, ¿como pensé con el pathos infantil de los traicionados “más grave que muerta”?...y ahora, desde que sé que no está “más grave que muerta”, no, sino simplemente muerta, como los muchos otros que yacen afuera, hondo bajo tierra, siempre, siempre, cuando es primavera, cuando llega el caluroso verano y cuando cae la nieve, como hoy... así sin esperanza alguna de un regreso- desde entonces sé que tampoco para mí murió un momento antes que para los demás. ¿Dolor? -No. Es sólo el estremecimiento general que nos sobrecoge cuando se hunde en la tumba algo que nos perteneció alguna vez, y cuya esencia está todavía muy clara ante los ojos, con el brillo de la mirada y con el sonido de la voz.

Fue ciertamente muy triste, cuando descubrí en ese entonces su traición;... ¡pero todo eso había pasado!... la ira y el odio repentino y el asco ante la existencia y – ¡ah sí, por cierto!- la vanidad herida; - ¡poco a poco llegué al dolor! Y entonces hubo un consuelo que se volvió un alivio: que ella misma tuvo que sufrir.- ¡Todavía las tengo todas, en cualquier momento puedo leerlas otra vez, las docenas de cartas que

suplicaban perdón, que sollozaban, se lamentaban! Y todavía la veo ante mí, con el vestido inglés oscuro, con el pequeño sombrero de paja, como estaba en la esquina de la calle al atardecer, cuando yo salía de la casa... y me seguía con la mirada... y también pienso todavía en aquél último encuentro, cómo estaba de pie frente a mí con los ojos grandes, asombrados, en el redondo rostro infantil que ahora estaba tan pálido y afligido... no le di la mano cuando se fue;- cuando se fue por última vez. – y desde la ventana la vi caminar hasta la esquina, y ahí desapareció--- para siempre. Ahora ya no puede regresar...

Que lo sepa es finalmente una casualidad. Habría podido durar semanas, meses. Por la mañana me encontré con su tío, a quien no había visto quizá en un año y quien se queda en Viena sólo de vez en cuando. Había hablado con él antes sólo un par de veces. Primero hace tres años, en una tarde de bolos, a la cual fue ella también con su madre.- y luego el verano siguiente: estaba yo en el parque de diversiones Prater, en el Csarda con un par de amigos. Y a la mesa de a lado de nosotros estaba sentado el tío con dos o tres caballeros, muy cómodo, casi alegre, brindó conmigo. ¡Y antes de abandonar el jardín se detuvo junto a mí y como un gran secreto, me dijo que su sobrina estaba loca por mí!- Y eso, estando algo borracho, me pareció tan peculiar y gracioso y casi aventurero que el anciano me lo contara aquí, entre el sonido del címbalo y de los claros violines, a mí, que ya lo sabía bien y que tenía aún el aroma de su último beso en los labios... ¡Y ahora, hoy en la mañana! Por poco hubiera pasado de largo delante de él. Le pregunté por su sobrina, más por cortesía que por interés... yo no

sabía nada de ella; tampoco las cartas habían llegado desde hacía mucho tiempo; sólo enviaba flores regularmente. Recuerdos de uno de nuestros días más felices; llegaban una vez al mes, sin palabras, flores silenciosas, humildes...- Y cuando le pregunté al anciano, se sorprendió. ¿No sabe usted que la pobre niña murió hace una semana? Me asusté violentamente.- Me contó entonces todavía más. Que había languidecido mucho tiempo, pero que había estado en cama sólo ocho días... ¿y lo que le pasaba?...”Enfermedad síquica...anemia...los doctores nunca saben con seguridad”.-

Me quedé parado todavía mucho tiempo en el lugar donde el anciano me había dejado;- estaba cansado, como si grandes esfuerzos estuvieran detrás de mí.- y ahora me parece como si tuviera que considerar el día de hoy como uno que signifique un trozo de mi vida. ¿Por qué? ¿Por qué? Me ha sucedido sólo algo superficial. Ya no he sentido nada más por ella, apenas si pensé en ella. Y que escribiera todo esto me hizo bien: me tranquilicé. Comienzo a sentir la comodidad de mi hogar.- es superfluo y masoquista seguir pensando en esto... ya habrá alguien con un motivo más profundo que yo para estar de duelo el día de hoy.

Di un paseo. Alegre día invernal. El cielo tan pálido, tan frío, tan lejano... y estoy muy tranquilo. El anciano que me encontré ayer,... me parece como si hubiera sido hace muchas semanas.- y cuando pienso en ella, puedo imaginármela sólo en contornos preparados, nítidos; y sólo falta una cosa: la ira que se asociaba todavía en el último momento a mi memoria. Una idea verdadera de que ya no está en el mundo, que

yace en un ataúd, que la enterraron, no la tengo en realidad... no hay dolor alguno en mí. El mundo me ha parecido más tranquilo hoy. Supe en algún momento que no hay alegrías ni dolores;-no, hay sólo muecas de placer y de luto; reímos y lloramos e invitamos a nuestra alma a todo eso. Podría sentarme y leer libros profundos, serios, y penetraría pronto en toda su sabiduría. O podría pararme frente a viejas imágenes que antes no me decían nada, y ahora se abriría a mí su oscura belleza... y cuando pienso en algunas personas queridas que han muerto, no se convulsiona el corazón como antes- la muerte se ha vuelto algo amistoso, camina entre nosotros y nada malo quiere hacernos.

Nieve alta, nieve blanca en todas las calles. Entonces vino la pequeña Gretel y le pareció que teníamos que dar por fin un paseo en trineo. Y entonces estuvimos en el campo y corrimos sobre caminos lisos, claros, con tintineo de campanillas, el cielo gris pálido encima de nosotros, rápido, rápido entre colinas blancas, brillantes. Y Gretel se apoyaba en mis hombros; miraba con ojos divertidos la larga carretera ante nosotros. Llegamos a una posada que conocíamos bien del verano, de la época cuando estaba en medio del campo, y que ahora lucía tan diferente, tan solitaria, tan sin relación con el resto del mundo, como si uno tuviera que descubrirla de nuevo. Y la estufa encendida en la posada ardía tanto que tuvimos que mover la mesa; pues la mejilla izquierda y la oreja de la pequeña Gretel se habían enrojecido mucho. Tuve que besar la mejilla más pálida. Luego de regreso, ya a media oscuridad. Gretel se apretaba a mí y tomó mis dos manos en las suyas.- entonces dijo: por fin hoy te tengo de nuevo. Había encontrado sin

dudar la palabra justa, lo cual me alegró. Quizá también el seco aire nevado del campo ha liberado mis sentidos, pues me siento más libre y ligero que todos los días pasados.

De nuevo el otro día, mientras estaba por la tarde en el diván medio dormido, me sobrecogió una idea extraña. Sentí que era frío y duro. Como alguien que está sin lágrimas, sin capacidad alguna de sentir al pie de una tumba donde se ha hundido un ser querido. Como alguien que se ha vuelto tan duro, que no lo reconcilia el estremecimiento de una muerte joven...sí, irreconciliable, eso era...

Pasado, ya pasado. La vida, el placer y el poco de amor ahuyentan todas las tonterías. Nuevamente paso más tiempo entre la gente. Con gusto, son inofensivos, hablan de todas las cosas alegres posibles. Y Gretel es un ser encantador, tierno, y es más bonita cuando está de pie a mi lado en el hueco de la ventana por las tardes, y los rayos del sol brillan en su rubia cabeza.

Hoy ha pasado algo raro... es el día en que me mandaba mensualmente las flores... y las flores llegaron de nuevo,- como...como si nada hubiera cambiado.- Llegaron en la mañana temprano con el correo, en una caja blanca, larga, delgada. Era todavía muy temprano; todavía estaba el sueño en mi frente y ojos. Y apenas cuando estaba abriendo la caja me llegó el conocimiento pleno...casi me asusto... y ahí estaban, atadas delicadamente por un hilo dorado, claveles y violetas... yacían ahí como en un ataúd. Y cuando tomé las flores con la mano, un estremecimiento recorrió mi corazón.- Sé porqué llegaron todavía hoy. Cuando se acercaba su enfermedad, cuando quizá ya tuviera un presentimiento de

su próxima muerte, dio la orden acostumbrada en la florería. Yo no debía extrañar su ternura.- Ciertamente, así se explica el envío; como algo totalmente natural, como algo conmovedor tal vez...Y sin embargo, mientras las sostenía en la mano, y mientras parecían temblar e inclinarse, entonces, contra toda razón y voluntad, tuve que sentir las como algo fantasmal, como si vinieran de ella, como si fuera su saludo...como si quisiera todavía, aún estando muerta, contar algo de su amor, de su fidelidad tardía.- Ay, no entendemos la muerte, nunca la entendemos; y cada ser está en verdad muerto cuando han muerto también todos los que lo conocían... Hoy tomé las flores en forma diferente que antes, más suave, como si uno les pudiera hacer algún daño si las tomara con demasiada fuerza... como si sus almas silenciosas pudieran comenzar a gemir en voz baja. Y como están ahora frente a mí, sobre el escritorio, en un delgado florero verde mate, me parece como si se inclinaran en un agradecimiento triste. Todo el dolor de una nostalgia inútil emana de ellas, y creo que podrían contarme algo si entendiéramos el lenguaje de todo lo vivo y no sólo de lo parlante.

No quiero confundirme. Son flores, nada más. Son saludos del más allá... no es un llamado, no, ningún llamado desde la tumba.- Son flores, y alguna vendedora en una florería las ató mecánicamente, puso un poco de algodón alrededor, las puso en la caja blanca y luego las entregó en el correo.-Y ahora están ahí, ¿por qué reflexiono?

Estoy mucho tiempo al aire libre, doy amplios paseos solitarios. Cuando estoy entre la gente no siento una relación real con ellos; todos los hilos

se desprenden. Lo noto también cuando la querida y rubia muchacha está sentada en mi habitación y me platica todo lo posible sobre...bueno, no sé siquiera sobre qué. Pues cuando se va, de inmediato, ya en el primer momento está tan distante, como si estuviera muy lejos, como si el flujo de los hombres se la llevara, como si hubiera desaparecido sin rastro. Apenas podría asombrarme si no regresara.

Las flores están en el fino florero verde resplandeciente, sus tallos se elevan en el agua y la habitación huele a ellas. -Huelen todavía, pese a que llevan una semana en mi cuarto y comienzan a marchitarse lentamente. -Y comprendo todo lo absurdo de lo que me he reído, comprendo el cultivo de un diálogo con objetos de la naturaleza... entiendo que uno espere una respuesta cuando se habla con nubes y fuentes; pues también yo miro fijamente estas flores y espero que comiencen a hablar...ay no, ya sé que siempre hablan...también ahora...hablan siempre y se quejan de que estoy cerca de entenderlas.

Qué contento estoy de que el inflexible invierno termina ahora. En el aire ya flota un anuncio de la cercana primavera. El tiempo transcurre de forma muy particular. No vivo diferente que antes y sin embargo a veces me parece que los contornos de mi existencia estuvieran menos firmemente dibujados. Ya el ayer se hace borroso y todo lo que data de hace un par de días obtiene el carácter de un sueño impreciso. Siempre que Gretel me deja, y en particular si no la veo varios días, me parece como si fuera una historia que terminó hace mucho, mucho tiempo. ¡Siempre viene de tan lejos, tan lejos! -Cuando empieza a platicar, desde luego que es otra vez como antes, y tengo una clara sensación del

presente y de la existencia. Y entonces las palabras son casi demasiado fuertes y los colores demasiado llamativos; y apenas me abandona, la querida niña está sustraída en una lejanía indescriptible, tan repentina y ferviente es su cercanía. Antes me quedaba todavía un eco y una copia de momentos luminosos y resonantes; pero ahora todo va extinguiéndose y se borra como en una gruta oscura. Y luego estoy solo con mis flores. Ya están marchitas, muy marchitas. Ya no tienen aroma. Hasta ahora Gretel no les había prestado atención; hoy por primera vez detuvo largo tiempo su mirada en ellas; y me pareció que quería preguntarme. Y de repente pareció apartar un miedo secreto; no pronunció ya palabra alguna, pronto se despidió de mí y se marchó.

Se deshojan lentamente. Nunca las toco; se volverían polvo entre los dedos. Me duele de una forma indescriptible que estén marchitas. Por qué no tengo la fuerza para ponerle un fin al estúpido hechizo, no lo sé. Estas flores muertas me enferman. A ratos no puedo soportarlas, salgo corriendo. Y a mitad de la calle me sobrecoge y debo regresar, verlas. Y ahí las encuentro en el mismo florero verde, como las dejé, cansadas y tristes. Ayer por la tarde lloré frente a ellas como se llora ante la tumba, y para nada pensé en la persona de quien realmente vienen. -¡Quizás me equivoco! Pero me parece como si Gretel también sintiera la presencia de algo extraño en mi habitación. Ya no ríe cuando está conmigo. No habla tan fuerte, no con esa voz fresca, animada a la que estaba acostumbrado. La verdad ya no la siento como antes. También

me atormenta este miedo constante de que podría preguntarme alguna vez; y yo sé que cualquier pregunta me sería insoportable.

Con frecuencia trae consigo sus manualidades, y si todavía estoy sumido en los libros, se sienta callada a la mesa, hace ganchillo o borda, espera paciente hasta que haga a un lado los libros, me levante y vaya hacia ella a quitarle su labor de la mano. Entonces quito la pantalla verde de la lámpara junto a la que está sentada, y la luz amigable, suave, fluye por toda la habitación. No me gusta cuando las esquinas están oscuras.

¡Primavera! – mi ventana está abierta de par en par. En la noche miré con Gretel hacia afuera, hacia la calle oscura. El aire a nuestro alrededor era suave y cálido. Y cuando miré hacia la esquina, donde está el farol que extiende una débil luz, estaba ahí de repente una sombra. La vi y no la vi... sé que no la vi...cerré los ojos. Y de repente, pude ver a través de los párpados cerrados, y ahí estaba la criatura miserable, a la débil luz del farol, y vi el rostro siniestramente claro, como si estuviera iluminado por un sol amarillo, y veía en el rostro pálido, acongojado, los grandes ojos asombrados...entonces me alejé despacio de la ventana y me senté en el escritorio; sobre él vacilaba la luz de la vela al soplo del viento que llegaba de afuera. Y me quedé sentado, inmóvil; pues sabía que la pobre criatura estaba en la esquina de la calle y esperaba; y si me hubiera atrevido a tocar las flores muertas, las hubiera sacado del florero y se las hubiera llevado...así pensaba, lo pensaba muy firmemente, y sabía al mismo tiempo que era

un disparate. Gretel dejó también la ventana y se quedó un momento detrás de mi sillón y tocó mi cabello con sus labios. Luego se marchó, dejándome solo...

Miraba fijamente las flores. Ya no lo son, son ya casi sólo tallos desnudos, secos y miserables... me enferman y me enfurecen. – Y debe ser comprensible, de lo contrario Gretel me habría preguntado; pero ella también lo siente – a veces huye, como si hubiera fantasmas en mi habitación.-

¡Fantasmas! - ¡Son ellas, son ellas! – Cosas muertas juegan a la vida. Y cuando las flores que se marchitan huelen a moho, es sólo recuerdo de la época en que florecían y tenían aroma. Y los muertos regresan, mientras no los olvidemos. -¡De qué sirve que ya no pueda hablar; - si aún puedo escucharla! ¡Ya no aparece, pero puedo verla todavía!-- ¿y la primavera afuera, y el sol, que cae claro sobre mi alfombra, y el hálito de lilas frescas que llega del parque cercano, y las personas que pasan abajo, que no me preocupan, es todo eso lo vivo? Puedo bajar las cortinas, y el sol está muerto. Nada quiero saber de estas personas, y están muertas. Cierro la ventana, ya no sopla a mi alrededor el aroma a lila, y la primavera está muerta. Soy más poderoso que el sol y las personas y la primavera. Pero más poderoso que yo es el recuerdo, que llega cuando ella quiere, y ante ella no hay huida alguna. Y estos tallos secos en el florero son más poderosos que todo el aroma a lila y la primavera.

Estaba inclinado sobre estas hojas cuando Gretel entró. Nunca había llegado tan temprano; rara vez antes de la entrada del atardecer. Yo estaba sorprendido, casi atónito. Se quedó parada en la puerta un par de segundos; la miré sin saludarla. Entonces ella sonrió y se acercó. Traía un ramo de flores frescas en la mano. Entonces, sin decir palabra, llegó hasta mi escritorio y puso las flores frente a mí. Y al segundo siguiente tomó las flores marchitas del florero verde. Para mí fue como si me tomaran del corazón; - pero no pude decir nada... y cuando quise levantarme, coger a la chica por el brazo, me miró riendo. Y alza el brazo con las flores secas, corre por atrás del escritorio a la ventana y simplemente las arroja hacia abajo, a la calle. Me parecía que debía seguirlas; pero ahí está la muchacha, recargada en la balaustrada, con el rostro hacia mí. Y sobre su rubia cabeza cae el sol, cálido, vivo... Y un rico aroma a lilas viene del otro lado. Y veo el florero verde vacío que está sobre el escritorio; no sé qué me pasa; más libre creo, -mucho más libre que antes. Ahí viene Gretel, toma su pequeño ramo y lo sostiene frente a mi cara; blancas lilas frescas... un aroma tan fresco y saludable; tan suave, tan fresco; quería enterrar mi rostro en ellas.- Flores blancas, que besan y ríen- y yo sentía que el hechizo se había ido.- Gretel estaba detrás mío y recorrió con sus manos mi cabello. Tú, querido loco, dijo. - ¿Sabía lo que hizo?... tomé sus manos y las besé. — Y salimos en la tarde al aire libre, a la primavera. Acabo de regresar con ella. Encendí la vela; caminamos mucho y Gretel se cansó tanto que se quedó dormida en el sillón, cerca del fuego. Es muy bonita, cuando sonrío en medio del sueño.

Las lilas están frente a mí en el florero verde. –Abajo en la calle- no, no, ya no están ahí abajo. Ya las dispersó el viento junto con el otro polvo.

Una despedida

Llevaba esperando ya una hora. El corazón le latía y a ratos le parecía haberse olvidado de respirar; entonces aspiraba aire en grandes bocanadas, pero no se sentía mejor. De hecho hubiera podido ya estar acostumbrado a ello, era siempre lo mismo; siempre tenía que esperar, una hora, dos, tres, y con frecuencia en vano. Y ni siquiera podía reprochárselo, pues si su esposo se quedaba más tiempo en casa, ella no se atrevía a salir; y apenas cuando él se había ido, entraba ella precipitadamente, muy desesperada, le daba rápida un beso en los labios y se iba de inmediato, volando escaleras abajo, dejándolo solo de nuevo. Luego, cuando ella se había ido, él solía acostarse en el diván, muy agotado de la zozobra de estas horribles horas de espera, que lo hacían incapaz de cualquier trabajo, que lo arruinaban lentamente. Ya llevaba así tres meses, desde el final de la primavera. Cada tarde, de las tres en adelante, estaba en su cuarto con las cortinas abajo y no podía hacer nada; no tenía la paciencia de leer un libro, apenas una revista, no estaba en condiciones de escribir una carta, no hacía nada más que fumar cigarrillos, uno tras otro, de modo que la habitación yacía en un vapor gris azul. La puerta hacia el vestíbulo estaba siempre abierta; y él estaba completamente solo en casa, pues su sirviente no tenía permitido estar ahí cuando ella debía llegar; y si de repente sonaba estridente el timbre, él se sobresaltaba siempre. Pero cuando era *ella*, cuando de veras era ella finalmente, era muy bueno. Para él era como si se desatara un hechizo, como si se hubiera vuelto un ser humano otra

vez, y a veces lloraba de pura felicidad, que ella estaba ahí por fin, y que él ya no tenía que esperar. Entonces la llevaba rápidamente a su habitación, la puerta se cerraba y eran muy felices.

Estaba convenido que debía quedarse en casa diario hasta las siete en punto; pues después de eso ella ya no *podía* venir –él le había dicho categóricamente que siempre se iría a las siete; porque la espera lo ponía muy nervioso. Y sin embargo permanecía siempre más tiempo en casa, y solía irse a la calle en cuanto daban las ocho de la noche. – Entonces pensaba, estremeciéndose, en las horas transcurridas y recordaba con melancolía el verano pasado, cuando había tenido todo el tiempo para sí mismo, había ido al campo en las tardes agradables, había viajado a la playa en agosto, y había estado sano y feliz; –y extrañaba la libertad, los viajes, la lejanía, el estar solo, pero no podía desprenderse de ella; pues la adoraba.

Hoy le parecía el más duro de todos los días. Ayer no había venido ella para nada, y él no había recibido noticias de ningún tipo de parte suya. –Pronto darían las siete; pero hoy no se tranquilizó. No sabía qué debía hacer. No tenía forma alguna de llegar a ella. No podía hacer otra cosa que caminar frente a su casa y pasearse de un lado a otro un par de veces frente a las ventanas; pero no tenía permitido ir a casa de ella, ni enviar a alguien, no podía informarse acerca de ella con nadie. Porque nadie tenía idea de que se conocían. Vivían en una ternura intranquila, abrasadora y llena de miedo, y habían temido delatarse frente a otros en cualquier momento. Probablemente le parecía bonito que su relación

seguía en el más profundo secreto; pero días como el de hoy, eran tanto más atormentadores.

Habían dado las ocho – ella no había venido. La última hora había estado ininterrumpidamente de pie junto a la puerta y había visto a través de la mirilla hacia el pasillo. Justamente habían sido encendidas las lámparas de gas en la escalera. Ahora regresaba a su cuarto, y se arrojó muerto de cansancio en el diván. Estaba muy oscuro en el cuarto, y se adormiló. Luego de media hora se levantó y decidió salir. Tenía dolor de cabeza, y las piernas le dolían como si hubiera caminado por horas.

Tomó el camino a casa de ella. Fue para él como un alivio, cuando vio las cortinas corridas en todas las ventanas. A través de las del comedor y de la recámara brillaba un rayo de luz. – Se paseó por media hora de allá para acá en la acera de enfrente, con la mirada fija en las ventanas. La calle estaba poco animada. Apenas cuando algunas camareras y la ama de llaves se mostraron en la puerta, se alejó para no llamar la atención. Esa noche durmió bien y profundamente.

La mañana siguiente se quedó mucho tiempo en la cama; había colocado un papel en el vestíbulo: no se le podía despertar. A las diez tocó la campanilla. El sirviente le llevó el desayuno; sobre el platito estaba el correo; no había carta de *ella*. Pero se dijo de inmediato que con más seguridad estaría ella con él en la tarde, y así pasó el tiempo hasta las tres muy tranquilo.

A las tres en punto, tampoco un minuto antes, regresó de comer a casa. Se sentó en una silla en el vestíbulo, para no tener que caminar de un

lado a otro cuando percibía un ruido en el hueco de la escalera. Pero era feliz cuando escuchaba pasos abajo, en el pasillo; era una nueva esperanza cada vez. Sin embargo cada una era en vano. Dieron las cuatro-cinco-seis-siete- no llegaba. Entonces caminó de un lado a otro en su habitación y gemía en voz baja, y cuando se mareó, se tiró en la cama. Estaba completamente desesperado; no podía soportar más – lo mejor: lejos, lejos - ¡esta felicidad se pagaba demasiado cara!... o tenía que encontrar un cambio – por ejemplo esperar sólo *una* hora – o dos – pero no podía seguir así, todo en él debía arruinarse, la fuerza de trabajo, la salud, finalmente también el amor. Se dio cuenta de que ya ni siquiera pensaba en ella; sus pensamientos se agitaban como en un sueño devastador. Saltó de la cama. Abrió con fuerza la ventana, miró hacia la calle, al anochecer... ah... allá... ahí en la esquina... en cada mujer creía reconocerla. Volvió a alejarse de la ventana; ya no tenía permitido venir; el tiempo estaba ya excedido. Y de repente le pareció escandalosamente absurdo haber establecido esas pocas horas para esperar. Quizá hubiera tenido ahora la oportunidad... quizá le hubiera sido posible llegar a él hoy por la mañana – y ya tenía él en los labios lo que quería decir, y murmuró: “a partir de ahora, estaré todo el día en casa y te esperaré desde temprano hasta la noche”. Pero conforme lo pronunció, comenzó a reírse, y luego murmuró: “¡Pero me volveré loco, loco, loco!” – De nuevo salió de prisa a casa de ella. – Todo estaba como ayer. Las luces resplandecían a través de las cortinas caídas. De nuevo se paseó por media hora de un lado a otro en la acera de enfrente – se alejó de nuevo cuando el ama de llaves y algunas camareras salían a la

puerta. Hoy le pareció como si lo vieran, y estaba convencido de que hablaban sobre él diciendo: es el mismo señor que ayer a la misma hora caminaba de un lado a otro. Se paseó por callejones cercanos; pero cuando sonaron las diez en las torres y las puertas se cerraron, fue de nuevo y miró fijamente hacia la ventana. Sólo a través de la última, donde estaba la recámara, brillaba un rayo de luz. Él miraba a lo lejos como hechizado. – Ahora estaba ahí parado, desamparado, y nada podía hacer, ni preguntar. –Se estremecía ante las horas que estaban próximas. Una noche, una mañana, un día hasta las tres. – Sí, hasta las tres – y luego... ¿si otra vez no venía?... Un coche vacío iba pasando, le hizo señas al cochero y se dejó conducir lentamente de allá para acá por las calles nocturnas... Recordaba el último encuentro con ella... no, no, no había dejado de amarlo –¡no, eso seguro que no! ¿O se había despertado alguna sospecha en su casa?... No, eso no era posible... hasta ahora tampoco había surgido una pista de ello –y ella era tan precavida. –Podía haber sólo un motivo: estaba enferma y en cama. Y por eso no podía hacerle llegar alguna noticia... y mañana se levantaría y antes que todo lo demás le enviaría unas líneas para tranquilizarlo... Sí, pero si podía dejar la cama apenas en dos días o más tiempo aún... si estaba seriamente enferma... ¡Por el amor de Dios!... si estuviera gravemente enferma... no, no, no... ¡Por qué de inmediato gravemente enferma!...

De repente se le ocurrió algo que le pareció liberador. Dado que seguramente estaba enferma, podía él mandar mañana a alguien para que se informara de su estado. El mensajero no necesitaba saber quién

lo enviaba – podía haber entendido mal el nombre... ¡Sí, sí, así debía ser! – Estaba muy feliz de que se le hubiera ocurrido eso.

Así pasó la noche y el día siguiente, aunque no recibiera ninguna noticia, más tranquilo, e incluso la tarde la pasó con menos zozobra que antes – él sabía bien que en la noche, todavía hoy, la incertidumbre llegaría a su fin. La extrañó, con más ternura y más que en los últimos días.

A las ocho de la noche abandonó su casa. En una esquina algo alejada contrató a un mandadero que no lo conocía. Le hizo señas para que caminara con él. No lejos de la casa de ella se detuvieron. Lo despidió con un encargo exacto e insistente.

Vio la hora a la luz del farol y comenzó a caminar de acá para allá. Pero de inmediato se le ocurrió: ¿y si el esposo sospechara, interrogara al sirviente y se dejara guiar hacia allí por él? Siguió rápido al mensajero; luego moderó el paso y se mantuvo a cierta distancia tras él. Finalmente lo vio desaparecer en la casa. Albert estaba parado muy lejos, tenía que forzar la mirada para no perder de vista el portón... Ya después de tres minutos vio salir al hombre... Esperó sólo un par de segundos para ver si alguien seguía sus pasos; nadie venía. Ahora corrió tras él. –“Bueno” preguntó... “¿qué hay?” –“El señor manda saludos” contestó el hombre, “y la señora todavía no está mejor, podrá levantarse apenas en un par de días.”

“¿Con quién habló usted?”

“Con una sirvienta; entró a la habitación y salió de inmediato, creo que el doctor estaba ahí en ese momento...”

“¿Qué dijo ella?” Se hizo repetir el mensaje un par de veces y comprendió finalmente que sabía apenas algo más que antes. Tenía que estar seriamente enferma; evidentemente se informaban de muchas partes – de ahí que su mensajero no había llamado la atención... Pero por ello podía atreverse a más. –Contrató al hombre para mañana a la misma hora.-

Apenas en un par de días se levantaría – y más no sabía... Y si ella pensaba en él, si podía imaginarse lo que él sufría por ella –él no sabía nada.-

¿Si quizá adivinaban que era *él* de quien había llegado esta última petición de ser informado?... El señor manda saludos; no ella, él; a ella quizá no se le podía decir nada... Sí, ¿y qué tenía? Los nombres de cien enfermedades le pasaban por la cabeza al mismo tiempo. –Ahora, en un par de días se levantaría, - entonces no podía ser algo serio... –Pero eso se decía siempre, también cuando su propio padre había estado enfermo al borde de la muerte siempre se le había dicho eso a la gente... Notó que había empezado a caminar, ya que había llegado de nuevo a un callejón más concurrido, donde el gran número de peatones le estorbaban. Sabía que el tiempo, hasta la tarde de mañana, le parecería una eternidad.

Las horas pasaban, y se asombraba en algunos momentos de que no podía creer en una enfermedad seria de la amada. Entonces le pareció un pecado estar tan tranquilo... Y por la tarde –¡hacía cuánto no sucedía eso!- leyó por muchas horas un libro, como si no hubiera nada que temer y nada que desear.-

El mensajero estaba ya en la esquina cuando Albert se presentó ahí en la noche. –El hombre recibió ahora, además de la instrucción anterior, el encargo de empezar, de ser posible, un diálogo con la camarera y enterarse de lo que le pasaba a la señora. –Pasó más tiempo que ayer antes de que el hombre se mostrara de nuevo, y Albert comenzó a intranquilizarse. Transcurrió casi un cuarto de hora hasta que vio al hombre salir de la casa; Albert corrió a su encuentro.–

“La señora está muy mal...”

“¿Qué?” gritó Albert.

“La señora está muy mal...” repitió el hombre.

“¿A quién le habló? ¿Qué le dijeron?...”

“La camarera me dijo que es muy peligroso... hoy estuvieron ya tres doctores y el señor está muy desesperado.”

“Siga... siga... ¿Qué tiene? ¿No preguntó? Pero si le –”

“¡Desde luego!... Es tifus, y la señora ya no sabe de sí desde hace dos días.”

Albert seguía de pie y miraba al hombre como ausente...

Luego le preguntó:

“¿Sabe algo más?”

El hombre empezó a contar su historia desde el principio, y Albert escuchaba con atención, como si cada palabra le aportara algo nuevo. Luego le pagó y regresó directamente a la calle, frente a la casa de la amada. Sí, ciertamente ahora podía estar ahí parado sin ser molestado; –¿quién se ocupaba allá arriba de él? Y él miraba a la recámara y quería penetrar con su mirada el cristal y las cortinas. El cuarto de la enferma

-¡sí! -¡era tan obvio, que tras esas ventanas silenciosas debía yacer un enfermo! -¿cómo no lo había sabido de inmediato, la primera tarde? Hoy se daba cuenta de que no podía ser de otra forma. Un coche llegó; Albert se precipitó al otro lado, vio bajar a un hombre, que sólo podía ser el doctor, desaparecer en la puerta. Albert se quedó parado muy cerca para aguardar el descenso del médico, con la esperanza indefinida de poder leer algo en su gesto... Estuvo parado algunos minutos, inmóvil, y luego el suelo empezó a subir y bajar lentamente con él. Entonces se dio cuenta que los ojos se le habían cerrado de sueño; y conforme los abría, le parecía como si hubiera soñado ya muchas horas y despertara ahora refrescado. Que ella estaba muy enferma podía creerlo, pero peligrosamente, no... Tan joven, tan bonita y tan amada... Y de repente le pasaban de nuevo la palabra “tifus” por la mente... No sabía exactamente lo que era en realidad. Se acordaba de haberlo leído a veces en la lista de difuntos como causa de muerte. -Se imaginaba ahora el nombre de ella impreso, con su edad y “muerta de tifus el veinte de agosto”... Era imposible, completamente imposible... ahora, que se lo había imaginado, era ya imposible;... sería demasiado extraño que en un par de días tuviera que leerlo realmente... Creyó verdaderamente haber engañado al destino. -El doctor salió de la casa. Albert casi lo había olvidado -ahora vacilaba su respiración. El gesto del doctor era muy serio e impasible. Le gritó una dirección al cochero, luego se subió y el coche partió de ahí con él. -Porqué no le pregunté, pensaba Albert... pero luego estuvo contento de no haberlo hecho. Al final hubiera escuchado algo grave. Así podía seguir teniendo

esperanza... se alejó despacio del portón de la casa y se propuso regresar en no menos de una hora... Y de pronto tuvo que imaginarse cómo iría ella a su casa por vez primera luego de su convalecencia... Era una imagen tan clara que estaba muy sorprendido. Sabía incluso que ese día caería una fina lluvia gris. Y ella tiene puesto un abrigo que ya en el vestíbulo se le cae de los hombros, y ella cae en los brazos de él y sólo puede llorar y llorar. Aquí me tienes de nuevo... susurra finalmente... ¡Aquí estoy! De pronto Albert se asustó... Supo que eso nunca sería, nunca... ¡Ahora el destino lo había engañado a él! ... Ella nunca más iría a él –hacía cinco días había estado con él por última vez, y él la había dejado ir para siempre, y no lo había sabido...

Y nuevamente caminaba por las calles, los pensamientos le corrían por la cabeza, y deseaba ardientemente perder el conocimiento. Ahora estaba otra vez frente a su casa... Todavía estaba abierto el portón, y arriba ardían las luces en el comedor y en la recámara... Albert corrió lejos de ahí. Sabía: si se hubiera detenido todavía un momento, habría tenido que correr escaleras arriba, hacia ella – a su cama- a la amada. Y como era su naturaleza, debía pensar también eso hasta el final. Y entonces vio cómo el esposo, que había comprendido todo súbitamente, se acercaba a la enferma que yacía ahí, inmóvil, y la sacudía, gritándole al oído: ¡tu amante está ahí, tu amante está ahí!- Pero ya estaba ella muerta...

...La noche se le fue en sueños pesados, el día en cansancio sofocante. Ya a las once mandó de nuevo a un mensajero que debía informarse. Ahora eso podía pasar tranquilamente; ¡quién se ocupaba de la gente

que llegaba a preguntar! La noticia que recibió: sin novedad... –Estuvo toda la tarde en casa, acostado en su diván y no se entendía a sí mismo. Todo le era completamente indiferente; y pensaba: es tan hermoso, estar tan cansado... Durmió mucho. Pero cuando oscureció, se levantó de pronto en una especie de asombro, como si apenas ahora, por primera vez en este tiempo confuso, hubiera llegado a él la claridad. Y un anhelo inmenso por certidumbre se apoderaba de él –hoy tenía que hablar él mismo con el doctor. –Se apresuró a casa de ella. El ama de llaves estaba enfrente. Se acercó a ella y mientras se sorprendía de su tranquilidad le preguntó inofensivo: “¿Cómo está la señora?” El ama de llaves contestó “Muy mal; nunca se levantará...”

“¡Ah!” replicó Albert muy amable, y agregó:

“Es muy triste.”

“Claro,” opinó la otra, “es muy triste –una mujer tan joven, hermosa.”

Con esas palabras desapareció en el umbral.-

Albert la siguió con la mirada... No me notó, pensó, y en el mismo momento le pasó la idea por la cabeza, si no podría atreverse a entrar, puesto que era un artista en el disimulo... Ya llegaba el coche del doctor. Albert saludó cuando el médico bajó, y recibió un agradecimiento cortés. Le resultó agradable –ahora se había hecho su conocido en cierta forma y podía preguntar cuando bajara...

Se quedó inmóvil, y le hizo bien pensar que el doctor estaba con ella. Se tardó mucho... En todo caso tenía que haber una posibilidad de salvación, de lo contrario no estaría tanto tiempo allá arriba. O estaba ya agonizando... o... ¡ah, fuera, fuera, fuera! –Quería ahuyentar todos

los pensamientos, era inútil –todo era posible.- De pronto le pareció oír hablar al médico; -incluso entendía las palabras: era la crisis. E involuntariamente miró hacia la ventana cerrada. Reflexionó, si bajo ciertas circunstancias, por ejemplo con los sentidos agitados y de ahí aguzados, se podían entender las palabras de una persona a través de ventanas cerradas. Sí, claro, él las había escuchado, no como una ilusión, sino como palabras de veras pronunciadas.-... Pero ya en ese momento salía el doctor. Albert dio un paso hacia él. El doctor lo tomó quizá por un familiar y leyendo la pregunta impronunciada en sus ojos, sacudió la cabeza. Pero Albert no quiso entender. Comenzó a hablar. “Puedo preguntar, doctor, cómo...” El doctor estaba con un pie en el escalón del coche y sacudió otra vez la cabeza... “Realmente grave”, dijo y miró al joven hombre... “Es usted el hermano, ¿verdad?”... “Claro”, dijo Albert... El médico lo miró compasivo, luego se sentó en el coche, saludó con la cabeza al joven y se marchó de ahí.-

Albert miraba acongojado el coche, como si una última esperanza desapareciera con él. Luego se fue. Hablaba consigo mismo en voz baja, oraciones casi sin sentido, y al hacerlo los dientes le castañeteaban. – Entonces, ¿qué hacemos hoy?... Para ir al campo es demasiado tarde, para ir al campo es demasiado tarde. Es demasiado tarde, es demasiado tarde. ¡Sí, estoy triste! ¿Estoy triste? ¿Estoy triste a morir? No, voy a pasear, no siento nada, nada. Podría ir al teatro ahora, sí, o ir al campo... oh no, sólo creo eso... todo eso es una locura, porque estoy profundamente conmovido. Sí,... ¡conmovido, sacudido! ¡Es un momento sublime, debo poder atraparlo! Comprender algo exactamente

y no sentir nada... nada... nada.- Temblaba de frío... A casa, a casa. Debo haber experimentado una vez algo parecido... ¿pero cuándo, cuándo?... ¿quizá una vez en el sueño?... ¿o es esto un sueño?... Sí, ahora voy a casa como todas las tardes, como si nada hubiera pasado, como si lo más mínimo hubiera pasado.- ¡Pero cómo me engaño! No me quedaré en casa, saldré de ahí corriendo a mitad de la noche, a casa de la amada, frente a la casa de la amada moribunda... y sus dientes golpeaban unos contra otros.-

De pronto se encontraba en su cuarto y no podía recordar cómo había llegado ahí. Prendió la luz y se sentó en el diván. Sé cómo es, se dijo: el dolor llama a la puerta y yo no lo dejo entrar. Pero sé que está afuera, puedo verlo por la mirilla. —Ah, qué tonto, qué tonto... Entonces mi amada morirá... ¡sí, morirá, morirá! ¿O quizá tengo esperanza aún y por eso estoy tan tranquilo? No, lo sé a ciencia cierta. ¡Ay, y el doctor me tomó por el hermano! Si le hubiera contestado: No, soy su amante, o: Soy su Seladon. Soy su conmovido Seladon...

¡Señor en el cielo! Gritó de repente; saltó y caminó en el cuarto de un lado a otro... ¡Le abrí! ¡El dolor está aquí! ... ¡Anna, Anna, mi dulce, mi única, mi amada Anna!... ¡Y no puedo estar a tu lado! Justo yo no, yo, el único que te pertenece... ¡Quizá ni siquiera está inconsciente! ¡Qué sabemos de eso! Y me extraña, -y yo no puedo ir- no lo tengo permitido. O tal vez, en el último momento, cuando se separe de todas las consideraciones terrenales lo dirá, lo susurrará: Llámenlo, quiero verlo una vez más... ¿y qué hará él?...

Después de un rato pasó todo el proceso ante sus ojos. Se veía subiendo rápidamente las escaleras, el esposo lo recibía, lo guiaba él mismo a la cama de la moribunda, que le sonreía con ojos quebrantados, -él se inclinaba hacia ella, ella lo abrazaba, y cuando él se irguiera, ella había dado el último aliento-... Y ahora entraba el esposo y le decía: Ahora váyase señor mío, pronto tendremos más que decirnos... Pero la vida no es así, no... ¡Eso sería lo más hermoso, lo más hermoso de todo; verla de nuevo, sentir que ella lo ama!- Tenía que verla otra vez, de alguna manera... sí, no podía dejarla morir sin haberla visto de nuevo. ¡Eso sería demasiado terrible! No había terminado de imaginarlo siquiera. ¿Sí, pero qué hacer? ¡Ya era casi medianoche! Con qué pretexto podría subir, se preguntó. Ahora necesito una excusa... ahora, que la muerte... pero aún si... muere -¿tengo derecho a traicionar su secreto, a manchar su memoria ante su esposo, su familia--?... Pero... podría fingirme loco. Ah -puedo simular muy bien... oh Dios -¡qué idea de una comedia!... En todo caso, si se representara bien el papel y fuera encerrado de inmediato en el manicomio para siempre... O si ella sanara y me declarara loco ella misma, ¡que nunca me conoció, nunca me había visto! - ¡Oh mi cabeza, mi cabeza!- Se arrojó a la cama. Ahora era consciente de la noche y del silencio que lo rodeaba -ahora, se dijo, quiero reflexionar en silencio. Quiero verla de nuevo... sí, eso es seguro.

Y sus pensamientos seguían agitándose: se veía en cien disfraces subiendo a su departamento: como asistente del doctor, como ayudante de farmacia, como lacayo, como empleado de una compañía funeraria,

como mendigo; por último se vio como embalsamador, sentado junto a la muerta, a la que no tenía permitido conocer, la envolvía en tela blanca y la colocaba en el ataúd...

Despertó al amanecer. La ventana había estado abierta y aunque se había acostado vestido, temblaba de frío, pues una ligera lluvia había comenzado y el viento esparcía un par de gotas hasta el interior de la habitación.

Entonces el otoño está aquí, pensó Albert... Luego se levantó y miró el reloj. -Así que dormí profundamente cinco horas. -En este tiempo puede... haber pasado mucho. -Se estremeció. -Qué curioso, de repente sé muy bien qué tengo que hacer. Iré ahora hasta la puerta de la casa, la solapa arriba, y... yo mismo... preguntaré...

Se sirvió una copa de coñac, que bebió rápidamente. Luego caminó a la ventana. Qué asco cómo lucen las calles. Aún es muy temprano... Son puras personas que ya tienen algo que hacer a las siete. —Sí, hoy yo también soy una persona que a las siete ya tiene algo que hacer. —“Muy grave” dijo ayer el doctor... Pero de eso nadie ha muerto... Y sin embargo tenía yo ayer la constante sensación, como si ella ya... vamos, vamos... Se puso la gabardina, tomó una sombrilla y entró en el vestíbulo. Su sirviente puso cara de asombro. Regreso pronto, dijo, y se fue.-

Daba pequeños, lentos pasos; le resultaba muy penoso subir él mismo. ¿Qué debía decir?

-Se acercaba cada vez más, ya estaba en la calle, veía de lejos la casa. Le parecía tan extraña. Claro que nunca la había visto a esa hora. Qué

raras eran esas luces mortecinas que la lluvia matinal extendía sobre la ciudad. Sí, uno se muere en días así. Si aquel día en que estuvo por última vez con él, Anna se hubiera despedido simplemente, quizá hoy ya la habría olvidado. Sí, seguramente –pues era muy inquietante, cuán largo le parecía el tiempo desde que la había visto por última vez. Qué equivocados conceptos del tiempo crea una mañana lluviosa como esa... oh Dios... Albert estaba muy cansado, muy distraído... Por poco habría pasado de largo junto a la casa.

El portón estaba abierto; ahora mismo venía hacia él un mozo con jarros de leche en la mano. Albert dio tranquilamente un par de pasos atravesando la puerta –de repente, cuando quiso pisar los primeros escalones de la escalera, lo recorrió la conciencia plena de todo lo que había pasado, lo que pasaba ahora, lo que quería saber. Era para él como si hubiera recorrido aún medio dormido el camino hasta allí, y despertara ahora de repente. Buscó con sus dos manos su corazón antes de seguir. Esa era la escalera... nunca antes la había visto. Estaba todavía a media luz; pequeñas lámparas de gas ardían en la pared... El departamento estaba ahí, en el primer piso. ¿Qué era eso?... Las dos hojas de la puerta estaban abiertas. –Podía ver el vestíbulo – pero nadie estaba ahí. Abrió una pequeña puerta que llevaba a la cocina. Tampoco ahí había nadie. Se quedó parado un rato, indeciso. Ahora se abría la puerta que llevaba a las habitaciones, y una sirvienta salió silenciosamente, sin notarlo. Albert se dirigió a ella.

“¿Cómo está la señora?” preguntó.

-La chica lo miró distraídamente.

-“Murió hace media hora”, dijo. Se dio vuelta y se fue a la cocina.

Albert tuvo la sensación como si el mundo a su alrededor tuviera de repente un silencio sepulcral; supo muy bien que en ese momento dejaron de latir todos los corazones, las personas de caminar, los coches de andar, los relojes de hacer tic-tac. Sintió cómo el mundo vivo y en movimiento dejaba de vivir y de moverse. Entonces esto es la muerte, pensó... Ayer no lo entendí...

Disculpe, dijo una voz a su lado; era un señor vestido de negro que quería pasar de la escalera al vestíbulo, y al que Albert, que estaba en la puerta, le impedía el paso. Albert dio un paso hacia adentro y dejó pasar al señor. Éste ya no se ocupó de él, sino que se dirigió rápido al departamento y dejó la puerta medio abierta. Albert podía ver ahora el siguiente cuarto. Estaba casi a oscuras, pues las cortinas estaban corridas; vio un par de figuras que estaban sentadas alrededor de una mesa, se levantaron y saludaron al señor que entraba. Los oyó murmurar... Luego desaparecieron en un cuarto contiguo. Albert se quedó parado en la puerta y pensó: ahí adentro está ella... No hace todavía una semana que la tuve en mis brazos... Y no puedo entrar. – Oyó voces en la escalera. Dos mujeres subían y pasaban de largo. Una, la más joven, tenía los ojos llorosos. Se parecía a la amada. Seguramente era su hermana, de quien le había hablado varias veces. Una mujer mayor fue al encuentro de las dos mujeres, las abrazó y sollozó en voz baja. “Hace media hora”, dijo la mujer mayor –“tan de repente”... No pudo continuar por las lágrimas, las tres desaparecieron

a través del cuarto a media luz hacia el cuarto de a lado. Nadie miraba a Albert.

No puedo quedarme aquí parado, pensó... Quiero bajar y regresaré en una hora. –Se alejó y en unos instantes estuvo en la calle. El barullo de la mañana había comenzado, muchas personas pasaban con prisa a su lado y los coches rodaban.

Después de una hora habrá más personas arriba, y puedo mezclarme con ellas muy fácilmente. Cómo consuela la certidumbre... me siento mejor que ayer; pese a que haya muerto... hace media hora... En mil años no estará más lejos de la vida que ahora... y sin embargo, la conciencia de que hace media hora aún respiraba, me da la impresión como si todavía tuviera que saber algo de la existencia; algo que no se intuye mientras todavía se respira... quizá es el incomprensible momento en el que cambiamos de la vida a la muerte, nuestra pobre eternidad... Sí, ahora se acabó también la espera en la tarde... Ya no estaré de pie en la mirilla –nunca más, nunca más... –Estas horas se presentaban ante sus ojos en una belleza indescriptible. Hacía pocos días todavía había sido tan feliz –sí, feliz. Había sido una felicidad sofocante y profunda. Ay, cuando sus pasos se apresuraban en los últimos escalones... cuando se arrojaba a sus brazos... y cuando yacían mudos e inmóviles sobre las blancas almohadas en el cuarto crepuscular que olía a flores y a cigarro... se acabó, se acabó...

Me marcharé, es lo único que puedo hacer. ¡Apenas podré volver a pisar mi habitación! Tendré que llorar, lloraré días enteros, siempre, siempre...

Pasó por un café. Se le ocurrió que no había probado bocado desde ayer a mediodía; entró a desayunar. –Cuando abandonó el local eran pasadas las nueve. –Ahora puedo volver –debo verla otra vez –¿qué hago ahí?... ¿Podré verla?... Tengo que verla... sí, debo ver una última vez a mi difunta amada Anna, mía, mía. –¿Pero me dejarán pasar al lecho de muerte?... Seguro, habrá más personas y todas las puertas estarán abiertas...

Se apresuró. –En el portón estaba la empleada, lo saludó cuando pasó; en la escalera se adelantó a dos señores que también subían. Ya en el vestíbulo había algunas personas. La puerta estaba abierta de par en par; Albert entró. La cortina de una ventana estaba levantada y caía algo de luz en el cuarto. Ahí estaban aproximadamente doce personas, que estaban sentadas o paradas y hablaban en voz muy baja. La mujer mayor que había visto antes, estaba sentada completamente desfallecida en la esquina de un sofá color vino. Cuando Albert pasó a su lado ella lo miró; él se quedó parado frente a ella y le alcanzó la mano. –Ella movió la cabeza y comenzó a llorar nuevamente. Albert miró a su alrededor; la segunda puerta, que llevaba a la habitación contigua, estaba cerrada. Se dirigió a un señor que estaba parado en la ventana y que miraba distraído hacia afuera por el resquicio de la cortina... “¿Dónde está?” preguntó. El señor señaló con la mano hacia el lado derecho. Albert abrió la puerta con sigilo. Estaba deslumbrado por toda la luz que fluía en su contra. Se encontró en un cuartito muy iluminado, con tapiz blanco en muebles dorados y azul claro. Nadie

estaba ahí. La puerta al siguiente cuarto estaba solamente emparejada. Entró. Era la recámara.-

Las persianas estaban cerradas; una lámpara ardía. En la cama yacía la muerta. La manta estaba extendida hasta sus labios; en su cabeza, sobre la mesita de noche ardía una vela, cuya luz caía deslumbrante sobre el rostro gris cenizo. No la hubiera reconocido de no saber que era ella. Poco a poco comprendió el parecido – sólo poco a poco se convirtió Anna, su Anna, la que yacía ahí, y por primera vez desde el inicio de esos días terribles, sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. Un dolor ardiente, palpitante estaba en su pecho, hubiera querido gritar, postrarse ante ella, besar sus manos... Apenas ahora se daba cuenta de que no estaba solo con ella. Alguien estaba arrodillado a los pies de la cama, tenía hundida la cabeza en la manta y sostenía una mano de la difunta en sus dos manos. En el momento en que Albert sintió el impulso de acercarse, aquél alzó la cabeza. ¿Qué le diré? –Pero ya sentía su mano derecha alcanzada y estrechada por el hincado y lo escuchaba susurrar con voz ahogada en lágrimas: gracias, gracias. –Y luego el doliente se volteó, dejó caer la cabeza y sollozó en voz baja en la manta. Albert se quedó parado todavía un rato y miró el rostro de la muerta con una especie de fría atención. Las lágrimas le hacían falta de nuevo. De repente su dolor se tornó seco e irreal. Supo que más tarde ese encuentro le parecería lúgubre y cómico al mismo tiempo. Se hubiera encontrado ridículo si hubiera sollozado junto con ese.

Se dio vuelta para irse. Se detuvo otra vez en la puerta y miró hacia atrás. El titilar de la vela hizo que creyera ver una sonrisa en los labios

de Anna. Incluyó su cabeza como si se despidiera y ella pudiera verlo. Quería irse ahora, pero ahora era como si ella lo retuviera con esa sonrisa. Y de repente se convirtió en una sonrisa despectiva, extraña, que parecía hablarle, y él podía entenderla. Y la sonrisa decía: te amé, y ahora estás ahí como un extraño y me niegas. Dile que yo era tuya, que es *tu* derecho hincarte ante esta cama y besar mis manos. -¡Díselo! ¿Por qué no se lo dices?

Pero no se atrevió. Puso su mano frente a sus ojos para ya no ver la sonrisa de ella... Se dio la vuelta de puntillas, abandonó la habitación y cerró la puerta tras de sí. Estremeciéndose, atravesó el salón iluminado, luego se deslizó en el cuarto a media luz ante todas las personas que susurraban entre sí y entre quienes no podía quedarse; luego se apresuró por el vestíbulo y las escaleras, y cuando había salido del portón se deslizó junto al muro de la casa, y su paso fue cada vez más rápido, y lo empujaba lejos de la casa, y él se apresuraba profundamente avergonzado por las calles; por que le parecía que no podía estar de duelo como los otros, como si su amante muerta lo hubiera expulsado, porque la había negado.

La corbata verde

Un joven caballero de nombre Cleophas vivía retirado en su casa cerca de la ciudad. Una mañana lo invadió el deseo de estar entre la gente. Entonces se vistió decorosamente como siempre, se puso una corbata verde nueva y se fue al parque. La gente lo saludaba cortésmente, les pareció que la corbata verde le sentaba de forma excelente y durante algunos días hablaron con mucho reconocimiento de la corbata verde del señor Cleophas. Algunos intentaban imitarlo y se colocaban corbatas verdes como él –eran por cierto de tela más ordinaria y anudadas sin gracia.

Poco después, el señor Cleophas paseó de nuevo por el parque, en una nueva indumentaria, pero con la misma corbata verde. Entonces algunos sacudieron graves la cabeza y dijeron: “De nuevo lleva la corbata verde... a lo mejor no tiene otra...” los que eran algo más nerviosos exclamaron: “¡Nos va a llevar a la desesperación con su corbata verde!”

Cuando el señor Cleophas se encontró la siguiente vez entre la gente, llevaba una corbata azul. Entonces algunos gritaron: “¿Qué idea es esa, venir de repente con una corbata azul?”. Pero los más nerviosos decían en voz alta: “¡Estamos acostumbrados a verlo con una corbata verde! ¿No necesitamos soportar que aparezca hoy con una azul!”. Pero algunos fueron muy astutos y dijeron: “Ah, no nos hará creer que su corbata es azul. La lleva el señor Cleophas, y por eso es verde.”

La siguiente ocasión el señor Cleophas apareció vestido decorosamente como siempre, llevaba puesta una corbata del violeta más hermoso. Cuando se le vio venir de lejos, la gente exclamó burlona: “¡Ahí viene el señor con la corbata verde!”

Había especialmente un grupo de personas a quienes sus medios no les permitían otra cosa más que atar hilos alrededor del cuello. Éstos declaraban que los hilos eran lo más elegante y distinguido, y odiaban a todos los que usaban corbatas y en especial al señor Cleophas, quien siempre estaba vestido decentemente y llevaba corbatas más bonitas y mejor anudadas que cualquiera. Entonces el más escandaloso de estas personas gritó cuando vio venir al señor Cleophas por el camino: “¡Los señores con corbata verde son depravados!”. El señor Cleophas no le hizo caso y siguió su camino.

Cuando el señor Cleophas paseaba la siguiente ocasión en el parque, el señor escandaloso con el hilo alrededor del cuello gritó: “¡Los señores con corbata verde son ladrones!”. Y algunos gritaron con él. Cleophas encogió los hombros y pensó que ya había llegado demasiado lejos el asunto con los señores que llevaban corbatas verdes. Cuando fue por tercera vez, la multitud entera gritaba, y adelante de todos, el escandaloso del hilo alrededor del cuello: “¡Los señores con corbata verde son asesinos pagados!”. Entonces Cleophas notó que muchos ojos estaban fijos en él. Recordaba que él también había llevado una corbata verde muchas veces, se dirigió al joven del hilo y preguntó: “¿A quién se refiere en realidad? ¿Finalmente a mí también?”. Aquél replicó: “Pero

señor Cleophas, ¿cómo puede creer eso-? ¡Usted no lleva corbata verde!”. Y le estrechó la mano y le aseguró su respeto.

Cleophas saludó y se fue. Pero cuando se encontraba a cierta distancia, el hombre del hilo aplaudió y exclamó: “¿Lo ven, cómo se siente herido? ¿Quién puede ahora dudar que Cleophas es un depravado, ladrón y asesino?”.

Anexo

II

Es war eines jener inbrünstigen Augenblicke, in denen ihn die Empfindung seines Glückes mit unwiderstehlicher Süßigkeit überkam. Er saß vor dem Café Impérial, an einem der kleinen Tische, die man aus den düstigen Zimmern auf die offene Straße hinausgebracht hatte, wo die Strahlen der Sommernachmittags-sonne sengend lagen. Er rauchte andächtig seine Havanna und dachte an Annette.

An Annette! An ihre großen, braunen Augen und an ihr schwarzes Haar, das sie im Sommer in Flechten trug. Er dachte an das Landhaus, das sie bewohnte, ganz nahe von Wien und doch einfach abgeschlossen, eine Villa, an deren Türe er ein- oder zwei-, auch dreimal in der Woche abends anklopfen konnte, um mit tausend Küßen von wilden, süßen Lippen empfangen zu werden. Und dann dachte er an den Garten, der tagelang unsichtbar war und Sonntags, wenn man doch einmal draußen mit ihm zusammentraf, sich nach Tisch auf den Diwan legte, mit halbgeschlossenen Augen Zigaretten drehte und rauchte.

Emil liebte ihn beinahe, diesen ernsten, gereiften Mann mit dem grauen Kopf- und Barthaar, und ein Gefühl von Hochachtung und Mitleid beschlich ihn, wenn er die hohe Stirne dieses ahnungslosen Betrogenen sah. Und nun dachte er jenes letzten Zusammenseins. Annette und er saßen neben dem kleinen Tischchen, auf dem der schwarze Kaffee stand, und ihre Augen glühten in die seinen, während sie aus der Schale schlürfte. Da fiel dem Gemahl die Zigarette aus der Hand. Er schlief. Annette beehrte und stand auf. Auf den Zehenspitzen eilte sie zur Tür, die in den Garten führte, und winkte Emil. Er folgte ihr langsam, während sie voranlief. Er fand sie zwischen zwei großen Blumen auf der Hängematte liegen, mit schwellenden Lippen, feuchten Augen, mit verlangendem Atem! Sie küßte ihn und biß ihn in die Wange. Er mußte fast schreien. Doch erinnerte er sich an den Schläfer im Zimmer. Sie schien seine Gedanken zu erraten. »Der wacht nicht auf«, sagte sie, lachte und nahm Emils Kopf in die Hände und hauchte ihren warmen Atem über sein Haar.

... Doch wie, das alles geschah ja vor eben drei Tagen, wie kommt es denn, daß ich seitdem nicht draußen war, dachte Emil. Warum hat sie mir nicht geschrieben? Vielleicht finde ich einen Brief, wenn ich nach Hause komme. Einen jener Briefe, auf dem nur zwei Worte stehen: »Heute abend.« Und dann werde ich mich in das Kupée setzen und hinausfahren. Sie wird mir entgegenkommen, und wir werden den Waldweg einschlagen. Sie wird mir vielleicht, wie neulich, den letzten Brief zeigen, den ich ihr geschrieben, den sie am Busen verwahrt, den sie zerknittert, gekußt, ans Herz gepreßt hat ...

So dachte Emil und sah zugleich, ohne sich dessen recht bewußt zu werden, einen hochgewachsenen Mann in dunkler Kleidung von der anderen Seite der Straße auf das Kaffeehaus zukommen. Geradewegs zu dem Tische, an welchem Emil saß, nahm er den Schritt. Es war Annettes Mann! Schon zwei- oder dreimal des Sommers war er nachmittags ins »Café Impérial« gekommen, hatte eine Zeitung gelesen und war wieder gegangen. Jetzt setzte er sich nach einem höflichen und eiskalten Gruß an Emils Tisch, indem er sagte: »Ich dachte Sie hier zu finden.«

Emil fühlte eine leichte Beklommenheit, die er hinwegzuscherzen suchte. Er betrachtete lächelnd den schwarzen Anzug des Mannes und bemerkte: »So düster an einem schönen Sommertag?«

Der Herr achtete nicht auf die Worte und sagte nur kurz: »Ich habe Ihre Briefe gelesen.«

In Emil stieg eine schauerliche Ahnung auf, er lächelte aber wieder und entgegnete: »Ich habe Ihnen doch nie geschrieben.«

Im selben Augenblick kam ihm diese Antwort albern und elend vor. Der andere aber, ruhig wie bisher, fuhr fort: »Ihre Briefe an meine Frau.«

Emil zuckte zusammen. Er wollte etwas reden und nahm die Miene eines Beleidigten an. Zugleich traf ihn aber der Blick des andern, fürchterlich ernst, bannend: Emil brachte nur ein Wort mit gepreßter Stimme hervor: »Wieso ...?«

»Wieso ich sie gelesen habe?« setzte sein Nachbar fort. »Nun, sehr einfach. Ich habe sie geerbt.«

Emil staerte ihn an.

Ganz ruhig aber sprach jener weiter: »Annette ist gestern gestorben. Der Arzt sagt, ein Herzschlag, was für uns beide, glaube ich, gleichgültig ist. Als sie zusammensank, löste man ihre Kleider, ihr Mieder, man fand Briefe. Sie begreifen, daß ich einiges

Interesse daran fand, meine Erbschaft sogleich anzutreten. Nach zwei Minuten wußte ich, daß Sie Annettens Geliebter waren.»

Vor Emil versank alles. Der schöne Sommertag, die sonnige Straße – er sah irgendeinen weißen Glanz, der ihm in den Augen wehte tat –, und der Mann im schwarzen Traueranzug saß regungslos mitten in diesem Glanze. Emil sah auch den Flor am Hute des Mannes; und zu seinem eigenen Erstaunen schoß ihm der peinliche Gedanke durch den Kopf, daß er auch sich einen solchen Flor um den Hut schlingen müßte. Sprechen aber konnte er keine Silbe.

Der andere fuhr fort: »Ich danke Ihnen, mein Herr, daß Sie es überflüssig finden, mir etwas zu erwidern. Sie ersparen uns eine längere Unterhaltung. Ich brauche Ihnen auch weiter nicht die letzten Gründe meines Kommens auseinanderzusetzen.« Er hielt ein und nahm den Hut ab, worauf er sich mit der Hand über Stirn und Augen fuhr.

»Ich stehe Ihnen jederzeit zur Verfügung«, brachte Emil tonlos, doch verständlich genug hervor.

»Ich erwartete nichts anderes«, entgegnete der Witwer. »Nur muß ich, so peinlich das auch sein mag, auf einige Eile in der Austragung dieser Angelegenheit dringen. Morgen mittag findet das Leichenbegängnis Annettens statt.«

»Also übermorgen früh«, meinte Emil, wobei sein Gesicht einen außerordentlich verbindlichen Ausdruck annahm, da einige Herren von den Nebentischen zu den zweien herüberschauten.

»Das wäre zu spät«, erwiderte ihm der Mann. »Ich muß Ihnen bemerken, daß es mein ethisches Gefühl beleidigen würde, wenn zur Zeit, da man meine . . . die Tote in die Erde senkt, noch ihre beiden Männer die Möglichkeit hätten, an ihrem Grabe zu weinen . . . wenn überhaupt noch beide unter den Lebenden weilten. Sie sehen das ein?«

»Vollkommen«, erwiderte Emil, dem es unterdessen gelungen war, seine Haltung wiederzufinden. »Morgen früh also, wenn es Ihnen beliebt.« Er wollte aufstehen und sagte: »Wir können das übrige von diesem Augenblicke an den anderen Herren überlassen. Und was den Arzt anbelangt, so werde ich selbst . . .«

»Wir werden keinen nötig haben«, erwiderte ihm der Witwer, indem er sich erhob.

Jetzt erst gewährte Emil große Schweißtropfen, die jenem von der Stirne ins Barthaar rannen. Während er den Hut wieder aufsetzte, bemerkte er noch: »Meine Wohnung ist Ihnen bekannt. Verständigen Sie gefälligst Ihre Herren Sekundanten, daß die

meinen um acht Uhr abends in meiner Wohnung ihres Besuches gewärtig sein werden.«

Auch Emil stand auf. Der andere grüßte und ging gemessenen Schrittes auf die andere Seite der Straße. Emil, der mit einer leichten Verbeugung dankte, setzte sich wieder und griff mechanisch nach der Tasse schwarzen Kaffees, der noch unberührt vor ihm stand. Er trank und wunderte sich, daß er noch ganz warm war. Dann wollte er seine Zigarre frisch anzünden, sie brannte noch. Er fühlte, wie sein Herz klopfte, wie seine Beine zu zittern begannen und er schämte sich. Nun wollte er fort, seine Sekundanten suchen. Leutnant Fechner von den Achter-Husaren und Doktor Willner hatte er dazu ausersehen. Es fiel ihm ein, daß er dem Kellner noch nicht gezahlt habe. Morgen, dachte er einen Moment lang. Da fuhr es ihm plötzlich durch den Kopf, daß es vielleicht kein Morgen früh für ihn gäbe. Es war ihm, als könnte er sich von seinem Sessel nicht erheben. Er sah ihn sich gegenüberstehen mit der Pistole in der Hand. Wer wird den ersten Schuß haben? Unwillkürlich schwebte ihm ein Bild aus einem Witzblatte vor, wo zwei Duellanten abgebildet waren, die beide mit Pistolen, beide zugleich getroffen, der Länge nach auf den Boden hinfallen. Er versuchte sich auf den Witz zu besinnen, der unter dem Bilde stand. Doch es gelang ihm nicht. Jene zwei Leute erhoben sich an Nebentische und gingen in den Kaffeehaussaal, während einer sagte: »Also eine Partie Karambole. Ich gebe dir zehn vor.«

Kann man heute Billard spielen, dachte Emil. Es kam ihm sonderbar vor. Jetzt erschien der Kellner, offenbar hatte Emil ihn gerufen, ohne etwas davon zu wissen. Er zahlte seinen Kaffee und stand auf. »Wenn Doktor Willner kommt, möge er auf mich warten, auch Leutnant Fechner.« Dann warf er seine Zigarre weg, die ihm nicht mehr schmeckte, und ging auf die Straße. Die Steine waren hart, die Füße schmerzten ihn. In einem Fiaker fuhr eine Schauspielerin an ihm vorüber, er mußte einen Moment stehen bleiben und sah dem hübschen Weibe voll und starr ins Gesicht. Er hätte aufschreien mögen. Jetzt erst dachte er an Annette . . .

Am nächsten Tage stand nur einer von Annettens Männern an ihrem Grabe. Der rechtmäßige! Der andre lag mit durchschossener Brust auf der Bahre. Auf der Stelle war er tot hingesenken, in das hohe, weiche Gras, und der Leutnant von den Achter-Husaren hatte ihm die Augen zugeedrückt.

»Mein Lebtag werde ich daran denken«, erzählte der am Abend seinen Kameraden im Kaffeehaus, »wie ich mit dem Toten in einem Fiaker mit herabgezogenen Rouleaux nach Wien zurückfahren mußte, weil kein anderes Fahrzeug zu finden war. Es war schauerlich. Das Blut auf seinem Hemde trocknete ein, und ich mußte den Kopf immer halten, damit er nicht vornüber sänke.«

Alle schwiegen und waren ernst. Es kam ihnen vor, als ob die Gasflammen trüber brannten und der Kognak kein Feuertrunk wäre wie sonst. Auch das Pferdebahngeklingel auf der Straße klang müde und traurig.

DER ANDERE

AUF DEM TAGEBUCH EINES HINTERBLIEBENEN

Allein – Ganz allein . . .

Vor meinem Schreibpulte sitze ich; die Leuchter brennen . . . die Tür zu dem Zimmer, das einst das ihre war, steht weit offen, und wie ich meinen Blick erhebe, versinkt er in den dunklen Raum. Glitzernd von den Häusern drüben spielen Lichtreflexe an meine Fensterscheiben . . . Wie neu, wie brutal das ist . . . Sie hat die Vorhänge in meinem Arbeitszimmer immer niedergelassen, wenn der Abend kam; kein Lärm der Straße, kein Licht des Gegenüber durfte zu uns herein . . .

Und die Stunden gingen hin. Ich bin auf und ab spaziert in meinem Zimmer; auch in dem ihren. Auf ihren Diwan hab' ich mich hingestreckt, bin da lang gelegen und habe in die überflüssige Welt vor den Fenstern hinausgestarrt . . . Vor ihren Schreibtisch hab' ich mich hingestellt, die Federstiele in den Händen gehalten, an denen noch der Duft ihrer Fingerspitzen haftet . . . Und vor dem Kamin, dem ausgebrannten, bin ich gestanden, habe mit der Ofengabel in der Asche herumgewühlt . . . Und das zischelte und knirschte von zerstäubtem Papier und Kohlenstücken.

Morgen für Morgen wandere ich auf den Friedhof hinaus . . . Es ist heuer ein Späherbst mit einer kalten und frechen Sonne, und wenn ich die weiße Mauer von weitem sehe, so brennen mir die Augen. Dann wandle ich durch die Gräberreihen und betrachte mir die Leute, die da kommen, zu beten und zu weinen. Ich fange an, einzelne zu kennen . . . Sonderbar an diesen Gestalten berührt mich das Typische, das immer Wiederkehrende . . . Das Mädchen, das schluchzend vor jenes Kreuz nahe der Kapelle hinsinkt, immer mit demselben Schlächten, mit demselben Veilchen, die sie auf die fruchte Erde hinlegt, und wenn sie dann aufsteht, immer der gefestigte Ausdruck im Antlitz, das rasche Weggehen . . . Sie beweint einen Jüngling; er starb im vierundzwanzigsten Jahre, gewiß, sie war seine Braut . . . Immer packt mich der Gedanke:

Ja, wie kann sie denn da wieder aufstehen, woher der getrübtete Blick, mit dem sie von dannen geht? . . . Ich möchte ihr nach-eilen: Es gibt keinen Trost, Närrin! . . . Und ich, der ich täglich da bin, was suche ich eigentlich? . . . Sie ärgern mich manchmal, die Leute da mit dem Flor um den Hut, mit den dunklen Handschuhen . . . Dabei sehe ich wohl auch so aus wie all die Anderen, blaß und verweint . . . Oh, ich weiß es schon . . . ich bin eifersüchtig auf den Schmerz der Anderen, es geht mir hier, wie es mir mit erhabenen und entzückenden Dingen widerfuhr. Ich konnte den Ausdruck der Begeisterung auf den Zügen Anderer nicht vertragen, wenn ich mich an etwas Großem berauscht hatte . . . Neidisch sah ich meinen Nachbarn an, den ein gleicher Schauer zu durchfließen schien wie mich . . . Etwas in mir lehnte sich dagegen auf, daß alle diese da zwischen den Gräbern herumirren mir demselben unsäglichen, ewigen Schmerz . . . Ach, es ist erbärmlich. Dasselbe empfinden sie alle, und dann rollen die Tage weiter . . . mit neuen Gedanken, frischeren Hoffnungen . . . am Ende kommt noch trügerisch und weich der Frühling und blüht einem zudringlich ins Gesicht . . . Die Lüfte wehen, und die Blumen duften, und die Frauen lachen, und wir sind wieder die Gemarten, sind um unsern großen und ewigen Schmerz betrogen . . .

Ich stehe meist ein paar Schritte weit weg von dem Fleck Erde, unter dem sie ruht . . . Wenn einmal das steinerne Grabmal aufgerichtet ist, so werde ich mich wohl an die kalten Stufen lehnen können, werde mein Haupt herabbeugen, werde knien; auf die Erde selbst wage ich mich nicht nieder. Mich schauert vor dem Gedanken, daß Stücke von dem Staub unter mir wegbröckeln, daß ich sie auf den Sarg aufschlagen höre . . . Und doch, manchmal durchrast mich eine schier unüberwindliche Last, mich niederzuwerfen, mit den Händen in der Erde herumzuwühlen . . . Meine Trauer hat nichts Mildes . . . ich bin zornig, ich knirsche mit den Zähnen, ich hasse alles und alle . . . Vor allem diejenigen, die mit mir leiden . . . Alle diese Männer, Weiber, Kinder, unter denen ich umherwandle, sie sind mir widerwärtig, ich möchte sie davonjagen . . . Besonders hat der Gedanke etwas unsäglich Erbitterndes für mich, daß irgend wer gestern zum letzten Male da war. Er hat sein Leid zu Ende gelitten . . . Er hat gefühlt, daß es immer länger würde . . . er ist tagtäglich befreit von hinten gegangen. Und eines Morgens erwacht er und kann wieder lächeln . . . Wie hasse ich die Leute, die wieder lächeln können . . .

Aber eines Morgens werde ich auch wieder lächeln! ... Auch ich werde vergessen! ... In mir taucht heute die Erinnerung an meine Jünglingszeit auf ... wie ich an der Seite der Süßen, Liebsten durch den Wald schritt und so unendlich glücklich hätte sein können ... Ich war es ja auch. Es gibt Augenblicke, die alles verschlingen, Vergangenheit, Zukunft, die eben die Ewigkeit selber sind ... Aber ich habe nie zu jenen geböt, die geruhig ihres Weges zu Seiten der Landstraße wandern, sich ab und zu tiefer in die Wiesen und Wälder verirren und sich ins Grüne legen können, schüßeln den Morgen eintrinkend. Auf die Büsche bin ich gestiegen und habe ins Weite hinausgesehen, dorthin, wo die Landstraße im Grauen verschwindet und der Lenz zu sterben anfängt ... Und hier ... hier in diesem Zimmer, beim Fenster, war es ja, als mein Weib einmal zärtlich meine Wangen küßte und mich ein so eisiger Schauer durchlief ... Die Minuten, Stunden, Tage, Jahre tölten davon, unsere Zeit war um ... Alt, Beide, das Ende, das Ende! ... So habe ich meine Liebe entheiligt, weil ich dachte, daß sie verblassen mußte ... Und nun entheiligt ich meinen Schmerz, indem ich daran denke, daß ich wieder einmal lächeln werde! ...

Wer ist jener Mann mit dem blonden Haar und den klagenden Augen? Um wen weint er? Die Ruhestätte, die er Tag für Tag aufsucht, liegt wenige Schritte von dem Grabe meiner Gattin ... Der Mann ist mir aufgefallen, weil ich ihn nicht so sehr hassen kann wie die anderen. Er ist früher da als ich und bleibt noch, wenn ich mich entferne ... Vielleicht wäre ich nicht auf ihn aufmerksam geworden, wenn ich nicht einmal seine Blicke mit einem Glanz so tiefen Mitleids auf mir ruhen gefühlt hätte, daß ich fast erbebe. Ich schaute ihn fest an; er wandte sich langsam um und schritt der Friedhofsmauer entlang ... Ich muß ihn übrigens kennen ... von früher her ... Aber woher? ... Haben wir uns auf einer Reise getroffen? ... Habe ich ihn im Theater gesehen? ... Oder nur auf der Straße? ... Er muß mein Schicksal ahnen und ein ähnliches erlebt haben wie ich; nur so erkläre ich mir jenen Blick, der mir unvergänglich bleiben wird ... Er ist schön und jung. -

Nun ... da ich wieder hier vor meinem Schreibtisch sitze und das Konterfei der Teuren, die mein Weib, mein Alles, mein Glück, meine Welt war, von welchen Blumen umrahmt, vor mir

steht ... kehrt mir die Besinnung langsam wieder. Tage, wie die letztenleben, rauben doch wahrlich jegliches klare Urteil ... Ich habe heute Großes vor ... das erste Mal wieder seit einem Monat will ich den Bücherschrank aufsperrn, will wieder versuchen zu lesen, zu sichten, zu denken ...

Nichts von alledem habe ich getan. Ich mußte wieder hin ... am späten Abend ... Einsam der Friedhof. Niemand weit und breit ... Das erstmal heute bin ich niedergesunken und habe die Erde geküßt, unter der sie ruht. Und habe dann geweint, ja, geweint ... Es war so still ... die Luft kalt und ruhig. Ich bin dann aufgestanden und durch die Gräberreihen gegangen, der Kirchhofstüre zu. Und es blieb vollkommen einsam; so scharf blickte der Mond über die Kreuze und Denkmäler, daß ich jeden hätte sehen müssen. Eine Frau sah ich auch im Weggehen, mit dem schwarzen flatternden Schleier und dem Taschentuch ... ich kenne sie schon so genau, diese Frauen. Und die breite Straße, die der Stadt zuführt, lag weiß im Lichte des Mondes da. Ich hörte immer meine Schritte; niemand kam hinter mir; lange blieb ich ganz einsam da, bis die ersten Vorstadthäuser kamen und die ersten Wirtstuben. Da gab es auf einmal wieder Menschenstimmen und Tritte und Lärm. Mir aber tat es ganz wohl, und jetzt, da ich nach meiner Abendwanderung zu Hause angelangt bin, habe ich ein seltsames, seit lange nicht gehegtes Verlangen empfunden, mein Fenster aufzumachen, wieder Menschenstimmen und Straßenlärm zu hören. Aber die Nacht ist weiterschritten, und es wird stille unten ... Auch frieren mich die Finger, während ich dieses niederschreibe, weil es kalt zu werden beginnt; und das Licht zittert trotz der unbewegten Luft ...

Ich stand da, hart an der Friedhofsmauer, und die hohe Weide verbarg mich seinen Blicken. Frühmorgens war ich gekommen - der Allererste. Im Häuschen des Totengräbers brannte sogar noch ein Licht. Bald nach mir aber erschienen andere, Frauen zumeist ... Endlich er ... Ruhig schritt er dem Platze zu, wo er gewöhnlich weilt ... Immer dieselben großen, klagenden Augen ... Und er kniete nieder ... Ich schaute hin, scharf hin ... Er kniete auf dem Grabe meiner Gattin ... Ich aber stand da, atemlos, hatte meine Finger in den Weidenästen. Das dauerte minutenlang ... Er kniete, er betete nicht ... Er weinte auch nicht ... Nun erhob er sich wieder ... wandelte, wie er's gewöhnlich zu

tun pflügt, die Wege kreuz und quer. Nach einiger Zeit kam er wieder in meine Nähe . . . Ich hatte mich dem Grabe meiner Gattin genähert und stand da, gestützt auf das Gitterwerk eines benachbarten Grabmals . . . Er schritt an mir vorüber, sah mich gelassen an . . . Ich wollte ihn anrufen, ich habe es nicht getan . . . Ich habe gesehen, wie er sich dem Ausgang des Kirchhofes näherte, und bin noch immer dagestanden . . . Ich weiß nicht, wie mir war . . . Ich weiß auch nicht, wie mir jetzt ist . . . Aber es kommt ein Tag, morgen . . . morgen schon, wo ich ihn wieder sehen, wo ich ihn fragen, wo ich alles wissen werde . . .

Weich eine Nacht ist das! Ich kann nicht schlafen! . . . Es ist kaum Mitternacht vorüber . . . Ich will doch jetzt hin . . . was soll ich hier, in meiner Wohnung tun . . . Ein paar Stunden nur, und die Tollheit ist wieder vorüber . . . Wie klar wird alles sein . . . Aber bis dahin! . . . Nun, es sind ja nur Stunden . . .

Ja, ja! Auf dem Grabe meiner Gattin! Wieder habe ich ihn dort knien gesehen; ich bin nur zehn Schritte von ihm gestanden . . . Und warum bin ich nicht gleich auf ihn gestürzt? Warum habe ich ihn nicht aufstehen, ein paar Schritte unbehindert weitergehen lassen. Wie? Habe ich das Recht nicht, ihn zu fragen, wer er ist? . . . Wen kann ich fragen als ihn? . . . Er hörte aber meine Schritte hinter den seinen, als er dem Tore zuschritt . . . Und ich irre mich nicht, er hat seinen Gang beschleunigt. Aber ich bin ihm nach . . . und das merkte er . . . Wie er aus dem Tore hinausgetreten war, entschwand er mir natürlich für zwei Augenblicke . . . Ich aber ihm nach . . . Da raste ein Wagen davon . . . der einzige rings im Umkreis . . . Ich dem Wagen nach . . . Ich konnte ihn nicht erreichen . . . Ich sah ihn noch minutenlang, denn die Straße ist lang und gerade – endlich war er aus meinen Augen . . . Und da stand ich . . . so wie ich jetzt vor diesem Blatt Papier sitze . . . dem Wahnsinn nahe . . . Wer ist dieser Mann, der es wagt, auf dem Grabe meiner Gattin zu knien? . . . Was war er ihr? . . . Wie erfahre ich's? . . . Wo finde ich ihn wieder? . . . Plötzlich verzerrt sich mir die ganze Vergangenheit . . . Bin ich denn toll? . . . Hat sie mich denn nicht geliebt? . . . Ist sie nicht hier hinter meinem Sessel hundertmal gewesen, hat ihre Lippen auf meinen Kopf gepreßt und mit den Händen meinen Hals umschlungen? . . . Waren wir nicht glücklich? . . . Wer aber ist dieser blonde, schöne, junge Mann? . . . Warum ist mir sein Gesicht

so bekannt erschienen? . . . Ist mir's jetzt nicht, als hätte ich ihn zu wiederholten Malen, wenn ich mit ihr im Theater war oder in einem Konzert, uns gegenüber gesehen, den Blick unverwandt auf sie gerichtet? War es nicht er, der einmal, als ich mit ihr spazierenfuhr, dem Wagen so lange nachgeschaut? . . . Wer war er? Wer? Wer? Ein Schwärmer vielleicht, den sie nicht einmal gekannt . . . den sie nicht einmal eines Blickes gewürdigt . . . Auch ich hätte ihn ja kennen müssen . . . Er hätte doch einmal in irgendeiner Gesellschaft sich uns zu nähern versucht . . . Nein . . . er hat mich vielleicht vermieden . . . Er hat meine Frau gekannt, ohne mich zu kennen . . . Er hat sie auf der Straße verfolgt . . . er hat es gewagt, mit ihr zu sprechen . . . Nein! Sie hätte es mir erzählt! . . . Erzählt! . . . Wenn sie ihn liebte! . . . Ach, sie liebte ja mich . . . Mich? . . . Woher weiß ich das? Weil sie mir's gesagt hat? . . . Sagen sie's nicht alle, und die Falschesten öfter als die Besten? . . . Oh, ich werde ihn finden . . . ich werde ihn finden . . . und fragen . . . Und er . . . selbst wenn er von ihr geliebt wurde, was wird er antworten? . . . Ich bin zu ihrem Grabe hinausgewandert, weil ich sie liebte . . . sie aber hat nie etwas davon erfahren . . . Kann ich denn die Wahrheit aus ihm herauszwingen? . . . Ja . . . was also soll ich tun? . . . Weiterleben? . . . So weiterleben? . . .

Seit drei Tagen habe ich ihn nicht wiedergesehen. Ich bin all die Zeit draußen gewesen, er erschien nicht mehr. Die Totengräber wissen nicht, wer er ist . . . Die nächsten Tage will ich sträufeln, sträufeln, ich muß ihn finden . . . Er ist vielleicht abgereist . . . Einmal muß er wiederkommen . . . Er muß wiederkommen? . . . Und wenn er tot ist . . .? Wenn er nicht leben kann ohne sie? . . . Oh, es wird humoristisch! Noch einer, der ohne sie nicht leben kann . . . Ich hätte nur die eine Sehnsucht, ihm zu sagen . . . Mein Verehrter! Betrübten Sie sich nicht allzu tief. Sie hat jedenfalls auch mich geliebt . . . Ja, eifertüchtig möchte ich ihn machen . . . Ihr Bild habe ich von meinem Schreibtisch heruntergeschleudert, da liegt es, mitten im Zimmer . . . Und da, mitten im Zimmer, auch ihre Briefe, die Briefe, die sie in ihren Schränken und Pulten aufbewahrt hat . . . Denn ich habe alles aufgerissen und durchstöbert . . . Was habe ich gefunden? . . . Briefe von mir, Blumen von mir, Bänder, Schleifen . . . vielleicht auch eine Blume von ihm . . . wie soll man das der Blume ansehen? . . . Was habe ich denn finden wollen? . . . Bewahrt denn

eine Frau etwas auf, was sie verraten könnte? . . . Ich habe auch in ihren Kleidern, die noch dahängen, herumgesehen . . . ein kleines Briefchen, ein Zettel, den man in die Hand drückt, ist leicht vergessen . . . Sie aber hat nichts vergessen . . .

Ich bin nicht mehr auf dem Friedhofe gewesen. Mich schaudert davor, das Grab wiederzusehen . . . Es kommen ruhigere Minuten . . . Nachdem die ersten Tage vorübergegangen sind, ohne daß ich wahnsinnig geworden, muß ich mich darzfinden, nie die Wahrheit erfahren zu können . . . Wie beneide ich jene Betrogenen, die über ihr Unglück klar geworden sind! Wie beneide ich selbst das Los derjenigen, welche ein Verdacht quält und die weiter wachen, weiter spionieren dürfen, die den glückseligen Augenblick erwarten, in dem die Ungetreue sich durch einen Blick, ein Wort verraten wird . . . Ich aber bin ein Verdammter für ewige Zeit; denn das Grab gibt keine Antwort . . . Und manchmal fahre ich des Nachts aus meinen wüsten Träumen auf, von dem Gedanken gequält, daß ich vielleicht das Andenken einer Unschuldigen entweibe . . . Wie gern möchte ich sie weiter lieben, das Weib, das mich so selig gemacht hat . . . Wie gern möchte ich sie hassen können, die Erbärmliche, die mich betrogen und beschimpft . . . Vor mir, hier auf dem Schreibtische, steht wieder ihr Bild, denn ich habe es vom Boden aufgehoben und lasse es an seinem früheren Platze stehen. Wenn ich dich anbeten dürfte, hinstürzen vor dieses Bild, wie vor das einer Heiligen und weinen! Wenn ich dich verachten dürfte, dieses Bild trittreten unter meinen Füßen! . . .

Abende, Nächte lang starre ich in diese stummen, lächelnden, rätselhaften Augen . . .

Als Albert um sechs Uhr früh erwachte, war das Bett neben ihm leer, und seine Frau war fort. Auf ihrem Nachtrisch lag ein beschriebener Zettel. Albert langte nach ihm und las folgende Worte: »Mein lieber Freund, ich bin früher aufgewacht als du. Adieu. Ich gehe fort. Ob ich zurückkommen werde, weiß ich nicht. Leb wohl. Katharina.«

Albert ließ den Zettel auf die weiße Bettdecke sinken und schüttelte den Kopf. Ob sie nun heute wiederkam oder nicht – es war ja doch ziemlich gleichgültig. Er wunderte sich weder über Inhalt, noch über Ton des Briefes. Es war nur ein wenig früher gekommen, als er erwartet. Vierzehn Tage hatte das ganze Glück gewährt. Was lag daran? Er war bereit.

Langsam erhob er sich, warf den Schlafrock um, tat ein paar Schritte zum Fenster hin und öffnete es. Die Stadt Innsbruck lag in friedlich stillem Morgenschein zu seinen Füßen, und in der Ferne ragten unruhige Felsen in das blaue Licht. Albert kreuzte die Arme über der Brust und sah ins Fyrie. Ihm war sehr weh ums Herz. Er dachte, wie doch alle Voraussicht und selbst ein vorgefaßter Entschluß ein schweres Geschick nicht leichter, sondern nur mit besserer Haltung tragen ließen. Er zögerte eine Weile. Aber was sollte er jetzt noch abwarten? War es nicht das beste, gleich ein Ende zu machen? War nicht schon die Neugier, die ihn quälte, ein Verrat an seinen Vorsätzen? Sein Los mußte sich erfüllen. Entschieden war es doch schon gewesen, als er vor zwei Jahren beim Tanze das erstmal den kühlen Hauch der geheimnisvollen Lippen seine Wange streifen fühlte.

Er erinnerte sich, wie er in jener Nacht mit seinem Freunde Vincenz nach Hause gegangen war. An alles mußte er denken, was ihm Vincenz damals erzählt hatte; und der zarte Ton früherer Warnung klang ihm wieder im Ohr. Vincenz wußte mancherlei über Katharina und ihre Familie. Der Vater war als Oberst eines Artillerie-Regimentes während des bosnischen Feldzuges in den Feindesland erhoben worden und fiel durch die Kugel eines

Innurgenten. Ihr Bruder war Kavallerie-Leutnant gewesen und hatte sein Erbeil rasch durchgebracht; später opferte die Mutter, um den Sohn vor dem Schlimmsten zu bewahren, ihr ganzes Vermögen auf; das half aber nicht für lange, und bald darauf erschloß sich der junge Offizier. Nun stellte der Baron Maaßburg, der als Bräutigam Katharinens galt, seine Besuche in dem Hause ein. Man brachte das nicht nur mit den nunmehr erklärten ärmlichen Verhältnissen der Familie in Zusammenhang, sondern auch mit einer merkwürdigen Szene, die sich während des Leichenbegängnisses zugetragen hatte. Katharina war einem ihr bis dahin ganz unbekanntem Kameraden ihres Bruders schluchzend in die Arme gefallen, als wäre er ihr Freund oder Verlobter. Ein Jahr später wurde sie von einer heftigen Schwärmerei für den berühmten Orgelspieler Banetti erfaßt. Er verließ Wien, ohne daß sie ihn jemals gesprochen hatte. Eines Morgens erzählte sie ihrer Mutter den Traum, daß Banetti zu ihnen ins Zimmer getreten, auf dem Klavier eine Fuge von Bach gespielt, dann rücklings zu Boden gestürzt und tot dazuliegen war, während sich die Decke öffnete und das Klavier in den Himmel schwebte. Am selben Tage traf die Nachricht ein, daß sich Banetti in einem kleinen lombardischen Dorf von der Kirchturmspitze in den Friedhof hinabgestürzt hatte und tot zu Füßen eines Kreuzes liegen geblieben war. Bald darauf begannen sich bei Katharinen die Anzeichen einer Gemütskrankheit zu zeigen, die sich allmählich bis zu tiefster Versunkenheit steigerte; nur der dringende Widerstand der Mutter und deren fester Glaube an die Genesung Katharinens hielt die Ärzte davon ab, das Mädchen in eine Anstalt zu bringen. Ein ganzes Jahr brachte Katharina tagsüber einsam und schweigend hin; aber nachts erhob sie sich zuweilen aus dem Bette und sang einfache Lieder wie in früherer Zeit. Allmählich, zum größten Staunen der Ärzte, erwachte Katharina aus ihrem Trübsinn. Sie schien dem Leben, ja der Freude wiedergegeben. Bald nahm sie Einladungen, zuerst nur in engeren Zirkel an; der Bekanntenkreis breitete sich wieder aus, und als Albert sie auf dem Weißen Kreuz-Ball kennen lernte, war sie ihm von einer solchen Ruhe des Gemütes erschienen, daß er den Erzählungen seines Freundes auf dem Heimweg nur zweifelnd zu folgen vermochte.

Albert von Webeling, der früher nicht sehr viel in der Welt verkehrt hatte, war durch den guten Namen seiner Familie, durch seine Stellung als Vize-Sekretär in einem Ministerium leicht in die Lage versetzt, in den Kreisen Katharinens Zutritt zu finden.

Jede Begegnung vertiefte seine Neigung für sie. Katharina trug sich immer einfach, aber ihre hohe Gestalt und ganz besonders ihre einzige, ja königliche Weise, das Haupt zu neigen, wenn sie jemandem zubörte, verlieh ihr eine Vornehmheit von ganz eigener Art. Sie sprach nicht viel, und ihre Augen pflegten oft, wenn sie in Gesellschaft war, wie in eine für die andern unzugängliche Ferne zu blicken. Die jüngeren Herren behandelte sie mit einiger Unachtsamkeit, lieber unterhielt sie sich mit reiferen Männern von Rang oder Ruf. Uad, wieder ein Jahr, nachdem Albert sie kennen gelernt hatte, verlobte sie das Gerücht mit dem Grafen Rummingshaus, der eben von einer Forschungsreise in Tibet und Turkestan heimgekehrt war. Damals wußte Albert, daß der Tag, an dem Katharina einem andern die Hand zur Ehe reichte, der letzte seines Lebens sein würde, und er, dessen Dasein bis zu seinem dreißigsten Jahr unbeirrt hingeflossen war, begriff mit einem Male alle Gefahren und allen Wahnsinn, in die heftige Leidenschaft den besonnensten Mann zu stürzen vermag. Von seiner Nichtigkeit Katharinen gegenüber war er völlig durchdrungen. Er hatte sein anständiges Auskommen und konnte als Junggeselle ein recht behagliches Leben führen, aber Reichtum hatte er von keiner Seite zu erwarten. Eine sichere, aber gewiß nicht bedeutende Laufbahn stand ihm bevor. Er kleidete sich mit großer Sorgfalt, ohne jemals wirklich elegant auszusehen, er redete nicht ohne Gewandtheit, hatte aber niemals irgend etwas Besonderes zu sagen, und er war stets gerne gesehen, ohne jemals aufzufallen. Und so fühlte er, daß ein Wesen, geheimnisvoll und gleichsam aus einer andern Welt wie Katharina, sich tief zu ihm herablassen müßte, wenn er sie gewinnen wollte, und daß sie jedenfalls von ihm verlangen dürfte, ein unverdientes Glück wer zu bezahlen. Da er sich aber zu jedem Opfer bereit wußte, schien er sich auch allmählich ihrer würdig zu werden. Eines Morgens erfuhr er, daß der Graf nach Galizien abgereist war, ohne sich erklärt zu haben; mit einer Entschlossenheit, die sonst eine Art nicht war, hielt er den rechten Augenblick für gekommen und begab sich zu Katharina.

Wie weit schien ihm nun jene Stunde zu liegen!

Er sah das Zimmer im Schottenhof vor sich, weitläufig und gewölbt, aber niedrig, mit alten, gut gehaltenen Möbeln, sah den weinroten dunkelroten Fauteuil am Fenster stehen, das offene Fano mit den aufgeschlagenen Noten, den runden Mahagonitisch, darauf das Album mit dem Perlmutterdeckel und die

Visitkartenschale aus Alt-Meißner Porzellan. Und er erinnerte sich, wie er in den geräumigen Hof hinuntergeblickt hatte, durch den eben viele Leute von der Palmsonntagmesse aus der gegenüberliegenden Schottenkirche kamen. Während die Glocken läuteten, trat Katharina mit ihrer Mutter aus dem Nebenzimmer herein und war nicht so erstaunt über seinen Besuch, als er eigentlich erwartete. Sie hörte ihm freundlich zu und nahm seinen Antrag an, kamen in größerer Bewegung, als wenn er die Einladung zu einem Ball überbracht hätte. Die Mutter, immer mit dem verbindlichen Lächeln der Schwerhörigen, saß still in der Diwan-Ecke und führte ihren kleinen schwarzen Seidenfächer manchmal ans Ohr. Während des ganzen Gesprächs in dem kühlen, sonntagsstillen Zimmer hatte Albert die Empfindung, als wäre er in eine Gegend gekommen, über die durch lange Zeit heftige Stürme gejagt hätten, und die nun eine große Sehnsucht nach Ruhe atmete. Und als er später die graue Treppe hinunterschritt, ward ihm nicht die beseligende Empfindung eines erfüllten Wunsches, sondern nur das Bewußtsein, daß er in eine wohl wundersame, aber ungewisse und dunkle Epoche seines Lebens eingetreten war. Und wie er so durch den Sonntag spazierte, von Straße zu Straße, durch Gärten und Alleen, den Frühjahrs Himmel über sich, an manchen fröhlichen und unbekümmerten Menschen vorbei, da fühlte er, daß er von nun an nicht mehr zu diesen gehörte, und daß über ihm ein Geschick anderer und besonderer Art zu walten begann.

Jeden Abend saß er nun oben in dem gewölbten Zimmer. Zuweilen sang Katharina mit einer angenehmen Stimme, aber beinahe völlig ausdruckslos, einfache, meist italienische Volkslieder, zu denen er sie auf dem Klavier begleitete. Nachher stand er oft mit ihr bis zum späten Abend am Fenster und sah in den stillen Hof hinab, wo die Bäume grünt und knospen. An schönen Nachmittagen traf er manchmal im Belvederegarten mit ihr zusammen; dort war sie meist schon lang gesessen und hatte den Kinderspielen zugesehen. Wenn sie ihn kommen sah, stand sie auf, und dann spazierten sie auf den besonnten Kieswegen auf und ab. Anfangs redete er manchmal von seiner früheren Existenz, von den Jugendjahren im Grazer Elternhaus, von der Studienzeit in Wien, von Sommerreisen, und er wunderte sich nur über die Schattenhaftigkeit, in der beim Versuch erinnernden Gestaltens ihm selbst sein bisheriges Leben erschien. Vielleicht lag es auch daran, daß Katharina allen diesen Dingen nicht das geringste In-

teresse entgegenbrachte. Seltsame Dinge ereigneten sich, die an sich ohne Bedeutung sein mochten, die aber jedenfalls ohne Erklärung blieben. So begegnete Albert eines Tages um die Mittagsstunde seiner Braut auf dem Stephansplatz in Gesellschaft eines in Trauer gekleideten, eleganten Herrn, den er früher nie gesehen hatte. Albert blieb stehen, aber Katharina grüßte kühl, und ohne sich um ihn zu kümmern, ging sie mit dem fremden Herrn weiter. Albert folgte ihr eine Weile, der Herr stieg in einen Wagen, der an einer Straßenecke auf ihn wartete, und fuhr davon. Katharina ging nach Hause. Als Albert sie abends fragte, wer jener Herr gewesen wäre, sah sie ihn befremdet an, nannte einen ihm gänzlich unbekanntem polnischen Namen und zog sich für den Rest des Abends auf ihr Zimmer zurück. Ein anderes Mal ließ sie abends lang vergeblich auf sich warten. Endlich erschien sie, als es zehn Uhr schlug, mit einem Strauß von Feldblumen in der Hand und erzählte, daß sie auf dem Lande gewesen und auf einer Wiese eingeschlafen sei. Die Blumen warf sie zum Fenster hinab. Einmal besuchte sie mit Albert das Künstlerhaus und stand lang mit ihm vor einem Bild, das eine einsame grüne Höhenlandschaft mit weißen Wolken drüber vorstellte. Ein paar Tage darauf sprach sie von dieser Gegend, als wäre sie in Wirklichkeit über diese Höhen gewandelt, und zwar als Kind in Gesellschaft ihres verstorbenen Bruders. Zuerst glaubte Albert, daß sie scherzte, allmählich aber merkte er, daß das Bild für sie in der Erinnerung gleichsam lebendig geworden war. Damals fühlte er, wie sich sein Staunen in ein schmerzliches Grauen zu verwandeln begann. Aber je unfaßlicher ihm ihr Wesen zu entgleiten schien, um so hoffnungslos dringender rief seine Sehnsucht nach ihr. Zuweilen gelang es ihm, sie von ihrer Jugend reden zu machen. Doch alles, was sie berichtete, Erzählungen wirklicher Geschehnisse und Gesandnisse ferner Träumereien, schwebte wie im gleichen matten Schimmer vorüber, so daß Albert nicht wußte, was sich ihrem Gedächtnis lebendiger eingeprägt: jener Orgelspieler, der sich vom Kirchturm herabgestürzt hatte, der junge Herzog von Modena, der einmal im Prater an ihr vorübergeritten war, oder ein Van Dyckscher Jüngling, dessen Bildnis sie als junges Mädchen in der Lichtenstein-Galerie gesehen hatte. Und so dümmerte auch jetzt ihr Wesen hin, wie nach unbekanntem oder ungewissen Zielen, und Albert ahnte, daß er nichts anderes für sie bedeutete als irgend einer, dem sie in einer Gesellschaft zu einer Runde durch den Saal den Arm gereicht hätte. Und da ihm jede Kraft

gebracht, sie aus ihrer verschwommenen Art des Daseins emporzuziehen, fühlte er endlich, wie ihn der verwirrende Hauch ihres Wesens zu betäuben und wie sich allmählich seine Weise zu denken, ja selbst zu handeln, aller durch das tägliche Leben gegebenen Notwendigkeit zu entäußern begann. Es fing damit an, daß er Einkäufe für den künftigen Hausstand machte, die seine Verhältnisse weit überstiegen. Dann schenkte er seiner Braut Schmuckgegenstände von beträchtlichem Wert. Und am Tage vor der Hochzeit kaufte er ein kleines Häuschen in einer Gartenvorstadt, das ihr auf einem Spaziergang gefallen hatte, und überbrachte ihr am selben Abend eine Schenkungsurkunde, durch die es in ihren alleinigen Besitz überging. Sie aber nahm alles mit der gleichen Freundlichkeit und Ruhe hin, wie früher den Antrag seiner Hand. Gewiß hielt sie ihn für reicher, als er war. Im Anfang hatte er natürlich daran gedacht, auch über seine Vermögensverhältnisse mit ihr zu reden. Er schob es von Tag zu Tag hinaus, da ihm die Worte versagten; aber endlich kam es dahin, daß er jede Aussprache über dergleichen Dinge für überflüssig hielt. Denn wenn sie über ihre Zukunft redete, so tat sie das nicht wie jemand, dem ein vorgezeichneter Weg ins Weite weist; vielmehr schienen ihr alle Möglichkeiten nach wie vor offen zu stehen, und nichts in ihrem Verhalten deutete auf innere oder äußere Gebundenheit. So wußte Albert eines Tages, daß ihm ein unsicheres und kurzes Glück bevorstand, daß aber auch alles, was folgen könnte, wenn Katharina ihm einmal entschwunden war, jeglicher Bedeutung für ihn entbehrte. Denn ein Dasein ohne sie war für ihn vollkommen undenkbar geworden, und es war sein fester Entschluß, einfach die Welt zu verlassen, sobald ihm Katharina verloren war. In dieser Sicherheit fand er den einzigen, aber würdigen Halt während dieser wirren und sehnsuchtsvollen Zeit.

Am Morgen, da Albert Katharina zur Trauung abholte, war sie ihm geradeso fremd, als an dem Abend, da er sie kennen gelernt hatte. Sie wurde die Seine ohne Leidenschaft und ohne Widerstreben. Sie reisten miteinander ins Gebirge. Durch sommerliche Täler fuhren sie, die sich weiteten und engten; ergingen sich an den milden Ufern heiter bewegter Seen und wandelten auf verlorenen Wegen durch den raunenden Wald. An manchen Fenstern standen sie, schauten hinab zu den stillen Straßen verzauberter Städte, sandten die Blicke weiter den Lauf geheimnisvoller Flüsse entlang, zu stummen Bergen hin, über denen blasser Wolken in Dunst zerflossen. Und sie redeten über die täglichen

Dinge des Daseins wie andre junge Paare, spazierten Arm in Arm, verweilten vor Gebäuden und Schaufenstern, berieten sich, lächelten, stießen mit weingefüllten Gläsern an, sanken Wange an Wange in den Schlaf der Glücklichen. Manchmal aber ließ sie ihn allein, in einem matthellen Gasthofzimmer, darin alle Trauer der Fremde dämmerte, auf einer steinernen Gartenbank unter Menschen, die sich des duftenden Blütentags freuten, in einem hohen Saal vor dem gedankelten Bild eines Landsknechts oder einer Madonna, und niemals wußte er in solcher Stunde, ob Katharina wiederkehren würde oder nicht. Denn unablässig und untrüglich in ihm wie der Schlag seines Herzens war das Gefühl, daß nichts sich geändert hatte seit dem ersten Tag, daß sie frei war wie je und er ihr völlig verfallen.

So kam es, daß ihr Verschwinden heute früh nach einer Hochzeitsreise von vierzehn Tagen, daß auch ihr seltsamer Brief ihn nur erschüttert hatte, ohne ihn eigentlich zu überraschen. Er hätte sie und sich zu erniedrigen geglaubt, wenn er gefürchtet hätte. Wer sie ihm genommen hatte, ob eine Laune, ob ein Traum, ob ein lebendiger Mensch, war ja völlig gleichgültig; er wußte nichts und brauchte nicht mehr zu wissen, als daß sie ihm nicht mehr gehörte. Vielleicht war es sogar gut, daß das Unvermeidliche so früh gekommen war. Sein Vermögen war durch den Kauf des Hauses auf das Geringste zusammengeschnitten, und von seinem kleinen Gehalt konnten sie beide nicht leben. Mit ihr von Einschränkungen und von den gewöhnlichen Sorgen des Alltags zu reden, wäre ihm in jedem Fall unmöglich gewesen. Einen Moment fuhr es ihm durch den Sinn, von ihr Abschied zu nehmen. Sein Blick fiel auf die Bettdecke, wo der beschriebene Zettel lag. Der flüchtige Einfall kam ihm, auf die weiße Seite ein kurzes Wort der Erklärung hinzuschreiben. Aber in der deutlichen Empfindung, daß ein solches Wort für Katharina nicht das geringste Interesse haben könnte, stand er wieder davon ab. Er öffnete die Handtasche, steckte seinen kleinen Revolver zu sich und gedachte, irgendwo hinaus vor die Stadt zu wandern, um dort mit Anstand, und ohne jemanden zu stören, seine Tat zu verüben.

Ein Sommermorgen von dunkelblauer Klarheit und vorzeitiger Schwüle lag über der Stadt. Albert ging geradeaus fort. Er war noch nicht hundert Schritte weit vom Hotel entfernt, als er Katharinens Gestalt vor sich erblickte. Sie hielt ihren grauseidnen Sonnenschirm in der Hand und ging langsam des Weges. Die

erste Regung Alberts war, in eine andere Straße abzubiegen; aber eine Macht, die heftiger war als alle seine Vorsätze und Überlegungen, drängte ihn, ihr zu folgen, um sich nun doch die Gewißheit zu verschaffen, der er vor einer Minute noch mit Gleichgültigkeit gegenüberstehen geglaubt hatte. Er bekam sogar einige Angst, daß sie sich umwenden und ihn entdecken könnte. Sie nahm den Weg dem Hofgasten zu, er hielt sich in gemessener Entfernung. Jetzt war sie bei der Hofkirche angelangt, deren Tor offen stand. Sie trat ein. Albert folgte ihr nach einigen Augenblicken. Er blieb in der Nähe des Einganges im tiefsten Schatten stehen; er sah, wie Katharina langsam durch das Mittelschiff zwischen den dunklen Bildsäulen der Helden und Königinnen hindarschritt. Pötzlich hielt sie inne. Albert entfernte sich von dem Platz, wo er bisher gewartet, und schlich in einem weiten Bogen hinter das Grabmal des Kaisers Maximilian, das gewaltig in der Mitte der Kirche ragte. Katharina stand regungslos vor der Statue des Theodorich. Die Linke auf den Degen gestützt, blickte der erzene Held wie aus ewigen Augen vor sich hin. Seine Haltung war von erhabener Müdigkeit, als sei er sich zugleich der Größe und der Zwecklosigkeit seiner Taten bewußt, und als ginge sein ganzer Stolz in Schwermut unter. Katharina stand vor der Bildsäule und starrte dem Gotenkönig ins Anlitz. Albert blieb einige Zeit in der Verborgenheit, dann wagte er sich vor. Sie hätte die Schritte hören müssen, aber sie wandte sich nicht um; wie gebannt blieb sie auf derselben Stelle. Leute kamen in die Kirche, Fremde mit roten Reisebüchern, man sprach neben ihr, hinter ihr, sie hörte nicht. Es wurde eine Weile stiller, Katharina stand wie früher, in ihrer Bewegungslosigkeit selber einer Bildsäule gleich. Eine neue Viertelstunde und wieder eine verging. Katharina rührte sich nicht.

Albert ging. Am Ausgang wandte er sich noch einmal um; da sah er, wie Katharina nahe an die Statue herangetreten war und mit ihren Lippen den erzenen Fuß berührte. Eilig entfernte sich Albert. Er lächelte. Ein Einfall kam ihm, der ihn mit einer Art von Rührung erfüllte und dessen er sich freute. Nun hatte er noch etwas für die Geliebte zu tun, bevor er dahinging. Er nahm den Weg zu einer Kunsthandlung in der Bahnhofstraße; dort fragte er, ob eine Bronzenachahmung des Theodorich in natürlicher Größe zu beschaffen sei. Ein Zufall wollte er, daß eine solche vor einem Monat fertig geworden war; der Besteller, ein Lord, war gestorben, und die Erben weigerten sich, das Kunstwerk zu

übernehmen. Albert fragte nach dem Preis. Er entsprach ungefähr dem Rest seines Vermögens. Albert gab seine Wiener Adresse an und erteilte genaue Weisung, in welcher Art ein Vertrauensmann der Firma die Aufstellung im Garten des Häuschens besorgen sollte. Dann empfahl er sich, eilte durch die Stadt, nahm den Weg durch die Vorstadt Wilten gegen Iglis zu, und im Wäldchen erschloß er sich, gerade als die Sonne Mittag zeigte.

Katharina kehrte erst einige Wochen nach diesem Vorfall nach Wien zurück. Indessen war Albert in der Graser Familiengruft beigesetzt worden. Am Abend ihrer Ankunft stand Katharina eine geraume Weile im Garten vor der Bildsäule, die unter hohen Bäumen einen schönen Platz gefunden. Dann begab sie sich in ihr Zimmer und schrieb einen längeren Brief nach Verona postlagernd an Andrea Geraldini. So hatte sich nämlich ein Herr genannt, der ihr von der Hofkirche aus gefolgt war, als sie Theodorich den Großen verlassen hatte, und von dem sie ein Kind unter dem Herzen trug. Ob das auch der richtige Name des Herrn war, erfährte sie nie; denn sie erhielt keine Antwort.

Da bin ich nun den ganzen Nachmittag in den Strahlen herumspaziert, auf die stiller weißer Schnee langsam herunterschwebte, – und bin nun zu Hause, und die Lampe brennt, und die Zigarre ist angezündet, und die Bücher liegen da, und alles ist bereit, daß ich mich so recht behaglich fühlen könnte . . . Aber es ist ganz vergeblich, und ich muß immer nur an dasselbe denken.

War sie nicht längst für mich gestorben? . . . ja, tot, oder gar, wie ich mit dem kindischen Pathos der Betrogenen dachte, schlimmer als tot? . . . Und nun, seit ich weiß, daß sie nicht »schlimmer als tot« ist, nein, einfach tot, so wie die vielen anderen, die draußen liegen, tief unter der Erde, immer, immer, wenn der Frühling da ist, und wenn der schwüle Sommer kommt, und wenn der Schnee fällt wie heute . . . so ohne jede Hoffnung des Wiederkommens – seither weiß ich, daß sie auch für mich um keinen Augenblick früher gestorben ist als für die anderen Menschen. Schmerzt? – Nein. Es ist ja doch nur der allgemeine Schauer, der uns fällt, wenn etwas ins Grab sinkt, das uns einmal gehört hat, und dessen Wesen uns noch immer ganz deutlich vor Augen steht, mit dem Leuchten des Blickes und mit dem Klang der Stimme.

Es war ja gewiß sehr traurig, als ich damals ihren Betrug entdeckte; . . . aber was war da noch alles dabei! . . . Die Wut und der plötzliche Haß und der Ekel vor dem Dasein und – ach ja gewiß! – die gekränkte Eitelkeit; – ich bin ja erat nach und nach auf den Schmerz gekommen! Und dann war ein Trost da, der zur Wohltat wurde: daß sie selbst leiden mußte. – Ich habe sie noch alle, jeden Augenblick kann ich sie wieder lesen, die Dutzende Briefe, die um Verzeihung flehten, schluchzten, jammerten! – Und ich sehe sie selbst noch vor mir, in dem dunkeln, englischen Kleide, mit dem kleinen Strohhut, wie sie an der Ecke der Straße stand, in der Abenddämmerung, wenn ich aus dem Haustor trat, . . . und mir nachschaute . . . Und auch an jenes letzte Wiedersehen denk' ich noch, wie sie vor mir stand mit den großen, stas-

nenden Augen in dem runden Kindergesicht, das nun so blaß und verhärtet war . . . Ich habe ihr nicht die Hand gegeben, als sie ging; – als sie zum letzten Male ging. – Und vom Fenster aus hab' ich sie noch bis zur Straßenecke gehen sehen, und da ist sie verschwunden – – für immer. Jetzt kann sie nicht wiederkommen . . .

Daß ich es überhaupt weiß, ist ein Zufall. Es hätte auch noch Wochen, Monate dauern können. Ich begegnete vormittags ihrem Onkel, den ich wohl ein Jahr lang nicht gesehen hatte, und der sich nur selten in Wien aufhält. Nur ein paarmal hatte ich ihn früher gesprochen. Zuerst, vor drei Jahren, an einem »Kegelabends«, zu welchem auch sie mit ihrer Mutter hingekommen war. – Und dann im Sommer drauf: da war ich mit ein paar Freunden im Prater, in der »Casarda«. Und an dem Tisch neben uns saß der Onkel mit zwei oder drei Herren, sehr gemütlich, beinahe fiedel, und trank mir zu. Und bevor er den Garten verließ, blieb er noch bei mir stehen, und, wie ein großes Geheimnis, teilte er mir mit, daß seine Nichte für mich schwärme! – Und mir kam das so im Halbdusel eigentümlich und lustig und beinahe abenteuerlich vor, daß der alte Mann mir das hier erzählte, unter den Klängen des Cymbals und der hellen Geigen, – mir, der ich das so gut wußte, und dem noch der Duft ihres letzten Kusses auf den Lippen lag . . . Und nun, heute vormittag! Fast wär ich an ihm vorbeigegangen. Ich fragte ihn nach seiner Nichte, mehr aus Höflichkeit als aus Interesse . . . Ich wußte ja nichts mehr von ihr; auch die Briefe waren schon längst nicht mehr gekommen; nur Blumen schickte sie regelmäßig, Erinnerungen an einen unserer seligsten Tage; einmal jeden Monat kamen sie; kein Wort dazu, schweigende, demütige Blumen . . . – Und wie ich den Alten fragte, war er ganz erstaunt. Sie wissen nicht, daß das arme Kind vor einer Woche gestorben ist? Ich erschrak heftig. – Er erzählte mir dann noch mehr. Daß sie lange gekränkelt habe, daß sie aber kaum acht Tage zu Bett gelegen sei . . . Und was ihr gefehlt habe? . . . »Gemütskrankheit . . . Blutarmut . . . Die Ärzte wissen ja nie was Rechtes.« –

Ich bin noch lange auf der Stelle stehen geblieben, wo mich der alte Mann verlassen hatte; – ich war abgespannt, als lägen große Mühlen hinter mir. – Und jetzt ist mir, als müßte ich den heutigen Tag als einen betrachten, der einen Abschnitt meines Lebens bedeutete. Warum? – Warum? Mir ist nur etwas Außerliches begegnet. Ich habe nichts mehr für sie empfunden, ich habe kaum

noch ihrer gedacht. Und daß ich alles dies niederschrieb, hat mir wohlgetan: ich bin ruhiger geworden . . . Ich beginne die Behaglichkeit meines Heims zu empfinden. – Es ist überflüssig und selbstquälerisch, weiter darüber zu denken . . . Es wird schon irgendwen geben, der tieferen Grund hat, heute zu trauern, als ich.

Ich habe einen Spaziergang gemacht. Heiterer Wintertag. Der Himmel so blaß, so kalt, so weit . . . Und ich bin sehr ruhig. Der alte Mann, den ich gestern traf, . . . mir ist, als wenn es vor vielen Wochen gewesen wäre. – Und wenn ich an sie denke, kann ich sie mir in eigentümlich scharfen, fertigen Umrissen vorstellen; und nur eins fehlt: der Zorn, der sich noch bis in die letzte Zeit meiner Erinnerung beigesellte. Eine wirkliche Vorstellung davon, daß sie nicht mehr auf der Welt ist, daß sie in einem Sarg liegt, daß man sie begraben hat, habe ich eigentlich nicht . . . Es ist gar kein Weh in mir. Die Welt kam mir heute stiller vor. Ich habe in irgend einem Augenblick gewußt, daß es überhaupt weder Freuden noch Schmerzen gibt; – nein, es gibt nur Grimassen der Lust und der Trauer; wir lachen und weinen und laden unsere Seele dazu ein. Ich könnte mich nun hinsetzen und sehr tiefe, ernste Bücher lesen, und dränge bald in all ihre Weisheit ein. Oder ich könnte vor alte Bilder treten, die mir früher nichts gesagt, und jetzt ginge mir ihre dunkle Schönheit auf . . . Und wenn ich mancher lieben Menschen denke, die mir gestorben sind, so krampf ich das Herz nicht wie sonst – der Tod ist etwas Freundliches geworden; er geht unter uns herum und will uns nichts Böses tun.

Schnee, hoher, weißer Schnee auf allen Straßen. Da ist das kleine Gretel zu mir gekommen und hat gefunden, wir müssen endlich einmal eine Schlittenpartie machen. Und da waren wir nun auf dem Land und sind auf glatten, hellen Wegen mit Schellengeklänge hingerauscht, den blaßgrauen Himmel über uns, rasch, rasch dahin, zwischen weißen, glänzenden Hügeln. Und Gretel lehnte mir an der Schulter; sah mit vergnügten Augen auf die lange Straße vor uns. Wir kamen in ein Wirtshaus, das wir gut vom Sommer her kannten, aus der Zeit, da es mitten im Grünen lag, und das nun so verändert aussah, so einsam, so ohne Zusammenhang mit der übrigen Welt, als müßte man's erst von neuem entdecken. Und der geheizte Ofen in der Wirtstube glühte, daß wir den Tisch weit weg rücken mußten; weil die linke Wange

und das Ohr der kleinen Gretel ganz rot geworden waren. Da mußte ich ihr die blassere Wange küssen. Dann die Rückfahrt, schon im halben Dunkel. Wie sich Gretel ganz nahe an mich schmiegte und meine beiden Hände in die ihren nahm. – Dann sagte sie: Heut hab ich dich endlich wieder. Sie hatte so ohne alles Grübeln das rechte Wort gefunden, was mich ganz froh machte. Vielleicht auch hat die herbe Schneefluft auf dem Lande meine Sinne wieder freier gemacht, denn freier und leichter fühle ich mich, als alle die letzten Tage. –

Neulich wieder einmal, während ich nachmittags auf dem Divan im Halbschlummer lag, beschlich mich ein sonderbarer Gedanke. Ich kam mir kalt und hart vor. Wie einer, der ohne Tränen, ja ohne jede Fähigkeit des Fühlens an einem Grabe steht, in das man ein geliebtes Wesen gesenkt hat. Wie einer, der so hart geworden ist, daß ihn nicht einmal die Schauer eines jungen Todes verübten . . . Ja, unverständlich, das war es . . .

Vorbei, ganz vorbei. Das Leben, das Vergnügen und das bischen Liebe jagt all das dumme Zeug davon. Ich bin wieder mehr unter Menschen. Ich liebe sie gern, sie sind harmlos, sie plaudern von allen möglichen heiteren Dingen. Und Gretel ist ein liebes, zärtliches Geschöpf, und am schönsten ist sie, wenn sie so bei mir in der Fensternische steht, nachmittags, und auf ihrem blonden Kopf die Sonnenstrahlen glitzern.

Etwas Seltsames ist heute geschehen . . . Es ist der Tag, an welchem sie mir allmonatlich die Blumen schickte . . . Und die Blumen sind wieder gekommen, als . . . als hätte sich nichts verändert. – Sie kamen frühmorgens mit der Post in einem weißen, langen, schmalen Karton. Es war noch ganz früh; noch lag mir der Schlaf über Stirn und Augen. Und erst wie ich daran war, den Karton zu öffnen, kam mir die volle Besinnung . . . Da bin ich beinahe erschrocken . . . Und da lagen, zierlich durch einen Goldfaden zusammengehalten, Nelken und Veilchen . . . Wie in einem Sarge lagen sie da. Und wie ich die Blumen in die Hand nahm, ging mir ein Schauer durchs Herz. – Ich weiß, wieso sie auch heute noch gekommen sind. Als sie ihre Krankheit nahen, als sie vielleicht schon eine Ahnung des nahen Todes fühlte, hat sie noch den gewohnten Auftrag in der Blumenhandlung gegeben. Ich sollte ihre Zärtlichkeit nicht vermissen. – Gewiß, so ist die

dann, und ich muß zurück, muß nach ihnen sehen. Und da find ich sie dann in demselben grünen Glas, wie ich sie verlassen, müd' und traurig. Gestern Abend hab' ich vor ihnen geweint, wie man auf einem Grabe weint, und habe gar nicht an die gedacht, von der sie eigentlich kommen. – Vielleicht irre ich mich! aber mir ist, als fühle auch Gretel die Anwesenheit von irgend etwas Seltsamem in meinem Zimmer. Sie lacht nicht mehr, wenn sie bei mir ist. Sie spricht nicht so laut, nicht mit dieser frischen, lebhaften Stimme, die ich gewohnt war. Ich empfinde sie freilich nicht mehr wie früher. Auch quält mich eine stete Angst, daß sie mich doch einmal fragen könnte; und ich weiß, daß mir jede Frage unerträglich wäre.

Oft nimmt sie ihre Handarbeit mit zu mir, und wenn ich noch über den Büchern bin, sitzt sie still am Tisch, häkelt oder stickt, wartet geduldig, bis ich die Bücher weglege und aufstehe und zu ihr trete, ihr die Arbeit aus der Hand zu nehmen. Dann entferne ich den grünen Schirm von der Lampe, bei der sie gesessen, und durchs ganze Zimmer fließt das freundliche, milde Licht. Ich habe es nicht gern, wenn die Ecken im Dunkeln sind.

Frühling! – Weit offen steht mein Fenster. Am späten Abend hab' ich mit Gretel auf die dunkle Straße hinausgeschaut. Die Luft um uns war weich und warm. Und wie ich zur Straßenecke hinsah, wo die Laterne ist, die ein schwaches Licht verbreitet, stand plötzlich ein Schatten dort. Ich sah ihn und sah ihn nicht . . . Ich weiß, daß ich ihn nicht sah . . . Ich schloß die Augen. Und durch die geschlossenen Lider konnte ich plötzlich sehen, und da stand das eide Geschöpf, im schwachen Licht der Laterne, und ich sah das Gesicht unheimlich deutlich, als wenn es von einer gelben Sonne beleuchtet würde, und sah in dem verhärmten, blassen Gesicht die großen, verwunderten Augen . . . Da ging ich langsam vom Fenster weg und setzte mich zum Schreibtisch; auf dem flackerte das Kerzenlicht im Windhauch, der von draußen kam. Und ich blieb regungslos sitzen; denn ich wußte, daß das arme Geschöpf an der Straßenecke stand und wartete; und wenn ich gewagt hätte, die toten Blumen anzufassen, so härt' ich sie zu dem Glas genommen und sie ihr gebracht . . . So dacht' ich, dacht' es ganz fest, und wußte zugleich, daß es unsinnig war. Gretel verließ nun auch das Fenster und blieb einen Augenblick hinter meinem Sessel stehen und berührte mit ihren Lippen mein Haar. Dann ging sie, ließ mich allein . . .

Ich starrte die Blumen an. Es sind gar keine mehr, es sind fast nur mehr nackte Stengel, dürr und erbärmlich . . . Sie machen mich krank und rasend. – Und es muß wohl zu begreifen sein; sonst hätte Gretel mich doch einmal gefragt; aber sie fühlt es ja auch – sie flieht zuweilen, als wenn Gespenster in meinem Zimmer wären. –

Getpenster! – Sie sind, sie sind! – Tote Dinge spielen das Leben. Und wenn welkende Blumen nach Moder riechen, so ist es nur Erinnerung an die Zeit, wo sie blühten und dufteten. Und Gestorbene kommen wieder, so lang wir sie nicht vergessen. – Was hilft's, daß sie nicht mehr sprechen kann; – ich kann sie ja noch hören! Sie erscheint nicht mehr, aber ich kann sie noch sehen! – Und der Frühling draußen, und die Sonne, die hell über meinen Teppich fließt, und der Hauch von frischem Flieder, der vom nahen Parke hereinkommt, und die Menschen, die unten vorbeigehen, und die mich nichts kümmern, gerade das ist das Lebendige! Ich kann die Vorhänge herablassen, und die Sonne ist tot. Ich will von all diesen Menschen nichts mehr wissen, und sie sind tot. Ich schließe das Fenster, kein Fliederduft mehr weht um mich, und der Frühling ist tot. Ich bin mächtiger als die Sonne und die Menschen und der Frühling. Aber mächtiger als ich ist die Erinnerung, die kommt, wann sie will, und vor der es kein Fliehen gibt. Und diese dürrn Stengel im Glas sind mächtiger als aller Fliederduft und Frühling.

Über diesen Blättern bin ich gesessen, als Gretel hereintrat. Noch nie war sie so früh am Tag gekommen; selten vor Eintritt der Dämmerung. Ich war erstaunt, fast betroffen. Ein paar Sekunden blieb sie in der Tür stehen; und ich schaute sie an, ohne sie zu begrüßen. Da lächelte sie und trat näher. Sie trug einen Strauß frischer Blumen in der Hand. Dann ist sie, ohne ein Wort zu reden, bis zu meinem Schreibtisch gekommen und hat die Blumen vor mich hingelegt. Und in der nächsten Sekunde greift sie nach den verwelkten im grünen Glas. Mir war, als grüße man mir ins Herz; – aber ich konnte nichts sagen . . . Und wie ich aufstehen will, das Mädchen beim Arm packen, schaut sie mich lachend an. Und hält den Arm mit den welken Blumen hoch, eilt hinter dem Schreibtisch zum Fenster, und wirft sie einfach hinunter auf die Straße. Mir ist, als müßt' ich ihnen nach; aber da steht das Mädchen, an die Brüstung gelehnt, das Gesicht mir zugewandt. Und über

ihren blonden Kopf fließt die Sonne, die warme, die lebendige . . .
Und reicher Fliederduft kommt von drüben. Und ich sehe auf das
leere grüne Glas, das auf dem Schreibtisch steht; ich weiß nicht,
wie mir ist; freier glaub ich, – viel freier als früher. Da kommt
Gretel herzu, nimmt ihren kleinen Strauß und hält ihn mir vor's
Gesicht; kühlen weißen Fluder . . . Ein so gesunder frischer
Duft; – so weich, so kühl; ich wollte mein Gesicht ganz darin
vergraben. – Lachende, weiße, küssende Blumen – und ich fühlte,
daß der Spuk vorbei war. – Gretel stand hinter mir und fuhr mir
mit ihren wilden Händen ins Haar. Du lieber Narr, sagte sie. –
Wußte sie, was sie getan? . . . Ich nahm ihre Hände und küßte sie.
– Und abends sind wir ins Freie hinaus, in den Frühling. Eben
bin ich mit ihr zurückgekommen. Die Kerze habe ich angezündet;
wir sind viel gegangen, und Gretel ist so müde geworden,
daß sie auf dem Lehnstuhle neben dem Ofen eingeschlummert
ist. Sie ist sehr schön, wie sie da im Schlummer lächelt.

Vor mir im schlanken grünen Glas steht der Flieder. – Unten
auf der Straße – nein, nein, sie liegen längst nicht mehr da unten.
Schon hat sie der Wind mit dem andern Staub verweht.

Eine Stunde wartete er schon. Das Herz klopfte ihm, und zuweilen war ihm, als hätte er vergessen zu atmen; dann zog er die Luft in tiefen Zügen ein, aber es wurde ihm nicht wohler. Er hätte eigentlich schon daran gewöhnt sein können, es war ja immer dasselbe; immer mußte er warten, eine Stunde, zwei, drei, und wie oft vergebens. Und er konnte es ihr nicht einmal zum Vorwurf machen, denn wenn ihr Mann länger zu Hause blieb, wagte sie sich nicht fort; und erst wenn der weggegangen war, kam sie hereingestürzt, ganz verzweifelt, ihm rasch einen Kuß auf die Lippen drückend, und gleich wieder davon, die Treppen hinunterfliegend, und ließ ihn wieder allein. Dann, wenn sie fort war, pflegte er sich auf den Divan zu legen, ganz matt von der Aufregung dieser entsetzlichen Wartestunden, die ihn unfähig zu aller Arbeit machten, die ihn langsam ruinierten. Das ging nun schon ein viertel Jahr lang so, seit dem Ende des Frühlings. Jeden Nachmittag von drei Uhr an war er in seinem Zimmer bei heruntergelassenen Rouleaus und konnte nichts beginnen; hatte nicht die Geduld, ein Buch, kaum, eine Zeitung zu lesen, war nicht imstande, einen Brief zu schreiben, tat nichts als Zigaretten rauchen, eine nach der andern, daß das Zimmer ganz im blaugrauen Dunste dalag. Die Tür zum Vorzimmer stand immer offen; und er war ganz allein zu Hause, denn sein Diener durfte nicht da sein, wenn sie kommen sollte; und wenn dann plötzlich die Klingel schrillte, fuhr er immer erschreckt zusammen. Aber wenn nur sie es war, wenn sie es nur endlich wirklich war, da war es ja schon gut! Da war ihm, als löste sich ein Bann, als wäre er wieder ein Mensch geworden, und er weinte manchmal vor lauter Glück, daß sie nur endlich einmal da war, und daß er nicht mehr warten mußte. Dann zog er sie rasch in sein Zimmer, die Tür wurde geschlossen, und sie waren sehr selig.

Es war verabredet, daß er täglich bis punkt sieben zu Hause zu bleiben hatte; denn nachher *darfte* sie gar nicht mehr kommen – er hatte ihr ausdrücklich gesagt, daß er um sieben immer weggehen

würde, weil ihn das Warten so nervös machte. Und doch blieb er immer länger zu Hause, und erst um acht pflegte er auf die Straße hinunterzugehen. – Dann dachte er schauernd an die verflissenen Stunden und erinnerte sich mit Wehmut des vorigen Sommers, da er seine ganze Zeit für sich gehabt, an schönen Nachmittagen oft aufs Land gefahren, im August schon ins Seebad gereist, und gesund und glücklich gewesen war; – und er sehnte sich nach Freiheit, nach Reisen, nach der Ferne, nach dem Alleinsein, aber er konnte nicht weg von ihr; denn er betete sie an.

Heute schien ihm der ärgste von allen Tagen. Gestern war sie gar nicht gekommen, und er hatte auch keinerlei Nachricht von ihr erhalten. – Es war bald sieben; aber er wurde heute nicht ruhiger. Er wußte nicht, was er beginnen sollte. Das Entsetzliche war, daß er keinen Weg zu ihr hatte. Er konnte nichts anderes tun, als vor ihr Haus gehen und ein paarmal vor den Fenstern auf und ab spazieren; aber er durfte nicht zu ihr, durfte niemand zu ihr schicken, konnte sich bei niemandem nach ihr erkundigen. Denn kein Mensch ahnte nar, daß sie einander kannten. Sie lebten in einer ruhelosen, angstvollen und glühenden Zärtlichkeit hin und hätten gefürchtet, sich vor anderen jeden Augenblick zu verraten. Er fand es wohl schön, daß ihr Verhältnis in tiefster Verborgenheit fort dauerte; aber solche Tage, wie der heutige, waren um so qualvoller.

Es war acht Uhr geworden – sie war nicht gekommen. Die letzte Stunde war er ununterbrochen an der Türe gestanden und hatte durchs Guckfensterschen auf den Gang hinausgeschaut. Eben waren die Gasflammen auf der Stiege angezündet worden. Jetzt ging er in sein Zimmer zurück, und todmüde warf er sich auf den Divan. Es war ganz dunkel im Zimmer, er schlummerte ein. Nach einer halben Stunde erhob er sich und entschloß sich, fortzugehen. Er hatte Kopfschmerzen, und die Beine taten ihm weh, als wäre er stundenlang herumgelaufen.

Er nahm den Weg zu ihrem Hause. Es war ihm wie eine Beruhigung, als er die Rouleaus in allen Fenstern heruntergelassen sah. Durch die des Speisezimmers und die des Schlafzimmers schimmerte ein Lichtschein. – Er spazierte ein halbe Stunde auf dem gegenüberliegenden Trottoir hin und her, immer den Blick auf die Fenster geheftet. Die Straße war wenig belebt. Erst als sich einige Stubenmädchen und die Hausmeisterin vor dem Tore zeigten, entfernte er sich, um nicht aufzufallen. In dieser Nacht schlief er fest und gut.

Am nächsten Vormittag blieb er lange im Bette liegen; er hatte einen Zettel ins Vorzimmer gelegt, man dürfe ihn nicht wecken. Um zehn Uhr klingelte er. Der Diener brachte ihm das Frühstück; auf der Untertasse lag die eingelaufene Post; von ihr war kein Brief da. Aber er sagte sich gleich, daß sie nun um so sicherer selber am Nachmittag bei ihm sein werde, und so verbrachte er die Zeit bis drei Uhr ziemlich ruhig.

Punkt drei, aber auch nicht eine Minute früher, kam er vom Mittagessen nach Hause. Er setzte sich auf einen Sessel im Vorzimmer, um nicht immer hin- und herlaufen zu müssen, wenn er ein Geräusch im Stiegenhaus vernahm. Aber er war ganz froh, wenn er nur überhaupt Schritte in der Flur unten hörte; es war doch immer wieder eine neue Hoffnung. Doch jede war vergebens. Es wurde vier – fünf – sechs – sieben – sie kam nicht. Dann lief er in seinem Zimmer hin und her und stöhnte leise, und als ihm schwindlig wurde, warf er sich aufs Bett. Er war völlig zweifelt; das war nicht mehr zu ertragen – das beste: fort, fort – dieses Glück war doch zu teuer bezahlt! . . . Oder er mußte wieder eine Änderung treffen – z. B. nur eine Stunde warten – oder zwei – aber so konnte das nicht weiter gehen, da mußte alles in ihm zu Grunde gerichtet werden, die Arbeitskraft, die Gesundheit, schließlich auch die Liebe. Er merkte, daß er an sie überhaupt gar nicht mehr dachte; seine Gedanken wirbelten wie in einem wüsten Traum. Er sprang vom Bett herunter. Er riß das Fenster auf, sah auf die Straße hinab, in die Dämmerung . . . Ah . . . da . . . dort an der Ecke . . . in jeder Frau glaubte er sie zu erkennen. Er entfernte sich wieder vom Fenster; sie durfte ja nicht mehr kommen; die Zeit war ja überschritten. Und plötzlich kam es ihm unerhört albern vor, daß er nur diese wenigen Stunden zum Warten bestimmt hatte. Vielleicht hätte sie gerade jetzt Gelegenheit gehabt . . . vielleicht wäre es ihr heute vormittags möglich gewesen, zu ihm zu kommen – und schon hatte er auf den Lippen, was er nächstens sagen wollte, und flüsterte es vor sich hin: »Den ganzen Tag werde ich von jetzt an zu Hause sein und dich erwarten; von früh bis in die Nacht.« Aber wie er es ausgesprochen, begann er selbst zu lachen, und dann flüsterte er vor sich hin: »Aber ich werde ja toll, toll, toll!« – Wieder stürzte er zu ihrem Hause. – Es war alles wie gestern. Lichter schimmerten durch die geschlossenen Rouleaus. Wieder spazierte er eine halbe Stunde auf dem gegenüberliegenden Trottoir hin und her – wieder entfernte er sich, als die Hausmeisterin und

einige Dienstmädchen aus dem Tore traten. Es kam ihm heute vor, als sähen ihn die an, und er war überzeugt, daß sie sich über ihn unterhielten und sagten: Das ist derselbe Herr, der gestern hier um dieselbe Zeit auf und ab gegangen ist. Er spazierte in nahen Gassen umher, aber als es von den Türmen zehn Uhr schlug und die Tore geschlossen wurden, kam er wieder und starrte zu den Fenstern hinauf. Nur durch das letzte, wo das Schlafzimmer lag, schimmerte ein Lichtstrahl. Er sah hin wie gebannt. – Nun stand er hilflos da und konnte nichts tun und nicht fragen. – Ihn schauerte vor den Stunden, die ihm bevorstanden. Eine Nacht, ein Morgen, ein Tag bis drei Uhr. – Ja, bis drei – und dann . . . wenn sie wieder nicht käme? . . . Ein leerer Wagen fuhr vorbei, er winkte dem Kutscher und ließ sich in den nächtlichen Straßen langsam hin- und herfahren . . . Er erinnerte sich des letzten Zusammenseins mit ihr . . . nein, nein, sie hatte nie aufgehört, ihn zu lieben – nein, das gewiß nicht! – Oder sollte man bei ihr zu Hause einen Verdacht gefaßt haben? . . . Nein, das war ja nicht möglich . . . es war bisher auch nicht eine Spur davon aufgetaucht – und sie war ja so vorsichtig. – Es konnte also nur einen Grund geben: sie war leidend und lag zu Bette. Und deswegen konnte sie auch keine Nachricht an ihn gelangen lassen . . . Und morgen würde sie aufstehen und vor allem anderen ein paar Zeilen an ihn senden, ihn zu beruhigen. . . Ja, wenn sie aber erst in zwei Tagen oder noch später das Bett verlassen konnte . . . wenn sie ernstlich krank . . . um Himmels willen . . . wenn sie schwer krank wäre . . . Nein, nein, nein . . . warum denn gleich schwer krank! . . .

Pötzlich kam ihm ein Gedanke, der ihm ein erlösender erschien. Da sie ganz sicher krank war, konnte er ja morgen zu ihr hinaufschicken und nach ihrem Befinden fragen lassen. Der Bote brauchte ja selbst nicht zu wissen, von wem er den Auftrag hatte – er konnte den Namen schlecht verstanden haben . . . Ja, ja, so sollte es geschehen! – Er war ganz glücklich, daß ihm dieser Einfall gekommen war.

So verstrich ihm die Nacht und der nächste Tag, obwohl er keine Nachricht erhielt, ruhiger, und selbst den Nachmittag verbrachte er unter geringerer Aufregung als sonst; – er wußte ja, daß schon am Abend, heute noch, die Ungewißheit zu Ende sein würde. Er schaute sich nach ihr zärtlicher und besser als in den letzten Tagen.

Um acht Uhr abends verließ er sein Haus. An einer etwas ent-

ferneren Straßenecke nahm er einen Dienstmann auf, der ihn nicht kannte. Er winkte ihm, mitzugehen. Nicht weit von ihrer Wohnung blieb er mit ihm stehen. Er entließ ihn mit einem eindringlichen und genauen Auftrag.

Er sah beim Schein der Straßenlaterne auf die Uhr und begann hin und her zu gehen. Aber gleich fiel ihm ein: wenn der Gatte doch einen Verdacht erfaßt hätte, den Dienstmann ins Verhör nähme, sich von ihm hierher führen ließe? Rasch folgte er dem Boten; dann mäßigte er den Schritt und blieb in einiger Entfernung hinter ihm. Endlich sah er ihn in dem Hause verschwinden. Albert stand sehr weit, er mußte seinen Blick anstrengen, um das Tor nicht aus den Augen zu verlieren . . . Schon nach drei Minuten sah er den Mann wieder heraustreten . . . Er wartete nur ein paar Sekunden, um zu sehen, ob dem Mann irgendwer nachspürte; es kam niemand. Jetzt eilte er ihm nach. – »Nun«, fragte er . . . »was gibts?« – »Der gnädige Herr läßt sich schön empfehlen«, antwortete der Mann, »und der gnädigen Frau geht es noch nicht besser, sie wird erst in ein paar Tagen aufstehen können.«

»Mit wem haben Sie gesprochen?«

»Mit einem Dienstmädel; sie ist ins Zimmer gegangen und ist gleich wieder heraus, ich glaub, es war grad der Herr Doktor da . . .«

»Was hat sie gesagt?« Er ließ sich die Botschaft noch ein paar mal wiederholen und sah endlich ein, daß er kaum mehr wußte als vorher. Sie mußte ernstlich krank sein; man erkundigte sich offenbar von vielen Seiten – dadurch war auch sein Bote nicht aufgefallen . . . Aber um so mehr konnte er wagen. – Er bestellte den Mann für morgen auf dieselbe Stunde .-

Erst in ein paar Tagen würde sie aufstehen – und mehr wußte er nicht . . . Und ob sie an ihn dachte, ob sie sich nur vorstellen konnte, was er um sie litt – er wußte nichts. –

Ob sie vielleicht erraten, daß er es gewesen, von dem diese letzte Erkundigung gekommen war? . . . Der gnädige Herr läßt sich empfehlen; nicht sie, er; ihr durfte man es vielleicht gar nicht sagen . . . Ja, und was fehlte ihr? Die Namen von hundert Krankheiten gingen ihm gleichzeitig durch den Kopf. – Nun, in ein paar Tagen würde sie aufstehen, – es konnte also nichts Ernstes sein . . . Aber das sagte man ja immer, auch wie sein eigener Vater auf den Tod krank gelegen war, hatte man das immer den Leuten gesagt . . . Er merkte, daß er zu laufen begonnen, da er wieder in

eine belebtere Gasse gekommen war, wo ihn die vielen Passanten hinderten. Er wußte, daß die Zeit bis zum morgigen Abend ihm wie eine Ewigkeit erscheinen würde.

Die Stunden gingen hin, und er wunderte sich selbst in manchen Momenten, daß er an eine ernste Krankheit der Geliebten gar nicht glauben konnte. Dann erschien es ihm gleich wieder wie eine Sünde, daß er so ruhig war . . . Und nachmittags – wie lange war das schon nicht geschehen! – las er ganze Stunden lang in einem Buche, als gäbe es nichts zu fürchten und nichts zu wünschen. –

Der Dienstmann stand schon an der Ecke, als Albert sich am Abend dort einfand. – Heute bekam der Mann außer der gestrigen Weisung noch den Auftrag, mit dem Stubenmädchen womöglich ein Gespräch zu beginnen und in Erfahrung zu bringen, was der gnädigen Frau eigentlich fehlte. – Es dauerte länger als gestern, ehe der Mann sich wieder zeigen wollte, und Albert begann unruhig zu werden. Fast eine viertel Stunde verging, bis er den Mann aus dem Hause treten sah; Albert lief ihm entgegen. –

»Der gnädigen Frau soll es sehr schlecht gehen . . .«

»Was?« schrie Albert.

»Der gnädigen Frau soll es sehr schlecht gehen«, wiederholte der Mann.

»Wen haben Sie gesprochen? Was hat man Ihnen gesagt? . . .«

»Das Stubenmädchen hat mir gesagt, daß es sehr gefährlich ist . . . Heut waren schon drei Doktoren da, und der gnädige Herr soll ganz desparat sein.«

»Weiter . . . weiter . . . was fehlt ihr? haben Sie nicht gefragt? Ich hab Ihnen ja –«

»Freilich! . . . Ein Kopftypus soll's sein, und die gnädige Frau weiß gar nichts mehr von sich seit zwei Tagen.«

Albert blieb stehen und schaute den Mann wie abwesend an . . . Dann fragte er:

»Sonst wissen Sie nichts?«

Der Mann fing seine Geschichte von vorne zu erzählen an, und Albert hörte zu, als brächte ihm jedes Wort etwas Neues. Dann bezahlte er ihn und ging geradeswegs wieder in die Straße zurück vor das Haus der Geliebten. Ja, nun konnte er freilich unbehelligt dastehen; – wer kümmerte sich droben um ihn? Und er starrte hinaus zu dem Schlafzimmer und wollte mit seinem Blicke durch die Glasscheiben und Vorhänge hindurchdringen. Das Krankenzimmer – ja! – es war so selbstverständlich, daß da hinter diesen

stillen Fenstern ein Schwerkranker liegen mußte! – wie hatte er es nur nicht gleich am ersten Abende gewußt? Heute sah er ein, daß es gar nicht anders sein konnte. – Ein Wagen fuhr vor; Albert stürzte hinüber, er sah einen Herrn aussteigen, der nur der Arzt sein konnte, und im Tor verschwinden. Albert blieb ganz nahe stehen, um das Herunterkommen des Arztes abzuwarten in der unbestimmten Hoffnung, von dessen Zügen etwas ablesen zu können . . . Er stand einige Minuten ganz unbeweglich, und dann begann der Erdboden mit ihm langsam auf und nieder zu gehen. Da merkte er, daß ihm die Augen zugefallen waren; und wie er sie öffnete, war ihm, als hätte er schon Stunden lang da geträumt und wachte nun erfrischt auf. Daß sie schwer krank war, konnte er glauben, aber gefährlich, nein . . . So jung, so schön und so geliebt . . . Und plötzlich schoß ihm wieder das Wort: »Kopftypus« durch den Sinn . . . Er wußte nicht recht, was das eigentlich war. Er erinnerte sich, es zuweilen im Verzeichnis der Verstorbenen als Todesursache gelesen zu haben. – Er stellte sich jetzt ihren Namen gedruckt vor, dazu ihr Alter, und dazu »gestorben am 20. August an Kopftypus« . . . Das war unmöglich, vollkommen unmöglich . . . jetzt, da er sich vorgestellt hatte, war es schon ganz unmöglich; . . . das wäre zu seltsam, daß er das in ein paar Tagen wirklich gedruckt lesen sollte . . . Er glaubte geradezu, das Schicksal überlistet zu haben. – Der Doktor trat aus dem Haustor. Albert hatte fast an ihn vergessen – nun stockte ihm der Atem. Die Züge des Arztes waren ganz leidenschaftslos und ernst. Er rief dem Kutscher eine Adresse zu, dann stieg er ein und der Wagen fuhr mit ihm davon. – Warum habe ich ihn denn nicht gefragt, dachte Albert . . . dann war er aber wieder froh, daß er es nicht getan. Am Ende hätte er sehr Schlimmes gehört. So konnte er weiter hoffen . . . Er entfernte sich langsam vom Haustor und nahm sich vor, nicht früher als in einer Stunde wieder da zu sein . . . Und plötzlich mußte er sich vorstellen, wie sie das erste Mal nach ihrer Genesung zu ihm kommen würde . . . Es war ein so deutliches Bild, daß er ganz erstaunt war. Er wußte sogar, daß an diesem Tage ein feiner, grauer Regen herunterrieseln würde. Und sie hat einen Mantel um, der ihr schon im Vorzimmer von der Schulter fällt, und stürzt in seine Arme und kann nur weinen und weinen. Da hast du mich wieder . . . flüstert sie endlich . . . da bin ich! Plötzlich schrak Albert zusammen . . . Er wußte, daß das nie, niemals sein würde . . . Jetzt hatte das Schicksal ihn überlistet! . . . Nie wieder würde sie

zu ihm kommen – vor fünf Tagen war sie das letzte Mal bei ihm gewesen, und er hatte sie auf immer gehen lassen, und er hatte es nicht gewußt . . .

Und wieder lief er durch die Straßen, die Gedanken sausten ihm durch den Kopf, er sehnte sich darnach, die Besinnung zu verlieren. Jetzt war er wieder vor ihrem Hause . . . Noch war das Tor geöffnet, und oben brannten die Lichter im Speise- und Schlafzimmer . . . Albert rannte weg. Er wußte: wäre er noch einen Augenblick stehen geblieben, so hätte er hinaufstürzen müssen, zu ihr – an ihr Bett – zu der Geliebten. – Und wie es seine Art war, mußte er auch das zu Ende denken. Und da sah er, wie der Gatte, der mit einem Mal alles erfaßt, zu der Kranken eilte, die bewegungslos dalag, und sie schüttelte und ihr ins Ohr schrie: Dein Geliebter ist da, dein Geliebter ist da! – Aber sie war schon tot . . .

. . . In schweren Träumen verging ihm die Nacht, in dumpfer Müdigkeit der Tag. Schon um elf schickte er wieder einen Dienstmann aus, der sich erkundigen sollte. Jetzt konnte das ruhig geschehen; wer kümmerte sich um die Leute, die nachfragen kamen! Die Nachricht, die er erhielt, lautete: Unverändert . . . – Den ganzen Nachmittag lag er zu Hause auf seinem Divan und verstand sich selber nicht. Es war ihm alles ganz gleichgültig; und er dachte: es ist doch schön, so müde zu sein . . . Er schlief sehr viel. Aber als es dunkel wurde, sprang er plötzlich auf, in einer Art von Staunen, als wäre jetzt erst, das erste Mal in dieser ganzen wirren Zeit, Klarheit über ihn gekommen. Und eine ungeheure Sehnsucht nach Gewißheit bemächtigte sich seiner – heute mußte er den Arzt selbst sprechen. – Er eilte vor ihr Haus. Die Hausbesorgerin stand davor. Er trat auf sie zu und, indem er sich selbst über seine Ruhe wunderte, fragte er sie harmlos: »Wie gehts denn Frau . . .?« Die Hausbesorgerin antwortete: »Oh, der gehts sehr schlecht; die wird nimmer aufstehn . . .«

»Ah!« erwiderte Albert sehr verbindlich und setzte hinzu: »Das ist aber traurig.«

»Freilich,« meinte die andere, »das ist sehr traurig – so eine junge, schöne Frau.« Damit verschwand sie im Toreingang. –

Albert sah ihr nach . . . Die hat mir wohl nichts angemerkt, dachte er, und im selben Moment fuhr ihm auch schon der Gedanke durch den Kopf, ob er sich nicht in die Wohnung wagen könnte, da er ja ein solcher Künstler in der Verstellung wäre . . . Da kam der Wagen des Arztes angefahren. Albert grüßte, als

dieser ausstieg, und erhielt einen höflichen Dank. Das war ihm angenehm – nun war er gewissermaßen bekannt mit ihm geworden und konnte eher fragen, wenn er herunterkäme . . .

Regungslos blieb er stehen, und es tat ihm wohl, zu denken, daß der Arzt bei ihr wäre. Er blieb lange aus . . . Jedenfalls mußte noch irgend eine Möglichkeit zu retten da sein, sonst hielte er sich nicht so lange da oben auf. Oder sie lag schon in der Agonie . . . Oder . . . Ah, weg, weg, weg! – Er wollte alle Gedanken verseeuchen, es war ja nutzlos – es war ja alles möglich. – Plötzlich war es ihm, als hörte er den Doktor reden; – er verstand sogar die Worte: das ist die Krise. Und unwillkürlich schaute er zum Fenster auf, das geschlossen war. Er überlegte, ob nicht unter gewissen Umständen, zum Beispiel bei aufgeregten und dadurch geschärften Sinnen, auch durch geschlossene Fenster die Worte eines Menschen zu vernehmen wären. Ja, natürlich, er hatte sie ja gehört, gehört nicht wie in der Einbildung, sondern wie wirklich gesprochene Worte. – . . . Aber schon in demselben Augenblick trat der Arzt aus dem Tor. Albert machte einen Schritt auf ihn zu. Der Arzt mochte ihn für einen Verwandten der Familie halten und, ihm die ungesprochene Frage von den Augen lesend, schüttelte er den Kopf. Aber Albert wollte das nicht verstehen. Er begann zu reden. »Darf ich fragen, Herr Professor, wie . . .« Der Arzt stand mit einem Fuße auf dem Wagentritt und schüttelte wieder den Kopf. . . »Recht schlimm,« sagte er und sah den jungen Mann an . . . »Sie sind der Bruder, nicht wahr?« . . . »Jawohl,« sagte Albert. . . . Der Arzt sah ihn mitleidig an. Dann setzte er sich in den Wagen, nickte dem jungen Mann zu und fuhr davon. –

Albert schaute dem Wagen beklommen nach, als verschwände eine letzte Hoffnung mit ihm. Dann ging er. Er sprach leise mit sich selbst, beinahe sinnlose Sätze, und die Zähne klapperten ihm dabei. – Also, was machen wir heute? . . . Aufs Land ist's zu spät, aufs Land ist's zu spät. Es ist zu spät, es ist zu spät . . . Ja, ich bin traurig! Bin ich traurig? Bin ich zu Tode betrübt? Nein, ich gehe spazieren, ich empfinde ja gar nichts, gar nichts. Ich könnte jetzt ins Theater gehen, ja, oder aufs Land fahren . . . O nein, das glaub' ich nur . . . das ist alles Wahnsinn, weil ich so tief ergriffen bin. Ja . . . ergriffen bin ich, erschüttert! Es ist ein hoher Moment, ich muß ihn festhalten können! Etwas genau verstehen und nichts empfinden . . . nichts . . . nichts. – Es fröstelte ihn . . . Nach Hause, nach Hause. Ich muß irgend etwas Ähnliches einmal erlebt haben . . . aber wann, wann? . . . Vielleicht einmal im

Traum? ... Oder ist das ein Traum? ... Ja, jetzt geh ich nach Hause wie alle Abende, als wäre nichts geschehen, als wäre nicht das Geringste geschehen. – Aber was rede ich mir denn ein! Ich werde ja nicht zu Hause bleiben, ich werde ja mitten in der Nacht wieder davon rennen, vors Haus der Geliebten, vors Haus der sterbenden Geliebten ... Und seine Zähne schlugen aufeinander. –

Plötzlich fand er sich in seinem Zimmer und konnte sich nicht daran erinnern, wie er heraufgekommen war. Er machte Licht und setzte sich auf den Divan. Ich weiß, wie es ist, sagte er zu sich: der Schmerz klopft an, und ich lasse ihn nicht ein. Aber ich weiß, daß er draußen steht, durchs Guckfenster kann ich ihn sehen. – Ah wie dumm, wie dumm ... Also meine Geliebte wird sterben ... ja, sie wird, sie wird! Oder hoffe ich vielleicht noch und bin darum so ruhig? Nein, ich weiß es ganz bestimmt. Ach, und der Arzt hat mich für den Bruder gehalten! Wenn ich ihm geantwortet hätte: Nein, ich bin ihr Geliebter, oder: Ich bin ihr Seladon. Ich bin ihr erschütterter Seladon ...

Herr im Himmel! schrie er plötzlich laut; sprang auf und lief im Zimmer hin und her ... Ich hab ihm aufgetan! Der Schmerz ist da! ... Anna, Anna, meine süße, meine einzige, meine geliebte Anna! ... Und ich kann nicht bei dir sein! Gerade ich nicht, ich, der einzige, der zu dir gehört ... Vielleicht ist sie gar nicht bewußtlos! Was wissen wir denn überhaupt davon! Und sie sehnt sich nach mir, – und ich kann nicht hin – darf nicht hin. Oder vielleicht, im letzten Augenblick, wenn sie von allen irdischen Rücksichten sich löst, wird sie es sagen, wird flüstern: Ruf ihn mir – ich will ihn noch einmal sehen ... Und was wird er tun? ...

Nach einer Weile stand ihm der ganze Vorgang vor den Augen. Er sah sich die Treppe hinaufsteigen, der Mann empfing ihn, führte ihn selbst zum Bette der Sterbenden, die lächelte ihn an mit brechenden Augen, – er beugte sich zu ihr, sie umarmte ihn, und wie er sich erhob, hatte sie den letzten Atemzug getan ... Und jetzt trat der Mann hinzu und sagte ihm: Nun gehen Sie wieder, mein Herr, wir werden einander wohl bald mehr zu sagen haben ... Aber so ist das Leben nicht, nein ... Das wäre ja das Schönste, das Allerschönste; sie noch einmal sehen, fühlen, daß er von ihr geliebt wird! – Er mußte sie ja noch einmal sehen, auf irgend eine Weise ... ja, er konnte sie doch um Himmels willen nicht sterben lassen, ohne sie noch einmal gesehen zu haben. Das wäre zu entsetzlich! Er hatte es ja noch gar nicht recht ausgedacht. Ja, aber was tun? Es war bald Mitternacht! Unter welchem Vorwand

könnte ich jetzt hinauf, fragte er sich. Brauch' ich denn jetzt einen Vorwand ... jetzt, da der Tod ... Aber selbst wenn sie ... stirbt – habe ich ein Recht, ihr Geheimnis zu verraten, ihr Gedächtnis bei ihrem Manne, bei ihrer Familie zu befecken –? ... Aber ... ich könnte mich ja wahnsinnig stellen. Ah – ich kann mich ja ganz gut verstellen ... o Gott – was ist das wieder für ein Komödieneinfall! ... Allerdings, wenn man die Rolle gut durchführte und gleich fürs ganze Leben ins Narrenhaus gesperrt würde ... Oder wenn sie gesund würde und sie selbst mich dann für einen Wahnsinnigen erklärte, den sie nie gekannt, nie gesehen habe –! ... – Oh, mein Kopf, mein Kopf! – Er warf sich aufs Bett. Jetzt kam er zum Bewußtsein der Nacht und der Stille, die um ihn war. – Nun, sagte er sich, will ich in Ruhe nachdenken. Ich will sie noch einmal sehen ... ja, jedenfalls ... das steht fest.

Und weiter wirbelten seine Gedanken: in hundert Verkleidungen sah er sich die Treppe zu ihrer Wohnung hinaufsteigen: als Assistent des Professors, als Apothekergehilfe, als Lakai, als Beamter einer Bestattungsgesellschaft, als Bettler; zuletzt sah er sich gar als Leichendiener neben der Toten sitzen, die er nicht kennen durfte, hüllte sie in das weiße Tuch und legte sie in den Sarg ...

Er wachte in der Morgendämmerung auf. Das Fenster war offen gewesen, und obwohl er angekleidet auf dem Bette gelegen war, fröstelte ihn, da ein leichter Regen begonnen und der Wind ein paar Tropfen bis ins Zimmer streute. –

Also der Herbst ist da, dachte Albert ... Dann erhob er sich und schaute auf die Uhr. – So hab ich doch fünf Stunden fest geschlafen. – In dieser Zeit kann ... viel geschehen sein. – Er schauerte zusammen. – Sonderbar, ich weiß plötzlich ganz genau, was ich zu tun habe. Ich werde jetzt hingehen, bis vor die Wohnungstür, den Kragen heraufgeschlagen, und ... selbst ... fragen ...

Er schenkte sich ein Glas Kognak ein, das er rasch austrank. Dann ging er zum Fenster. Pfui, wie die Straßen aussehen. Sehr früh ist's noch ... Das sind lauter Menschen, die schon um sieben Uhr zu tun haben. – Ja, heute bin ich auch ein Mensch, der schon um sieben zu tun hat. – »Recht schlimm,« hat der Doktor gestern gesagt ... Aber daran ist noch niemand gestorben ... Und ich hatte doch gestern ununterbrochen die Empfindung, als wenn sie schon ... geh'n wir, geh'n wir ... Er zog sich den

Überzieher an, nahm einen Regenschirm und trat ins Vorzimmer. Sein Diener machte ein erstauntes Gesicht. Ich komme bald wieder, sagte er und ging. –

Er machte kleine, langsame Schritte; es war ihm eigentlich sehr peinlich, selbst hinaufzugehen. Was sollte er nur sagen?

– Er kam immer näher; schon war er in der Straße, sah von ferne das Haus. Es schien ihm so fremd. Zu solcher Stunde hatte er es freilich nie gesehen. Wie sonderbar doch diese fahlen Lichter waren, die der Regenmorgen über die Stadt breitete. Ja, an solchen Tagen stirbt man. – Wenn Anna an jenem Tage, da sie das letztmal bei ihm war, einfach von ihm Abschied genommen hätte, er hätte sie heute vielleicht schon vergessen gehabt. Ja, ganz gewiß – denn es war ganz unheimlich, wie lang es ihm erschien, daß er sie das letzte Mal gesehen. Was so ein Regenmorgen für falsche Begriffe von der Zeit schafft . . . ach Gott . . . Albert war sehr müde, sehr zerstreut . . . Fast wäre er an dem Hause vorübergegangen.

Das Tor war offen; gerade kam ihm ein Bursch mit Milchkannen in der Hand daraus entgegen. Albert ging sehr ruhig die paar Schritte durch den Torweg – plötzlich, wie er die ersten Stufen der Treppe betreten wollte, durchzuckte ihn das volle Bewußtsein von allem, was geschehen war, was jetzt geschah, was er erfahren wollte. Es war ihm, als hätte er den Weg bis hierher noch im Halbschlaf zurückgelegt und wachte nun jählings auf. Er faßte mit beiden Händen nach seinem Herzen, bevor er weiterschritt. Das also war die Treppe . . . er hatte sie ja früher nie gesehen. Sie lag noch im Halbdunkel; kleine Gasflämmchen brannten an der Wand . . . Hier im ersten Stock war die Wohnung. Was war das? . . . Beide Türflügel standen offen. – Er konnte das Vorzimmer sehen – aber es war kein Mensch da. Er machte eine kleine Tür auf, die führte in die Küche. Auch da war niemand. Er blieb eine Weile unschlüssig stehen. Jetzt öffnete sich die Tür, die zu den Wohnräumen führte, und ein Dienstmädchen kam leise heraus, ohne ihn zu bemerken. Albert trat auf sie zu.

»Wie geht's der gnädigen Frau?« fragte er.

– Das Mädchen schaute ihn gedankenlos an.

»– Vor einer halben Stunde ist sie gestorben,« sagte sie. Damit wandte sie sich um und ging in die Küche.

Albert hatte die Empfindung, als wenn die Welt um ihn plötzlich totenstille würde; er wußte ganz bestimmt, daß in diesem Moment alle Herzen zu schlagen, alle Menschen zu gehen, alle

Wagen zu fahren, alle Uhren zu ticken aufhörten. Er spürte, wie die ganze lebende, sich bewegende Welt innehielt, zu leben und sich zu bewegen. Also das ist der Tod, dachte er . . . Ich hab' es gestern doch nicht verstanden . . .

Entschuldigen Sie, sagte eine Stimme neben ihm; es war ein schwarzgekleideter Herr, der von der Treppe aus ins Vorzimmer treten wollte, und den Albert, der gerade in der Tür stand, daran hinderte. Albert trat einen Schritt weiter hinein und ließ den Herrn vorbei. Dieser kümmerte sich nicht weiter um ihn, sondern begab sich rasch in die Wohnung und ließ die Tür halb offen. Albert konnte nun in das nächste Zimmer sehen. Es war fast dunkel darin, da die Vorhänge niedergelassen waren; er sah ein paar Gestalten, die um einen Tisch saßen, sich erheben und den eintretenden Herrn begrüßen. Er hörte sie flüstern . . . Dann verschwanden sie in einem Nebenraum. Albert blieb an der Türe stehen und dachte: Da drin liegt sie . . . Es ist noch keine Woche, daß ich sie in meinen Armen hielt . . . Und ich darf nicht hinein. – Er hörte Stimmen auf der Treppe. Zwei Frauen kamen herauf und gingen an ihm vorbei. Die eine, jüngere, hatte verweinte Augen. Sie sah der Geliebten ähnlich. Es war gewiß ihre Schwester, von der sie ihm einigemal gesprochen. Eine ältere Dame kam den zwei Frauen entgegen, umarmte beide und schluchzte leise. »Vor einer halben Stunde,« sagte die alte Dame – »ganz plötzlich« . . . Sie konnte vor Tränen nicht weiterreden; alle drei verschwanden durch das halbdunkle Zimmer in den Nebenraum. Niemand beachtete ihn.

Ich kann ja hier nicht stehen bleiben, dachte Albert. Ich will hinunter und werde nach einer Stunde wiederkommen. – Er entfernte sich und war in ein paar Augenblicken auf der Straße. Das Getriebe des Morgens hatte begonnen; viele Leute hasterten an ihm vorüber, und die Wagen rollten.

Nach einer Stunde werden mehr Menschen oben sein, und ich kann mich ganz leicht unter sie mischen. Wie doch Gewißheit tröstet . . . Es ist mir wohler als gestern; obzwar sie gestorben ist . . . Vor einer halben Stunde . . . In tausend Jahren wird sie dem Leben nicht fern sein als jetzt . . . und doch, das Bewußtsein, daß sie vor einer Stunde noch geatmet hat, gibt mir den Eindruck, als wenn sie jetzt noch irgend etwas vom Dasein wissen müßte; irgendwas, das man nicht ahnt, solange man noch atmet . . . vielleicht ist der unfäßbare Augenblick, in dem wir vom Leben zum Tode übergehen, unsere arme Ewigkeit . . . Ja, nun ist

es auch aus mit dem Warten am Nachmittag . . . Ich werde nicht mehr am Guckfenster stehen – nie mehr, nie mehr . . . – Diese Stunden traten ihm nun wieder in unsäglicher Schönheit vor Augen. Vor wenigen Tagen noch war er so glücklich gewesen – ja, glücklich. Es war eine schwüle, tiefe Seligkeit gewesen. Ach, wenn ihre Schritte über die letzten Stufen eilten . . . wenn sie ihm in die Arme gestürzt kam . . . und wenn sie in dem dämmerigen Zimmer, das von Blumen und Zigaretten duftete, wortlos und regungslos auf den weißen Polstern lagen . . . Aus, aus . . .

Ich werde abreisen, es ist das einzige, was ich tun kann. Werde ich denn mein Zimmer überhaupt noch betreten können! Ich werde ja weinen müssen, ich werde tagelang, immer, immer werde ich weinen . . .

Er kam an einem Kaffeehaus vorbei. Es fiel ihm ein, daß er seit gestern mittag keinen Bissen genossen; er ging hinein, frühstücken. – Als er das Lokal wieder verließ, war es neun Uhr vorbei. – Nun kann ich wieder hin – ich muß sie ja noch einmal sehen – was tu' ich nur dort? . . . Werde ich sie sehen können? . . . Ich muß sie sehen . . . ja, ich muß meine, meine, meine geliebte tote Anna ein letztesmal sehen. – Aber wird man mich in das Sterbezimmer lassen? . . . Gewiß; es werden mehr Leute dort sein, und alle Türen werden offen stehen . . .

Er eilte hin. – Beim Tor stand die Hausbesorgerin, sie grüßte ihn, als er vorbeiging; auf der Treppe lief er zwei Herren vor, die gleichfalls hinaufgingen. Schon im Vorzimmer standen einige Leute. Die Tür war flügelweit offen; Albert trat ein. Der Vorhang des einen Fensters war zurückgeschlagen, und es fiel einiges Licht in den Raum. Da waren etwa zwölf Menschen, die saßen oder standen und sehr leise sprachen. Die alte Dame, die er schon früher gesehen, saß ganz zusammengebrochen in der Ecke eines dunkelroten Sofas. Als Albert an ihr vorüberkam, sah sie ihn an; da blieb er vor ihr stehen und reichte ihr die Hand. – Sie nickte mit dem Kopfe und fing wieder an zu weinen. Albert schaute um sich; die zweite Tür, die zum Nebenzimmer führte, war geschlossen. Er wandte sich an einen Herrn, der am Fenster stand und ganz gedankenlos durch die Spalte des Vorhangs hinausschaute . . . »Wo liegt sie?« fragte er. Der Herr wies mit der Hand nach der rechten Seite. Albert öffnete leise die Türe. Er war geblendet von dem vollen Licht, das ihm da entgegenströmte. Er befand sich in einem ganz lichten, kleinen Zimmer mit Tapeten weiß in gold und hellblauen Möbeln. Kein Mensch war da. Die Türe zum

nächsten Zimmer war nur angelehnt. Er trat ein. Es war das Schlafgemach. –

Die Fensterläden waren geschlossen; eine Ampel brannte. Auf dem Bette lag die Tote ausgestreckt. Die Decke war bis zu ihren Lippen hingebreitet; zu ihren Häupten auf dem Nachtkästchen brannte eine Kerze, deren Licht grell auf das aschgraue Antlitz fiel. Er hätte sie nicht erkannt, wenn er nicht gewußt hätte, daß sie es war. Erst allmählich ging ihm die Ähnlichkeit auf – erst allmählich wurde es Anna, seine Anna, die da lag, und das erste mal seit dem Beginne dieser entsetzlichen Tage fühlte er Tränen in seine Augen kommen. Ein heißer, brennender Schmerz lag ihm auf der Brust, er hätte aufschreiben mögen, vor sie hinsinken, ihre Hände küssen . . . Jetzt erst merkte er, daß er nicht allein mit ihr war. Jemand knierte zu Füßen des Bettes, hatte den Kopf in der Decke vergraben und hielt die eine Hand der Toten in seinen beiden Händen fest. In dem Momente, da Albert eben einen Schritt näher zu treten versucht war, hob jener den Kopf. Was werde ich ihm denn sagen? – Aber schon fühlte er von dem Knienden seine rechte Hand ergriffen und gedrückt und hörte ihn mit tränenerstickter Stimme flüstern: Dank, Dank. – Und dann wandte sich der Weinende wieder weg, ließ den Kopf niedersinken und schluchzte leise in die Decke. Albert blieb noch eine Weile stehen und betrachtete das Gesicht der Toten mit einer Art von kalter Aufmerksamkeit. Die Tränen waren ihm wieder ganz ausgeblieben. Sein Schmerz wurde plötzlich ganz dürr und wesenlos. Er wußte, daß ihm diese Begegnung später einmal schauerlich und komisch zugleich vorkommen würde. Er wäre sich sehr lächerlich erschienen, hätte er mit diesem da zusammen geschluchzt.

Er wandte sich zum Gehen. An der Türe blieb er noch einmal stehen und schaute zurück. Das Flimmern der Kerze machte, daß er ein Lächeln um Annas Lippen zu sehen glaubte. Er nickte ihr zu, als nähme er Abschied von ihr und sie könnte es sehen. Jetzt wollte er gehen, aber nun war es ihm, als hielte sie ihn mit diesem Lächeln fest. Und es wurde mit einermal ein verächtliches, fremdes Lächeln, das zu ihm zu reden schien, und er konnte es verstehen. Und das Lächeln sagte: Ich habe dich geliebt, und nun stehst du da wie ein Fremder und verlegnest mich. Sag' ihm doch, daß ich die Deine war, daß es dein Recht ist, vor diesem Bette niederzuknien und meine Hände zu küssen. – Sag' es ihm! Warum sagst du's ihm denn nicht?

Aber er wagte es nicht. Er hielt die Hand vor die Augen, um ihr Lächeln nicht mehr zu sehen . . . Auf den Fußspitzen drehte er sich um, verließ das Zimmer und schloß die Türe hinter sich. Er ging schauernd durch den lichten Salon, drückte sich dann in dem halbdunklen Zimmer an allen den Leuten vorbei, die miteinander flüsterten und unter denen er nicht bleiben durfte; dann eilte er durchs Vorzimmer und über die Treppe hinab, und wie er zum Tor hinaus war, schlich er sich an der Mauer des Hauses weiter, und sein Schritt wurde immer schneller, und es trieb ihn aus der Nähe des Hauses, und er eilte tief beschämt durch die Straßen; denn ihm war, als dürfe er nicht trauern wie die anderen, als hätte ihn seine tote Geliebte davongejagt, weil er sie verleugnet.

DIE GRÜNE KRAWATTE

Ein junger Herr namens Cleophas wohnte zurückgezogen in seinem Hause nah der Stadt. Eines Morgens wandelte ihn die Lust an, unter Menschen zu gehen. Da kleidete er sich wohlständig an wie immer, tat eine neue grüne Krawatte um und begab sich in den Park. Die Leute grüßten ihn höflich, fanden, daß ihm die grüne Krawatte vorzüglich zu Gesicht stehe, und sprachen durch einige Tage mit viel Anerkennung von der grünen Krawatte des Herrn Cleophas. Einige versuchten, es ihm gleichzutun, und legten grüne Krawatten an wie er – freilich waren sie aus gemeinerem Stoff und ohne Anmut geknüpft.

Bald darauf machte Herr Cleophas wieder einen Spaziergang durch den Park, in einem neuen Gewand, aber mit der gleichen grünen Krawatte. Da schüttelten einige bedenklich den Kopf und sagten: »Schon wieder trägt er die grüne Krawatte . . . Er hat wohl keine andere . . .« Die etwas nervöser waren, riefen aus: »Er wird uns noch zur Verzweiflung bringen mit seiner grünen Krawatte!«

Als Herr Cleophas das nächste Mal unter die Leute ging, trug er eine blaue Krawatte. Da riefen einige: »Was für eine Idee, plötzlich mit einer blauen Krawatte daher zu kommen?« Die Nervöseren aber riefen laut: »Wir sind gewohnt, ihn mit einer grünen zu sehen! Wir brauchen es uns nicht gefallen zu lassen, daß er heute mit einer blauen erscheint!« Aber manche waren sehr schlau und sagten: »Ah, uns wird er nicht einreden, daß diese Krawatte blau ist. Herr Cleophas trägt sie, und daher ist sie grün.«

Das nächste Mal erschien Herr Cleophas, wohlständig gekleidet wie immer, und trug eine Krawatte vom schönsten Violett. Als man ihn von weitem kommen sah, riefen die Leute höhlich aus: »Da kommt der Herr mit der grünen Krawatte!«

Besonders gab es eine Gesellschaft von Leuten, der ihre Mittel nichts anderes erlauben, als Zwirnsfäden um den Hals zu schlängen. Diese erklärten, daß Zwirnsfäden das Eleganteste und

Vornehmste seien, und haßten überhaupt alle, die Krawatten trugen und besonders Herrn Cleophas, der immer wohlständig gekleidet war und schönere und besser geknüpfte Krawatten trug als irgendeiner. Da schrie einmal der Lauteste unter diesen Menschen, als er Herrn Cleophas des Weges kommen sah: »Die Herren mit der grünen Krawatte sind Wüstlinge!« Herr Cleophas kümmerte sich nicht um ihn und ging seines Weges.

Als Herr Cleophas das nächste Mal im Park spazierenging, schrie der laute Herr mit dem Zwirnsfäden um den Hals: »Die Herren mit der grünen Krawatte sind Diebe!« Und manche schrien mit. Cleophas zuckte die Achseln und dachte, daß es mit den Herren, die jetzt grüne Krawatten trugen, doch weit gekommen sein müßte. Als er das dritte Mal wieder kam, schrie die ganze Menge, allen voran der laute Herr mit dem Zwirnsfäden um den Hals: »Die Herren mit der grünen Krawatte sind Meuchelmörder!« Da bemerkte Cleophas, daß viele Augen auf ihn gerichtet waren. Er erinnerte sich, daß er auch öfters grüne Krawatten getragen hatte, trat auf den Gesellen mit dem Zwirnsfäden zu und fragte: »Wen meinen Sie denn eigentlich? Am Ende mich auch?« Da erwiderte jener: »Aber, Herr Cleophas, wie können Sie glauben –? Sie tragen doch gar keine grüne Krawatte!« Und er schüttelte ihm die Hand und versicherte ihn seiner Hochachtung.

Cleophas grüßte und ging. Aber als er sich in gemessener Entfernung befand, klatschte der Mann mit dem Zwirnsfäden in die Hände und rief: »Seht ihr, wie er sich getroffen fühlt? Wer darf jetzt noch daran zweifeln, daß Cleophas ein Wüstling, Dieb und Meuchelmörder ist?!«

Bibliografía

SCHNITZLER, Arthur. *Gesammelte Werke*, Band 1, *Die erzählenden Schriften*. Fischer Verlag, Frankfurt am Main, 1961.

SCHNITZLER, Arthur. *Juventud en Viena* (una autobiografía).

El Acantilado, no. 97, Barcelona, 2004.

SCHNITZLER, Arthur. *Relaciones y soledades*. Edición de Joan Parra. Edhasa, Barcelona, 1998.

SCHNITZLER, Arthur. *El regreso de Casanova*. Introducción de Marianne Frenk-Westheim. UNAM, Col. Nuestros Clásicos no. 59, México, 1984.

BEUTIN, Wolfgang, et al. *Deutsche Literaturgeschichte*. Von den Anfängen bis zur Gegenwart. 6. Auflage. Verlag J. B. Metzler, Stuttgart, Weimar, 2001.

FLIEDL, Konstanza. "Mémoires volontaires. En torno a la obra de Arthur Schnitzler" en *Contrabando de imágenes. Ensayos en torno a la literatura austriaca del siglo XX*. Christine Hüttinger, editora. Colección Ensayos, no. 40. UAM, México, 1993.

GOETHE, Johann Wolfgang von. Fragmentos de “En recuerdo fraternal de Wieland“, en *El discurso sobre la traducción en la historia*. Antología bilingüe. Francisco Lafarga (Ed.), EUB, Barcelona, 1996, pp. 378-383.

MARTINI, Fritz. *Historia de la literatura alemana*.

LABOR, España, 1964.

MODERN, Rodolfo. *Literatura alemana del siglo XX*.

Editorial Columba, Nuevos esquemas no. 22, Buenos Aires, 1969.

MOYA, Virgilio. *La selva de la traducción*. Teorías traductológicas contemporáneas. Cátedra, Madrid, 2004.

NEHRING, Wolfgang. “Schnitzler, Freud’s alter ego?” en *Modern Austrian Literature*, Journal of the International Arthur Schnitzler Research Association, special Arthur Schnitzler issue. Vol 10, no. 3, 4. University of California at Riverside, 1977. pp. 179-194.

SLABY, Rodolfo, Rodolfo Grossmann y Carlos Illig. *Diccionario de las lenguas española y alemana*. Tomo II Alemán-Español. Editorial Herder, Barcelona, 1994.